

Rituales

TERCERA CONVOCATORIA “CARTAS Y POSTALES”



**RADIO
FUTURA**
FM 90.5

Tercera convocatoria “Cartas y postales”

Radio Futura

2025

Villa Elvira, La Plata, Buenos Aires, Argentina

Curaduría: Martina Dominella y Juli Moreno

Diseño: Juli Moreno

Ilustración de tapa: Juli Pollan

Contacto: cartasypostales@fmfutura.com.ar

**RADIO
FUTURA
FM 90.5**

Permitida y avalada la difusión de las ilustraciones, fotografías y textos que componen esta publicación. Solicitamos citar fuente y el nombre de su autor/a.

Agradecemos especialmente a quienes enviaron sus producciones para esta convocatoria y a Romina Paola Serrano por mandar el fanzine “Rincón de Miso” que, por cuestiones de formato, no pudo ser incorporado.



LOS RITUALES SON UN
PORTAL, UNA PUERTA
QUE NOS PERMITE
ATRAVESAR DE UN LADO
A OTRO.

SON LA CELEBRACIÓN
DE UN CAMBIO QUE NO
SE DA TODOS LOS DÍAS
PERO SIEMPRE SUCEDEN
Y SE REPITEN.

SON MOMENTOS QUE NOS
PERMITEN CARGAR DE
SENTIDO EL DÍA A DÍA.

Índice

“Ecos” por Luis Mariano	Pág. 8
“Astroritual” por Lila Eugenia Szumilo	Pág. 9
“Hiato” por Cabaret Sartre	Pág. 10
“Ritual de Cada Noche I” por MAD	Pág. 12
“Ritual de Cada Noche II” por MAD	Pág. 14
“A mis amigos” por Juan Salvador	Pág. 16
“Reflejos” por Claudia Vazquez	Pág. 17
“Del dolor al Ritual” por Abril Pendón Sobral	Pág. 18
“El murmullo de las lagunas” por Nika Gato Negro	Pág. 19
“Horizonte de eventos” por Paloma Heredia	Pág. 20
“(Para Al)” por Carolina Branca	Pág. 21
“Suplicio” por Luis Arroyo Cruz	Pág. 22
“Ritual de tecnoarañas” por María Alejandra Ortiz Cuadrado	Pág. 24
“El murmullo de las lagunas” por María Alejandra Ortiz Cuadrado	Pág. 25
“S/T” por Carolina Branca	Pág. 26
“Rituales de ida: con la Cruz del sur de guía, mate y colectivo” por Zoe Abril Gauna	Pág. 26
“Relato de la hora sin llegada” por Abelardo Cárdenas Carbajal	Pág. 27
“Mi Inspiración” por Marijaz	Pág. 28
“El ritual de Ser uno mismo” por Sayuri Franco Osorio	Pág. 29
“Tres requisitos que indican el inicio inexorable de un ritual” por María Sofía Abarca	Pág. 31
“Altares” por Florencia Maggioni	Pág. 32
“Conserva” por Zoe Abril Gauna	Pág. 32
“Abram Lichtman” por Paloma Heredia	Pág. 33
“S/T” por Martina Dominella	Pág. 34
“La magia existe... a veces” por María Jiménez	Pág. 35
“Abuelos” por Ignacio Loizeau	Pág. 37
“La limonada de mamá” por Ignacio Loizeau	Pág. 38
“El ritual de la noche mágica de la Luna” por Colibri en libertad	Pág. 40
“S/T” por Chupe	Pág. 40
“Criar Animales” por Juan Orlando Turbay	Pág. 41
“A Cathalina” por Tierra Lunar	Pág. 42
“El titán que se valió de los rituales para vengarse de la humanidad” por María Sofía Abarca	Pág. 43
“Carta demorada” por Nancy Busquets	Pág. 44
“Cara o Cruz” por Agustina Garber	Pág. 45
“Instrucciones para tender la cama” por Nancy Busquets	Pág. 46
“Altares” por Nika Gato Negro	Pág. 47
“Fragmento. 11-04-2025” por Juan Polanía	Pág. 48

“Rituales” por Belén Ozuna	Pag. 49
“Te pican Moscas” por Lucila Solarz	Pag. 50
“Bialan Los Piojos” por Tomás Corti	Pag. 51
“Ritual” por Julieta Solange Fernández	Pag. 52
“Ritual enigmático” por Hada Oculta	Pag. 53
“Ritual para el mal de amor” por Wilbert José Soto Yanque	Pag. 54
“Salvia” por Carla Grisel Dapuente	Pag. 55
“Para quien venga destrás” por Gabriela Derbenti Gabobe	Pag. 56
“Aprender no es Ritual” por Agustina Garber	Pag. 57
“S/T” por Julieta Pollan	Pag. 58
“Un cuento piojoso” por Julieta Solange Fernández	Pag. 59
“S/T” por Patricia Ledesma	Pag. 60
“Rituales” por Juana Imaz	Pag. 61
“El del sábado a las 20Hs” por Inconsciente Kolectivo, programa de Radio Futura	Pag. 62
“Entrevista” por Virginia Garay Fernández	Pag. 63
“¿Por qué actúo?” por Nilo Medina	Pag. 65
“Ideas Frescas” por Luis Arroyo Cruz	Pag. 66
“Rituales que forman un hogar” por Bel Ríos	Pag. 67
“S/T” por Pinky Simón	Pag. 68
“Pre-Ritual” por Éride	Pag. 69
“Asedio en Pelusio” por Cabaret Sartre	Pag. 70
“Vocalizando” por Julie Hermoso	Pag. 71
“Colores” por Carlos Aguilar	Pag. 72
“Llegó la navidad” por José R. Carvalheiro Neto	Pag. 73
“Grabado a Fuego” por José Luis Capella Cervera	Pag. 74
“Ritual de Invierno” por Sonia Fabiola Demitrópolos	Pag. 75
“S/T” por Verónica	Pag. 75
“Estancia la punilla del viento” por Mariel Ronconi	Pag. 76
“Ritual de Andar” por Maria Ines Heidenreich	Pag. 77
“Cartas a la infinitud de tu amor” por Elias Palavecino	Pag. 78
“Rencor, amor y venganza” por Geraldine Urrutia	Pag. 80
“S/T” por Federico Mechetti	Pag. 81
“Un jardín” por Martina Dominella	Pag. 82
“S/T” por Julieta Pollan	Pag. 82
“Eco” por Nathalia Aponte	Pag. 83
“Derrota y menta” por Daniela Soledad Ramallo	Pag. 84
“San Esteban chacarera” por Rori Tsótsi	Pag. 85
“S/T” por Meli	Pag. 86
“Carta abierta a mi madre y a sus amigos” por Felix Pacheco Granado	Pag. 87

“Si supieras” por Angel Ruiz	Pag. 89
“Mate dulce” por Daniela Soledad Ramallo	Pag. 90
“S/T” por Belén Ozuna	Pag. 91
“Sol de Invierno” por Juliana Moreno	Pag. 92
“Ritual matutino de conexión” por Laura Luengo	Pag. 93
“¿Te acordas de la escalera desvencijada?” por María Nogueira Sanchez	Pag. 95
“Carta al que no tiene nombre” por Facundo Santiago Seara	Pag. 96
“A lo mejor las playlist también son cartas” por Antonella Fusaro....	Pag. 97
“Te vi” por Romina Bonetto	Pag. 99
“S/T” por Camila D’anna	Pag. 100
“Cenizas” por Maite Miranda	Pag. 101
“Noches de verano” por Julieta Abril Encina Ramos	Pag. 102
“El Legado” por Sonia Fabiola Demitrópolos	Pag. 103
“Rutina” por Ana Lianett Cabrera	Pag. 105
“Badia 22” por Josefina Cornejo Stewart	Pag. 106
“S/T” por Taller de postales	Pag. 107
“Quisiera inventar un ritual” por Karina Piriz	Pag. 108
“La lógica del accidente” por Candela Goio	Pag. 109
“El conjuro del agua caliente” por Miguel Ángel Prestifilippi	Pag. 111
“Mujeres y disidencias del folclor” por Natalia Escobar	Pag. 112
“Entre Diógenes y Rocanroles” por Mateo Núñez Ábrego	Pag. 113
“Carta a mi hija” por Tania Corzo	Pag. 114
“Carta a Gustavo” por Graciela Santos	Pag. 116
“Los aprendices de la oscuridad” por Maximiliano Sacristán	Pag. 117
“Salutación al sol” por Karlina Olmos Martínez	Pag. 119
“El colado de Papabuelo” por Alirio A. Hernández	Pag. 120
“Querida Yo” por Angela Dos Santos	Pag. 122
“Carta a mi madre” por Peniel	Pag. 123
“Postal (ritual estudio cada 6 meses del ojo por diabete)” por Agustina Garber	Pag. 124
“Desayuno” por Jorge Emilio Bossa	Pag. 125
“Carta a mi pie derecho” por José Reinaldo Pol	Pag. 126
“S/T” por Camila D’anna	Pag. 127
“Cinco minutos más” por Juan Francisco Altamiranda	Pag. 128
“Curadora de pecas” por Agustina Marenzana	Pag. 131
“Fargus” por José Peña Cuaresma	Pag. 132
“S/T” por Helena y Génesis	Pag. 133
“Pieles” por Lautaro Sorzoni	Pag. 134
“S/N” por Lara Valentina Olgún	Pag. 136
“El Ritual” por Miriam Gómez	Pag. 138
“La divinidad está en mí” por María José Laclé	Pag. 139

ECOS

LUIS MARIANO

El bar donde te escribí mi primer poema de amor lo cerraron. Cansado, sin tu risa, me siento en el ocaso de la vida sin una mirada tuya, no estás y en mi pluma no caben más recuerdos, cómo mirabas las nubes, dónde decías que van las almas de los muertos, incluso la vieja señora ha acabado con la belleza de tus labios, esos que miraban los niños en el tranvía de Lisboa mientras jugabas con tu mano en el aire. Después la risa se convirtió en pena, tristeza larga y devota de silencios, es tan raro vivir, tan extraño morir.

Preguntar a los muertos si no quisieran volver a ver las estrellas junto al amado, preguntádselo, seguro que el silencio será vuestro, como las ganas de esperar disciplinadamente la muerte, acabar en el basurero de la historia, eso que me estremece como el frío de enero. la noche cae en silencio, como la nieve, vago por la ciudad gris que me esquiva, la estatua de la plaza se te parece, escucho la sonoridad de tu risa en el recuerdo, no estás y en mi pluma no caben más nostalgias.

Recordar tu entusiasmo en el café Central escuchando el timbre de voz de Ella, era sentirme abandonado. Como el ritual de ir al mismo café sin ti.

Es una tontería querer volver al abrazo, pensaba morir con tus manos junto a las mías, mirando las estrellas. Preguntad a los muertos si no quisieran seguir viéndolas, ellas tienen el misterio, el arcano de la existencia.

Volver a ver tus ojos que hacen daño, como la vida, como el amor, como los niños que no saben que el horizonte es el final, como los viejos que quieren volver al principio de su vida, como los niños que viven cada día como eterno, porque seguirá nevando sobre los vivos y los muertos, mientras que los pájaros volaran en el horizonte, miraré la belleza de su vuelo, eso que nos permite seguir vivos, soy viejo pero quiero seguir contemplando este mundo tan bello, sin ti.

Astroritual

LILA EUGENIA SZUMILO

En soledad o compañía
con pedido de deseos o necesidad de reconexión
En el lineal horizonte ribereño
o el arbolado de la ciudad
Flotando en el agua o con los pies en la tierra
con músicas
silencios
brebajes
infusiones
Independientemente del tiempo que tardes en prepararte
Sale en su forma plena
paralizando momentáneamente pensamientos y acciones

- Hipnótica luz magnetizante-
y sólo queda respirar

y
disfrutar
-más allá del día que hayas tenido

o de los tiempos que corran-
uno de los placeres

de vivir en este planeta

Hiato

CABARET SARTRE

Existe una figura más emblemática en el mundo artístico colombiano que Márquez, hablo de Pedro Manrique Figueroa, el padre y precursor del collage en Colombia. Sin embargo, no voy a referirme de su faceta plástica, sino de su fascinación por escribir su biografía durante su viaje a Managua, Nicaragua, antes del golpe de Estado. Ah, y sus rituales literarios.

El día de la revolución nicaragüense pidió a un colega suyo que le dispusiera de una máquina de escribir, pero que fuera negra o blanca, nada de azul o verde o rojo. Además, solicitó un encendedor Tokai color púrpura y un paquete de cigarros de filtro amarillo. Todas estas peticiones hacían parte de su ritual, mucho antes de querer escribir su biografía Manrique redactó un par de ensayos políticos y cada que viajaba pedía las mismas tres cosas. Máquina de escribir blancas o negras, un encendedor púrpura Tokai y cigarrillos de filtro amarillo. Si no le brindaba de la primera, prefería hacerlo a mano y en cuaderno. Le negaban la segunda, no fumaba durante la escritura. La tercera nadie se la privaba, ¿en qué lugar del mundo no venden cigarrillos de filtro amarillo?

Estos rituales no aparecieron de la noche a la mañana, fueron la formación de años de experiencias. En su juventud, mientras trabajaba en el tranvía, fumó su primer cigarro motivado por un compañero, desde ahí dedico su vida a los cigarrillos con filtro amarillo, que a su vez era una forma de rebeldía, en una época donde los ancianos se negaban al filtro. Su padre le heredó una antiquísima máquina de escribir negra, luego obtuvo una azul, que a futuro quedó inutilizada. A Manrique le parecía que todo lo que mecanografiaba era de pésima calidad, y fue ahí que se dedicó a lo cromático. Lo del encendedor fue más simbólico, una anécdota contada por Mayolo dice que el púrpura era una constante en los sueños de Pedro Manrique. Que se le presentaban como visiones de buenos augurios y que a su lado necesitaba tener siempre algo púrpura y nada mejor que el fuego para prevalecer el buen agüero.

El día siguiente al golpe de Estado, Manrique permanecía en el hotel de Managua, estuvo cerca de dos horas esperando las palabras correctas para escribir el primer párrafo de lo sucedido en la revolución sandinista. Pensaba más con el corazón que con la cabeza, y en virtud de ello se estancaba en momentos donde las calles fluían del rojo y negro de las banderas y cánticos de revolución. Olvidando su experiencia personal, como cuando escuchó

desde la radio el: «cayó Somoza», o los estruendos de las balas o el olor a pólvora quemada que traspasaba las ventanas de la residencia. Eso nunca lo escribió. Terminada la noche, arrancó la hoja de la máquina y la leyó antes de guardarla, sabía que no la iba a emplear en su biografía. Se dijo a sus adentros que era una excelente columna, aunque ya acostado cedió a escribir su biografía, renunció a siquiera pensarse escritor, él era collagista.

La diferencia del Manrique literato y el artista plástico era la motivación con que realizaban las cosas. Mientras que el primero necesitaba cumplir ciertos criterios para escribir, el segundo hacía los collages de forma casual y sin rituales simbólicos que le facilitarán del proceso. Años después confesaría a los medios:

—Imagínese, usted, una babosa cuyo medio de producción es la sal, pues lo mismo me pasa a mí con la escritura.

Ritual de cada noche I

MAD

06 de abril de 2025

Querido G.,

Ya es de noche, y como cada maldita noche desde que te arrancaste de mi lado, me siento frente a esta hoja en blanco, clavada en el abismo de lo que fuimos. No sé por qué carajos escribo. Quizás para que tu sombra no me devore. Quizás para no perderme a mí misma en el eco de tu ausencia. Quizás solo para reventar este silencio que me ahoga más que el vacío que dejaste. Hoy pasé por ese infierno donde nos vimos por última vez. No balbuceé una palabra. No derramé una puta lágrima. Pero algo se resquebrajó dentro de mí. Como si el cuerpo guardara las heridas que la memoria se empeña en negar. Vos, que sabías hablar con las manos, dejaste cicatrices que ni el puto tiempo pudo borrar.

Es una tortura, porque ya no te espero. Ni en la puerta, ni en los mensajes, ni en los sueños rotos. Pero sigues ahí, como el hedor de una prenda vieja, como una canción maldita que no puedo arrancar de mi cabeza. Como ese agujero negro en el pecho que nadie más puede llenar.

Y cada día es una batalla. Una puta guerra contra el recuerdo, contra tu risa, contra la forma en que tus ojos me miraban y me hacían sentir invencible. Ahora solo veo ruinas. Ruinas de lo que fuimos, ruinas de lo que soy sin vos. Intento reconstruirme, pieza a pieza, pero cada ladrillo que pongo es como clavar un cuchillo en esta carne viva. Porque cada intento de avanzar me devuelve a ese instante donde todo se hizo pedazos. No hay escape, G. No hay maldito rincón en este mundo donde tu sombra no se proyecte, arrastrándome de nuevo al abismo.

Me aferro a esta agonía como a un último respiro, porque es lo único que me queda de vos. Esta herida abierta, este pozo sin fondo, es la prueba de que exististe, de que me marcaste a fuego. Y aunque grite, aunque me desgarre el alma en cada palabra, sé que nada te traerá de vuelta. Solo queda este eco, esta condena de sentirte presente en cada ausencia, en cada espacio que dejaste vacío.

Así que aquí sigo, G., con la tinta manchándome los dedos, sabiendo que cada línea es un clavo más en el ataúd de lo que fuimos, pero también un grito desesperado de lo que aún soy. No soy la misma, jamás volveré a serlo.

Me rompiste y ahora solo me queda vivir en los escombros de lo que fuiste para mí. Y, jodidamente, supongo que eso es vivir.

Esta carta no tiene destino, no va a llegar a tus manos. Pero esta noche, como cada noche, me arrastraré a la cama un poco menos rota después de escupir estas palabras. Porque nombrarte es, en el fondo, desangrarme para volver a ser yo. Y aunque duela hasta el alma, sigue siendo mi única forma de aferrarme a lo que queda de mí.

Hasta que el infierno nos encuentre,

A.

Ritual de cada noche II

MAD

07 de abril de 2025.

Querido G.,

Aquí estoy de nuevo. El sol apenas asoma, pero para mí es solo otra extensión de la misma noche eterna. Ayer, al vaciar mi alma en esa hoja, creí que algo cedería. Que este ritual de nombrarte me daría un segundo de tregua. Qué ingenua. La única rutina que me queda es esta: despertar con el peso de tu ausencia, respirar el aire que antes compartíamos, y sentir cómo cada segundo se clava en la herida que dejaste.

Cada café de la mañana es ahora un trago amargo de soledad. Cada paso por la calle me lleva a un recuerdo tuyo, una esquina donde reímos, un banco donde tus manos buscaron las mías. Ya no hay rituales compartidos, solo la macabra rutina de esquivar el dolor, de pretender que no estás en cada sombra, en cada silencio. Las horas se arrastran, idénticas, vacías. Mis días son un bucle cruel donde todo me devuelve a vos, a ese hueco imposible de llenar.

El más perverso de mis rituales diarios es este, G.: sentarme frente al papel en blanco, sabiendo que no leerás una palabra. Es mi penitencia, mi forma de sangrar un poco más cada día para confirmar que aún estoy viva, o al menos, que una parte de mí lo está. Me aferro a esta pluma como a un salvavidas en medio de un océano de recuerdos, dejando que la tinta sea la sangre que ya no puedo derramar por tus ojos. Este es mi acto de fe, el único que me queda: creer que al nombrarte una y otra vez, la locura no me devorará por completo.

Y así, la vida sigue su curso implacable, tejiendo una rutina de supervivencia, de apagar fuegos internos y de fingir normalidad. Pero vos y yo sabemos que no hay normalidad donde antes hubo un mundo entero. Solo queda la incesante danza de la memoria y la ausencia, el ritual de recordarte hasta que duela y luego volver a empezar al amanecer.

Mis sueños son ahora el único santuario donde te encuentro, pero son un arma de doble filo. Cada mañana, al despertar, el golpe de tu ausencia se vuelve un ritual de reconfirmación de esta cruda realidad. La rutina de la vida continúa, pero yo no. Sigo varada en ese último instante contigo, con el eco de tus palabras resonando en cada fibra de mi ser, mientras el mundo avanza sin piedad.

Esta carta, como la anterior, es mi testimonio. El registro de una existencia fracturada, de un alma que se niega a sanar. No es solo un escrito, G., es mi ritual de duelo perpetuo, mi forma de honrar el abismo que dejaste y que se ha vuelto mi único hogar.

Porque el ritual más doloroso de todos es este: seguir viviendo cuando una parte esencial de mí murió contigo.

Hasta que el dolor se agote,
A

A mis amigxs

JUAN SALVADOR

Esto no es una carta cerrada
o no del todo
es más bien una grieta en la pared por donde entra algo
lento, sin permiso
como el aire en una casa vieja

no sé qué nombre ponerle a eso que hacen
tampoco hace falta
las cosas importantes no se nombran fácil
se reconocen
como se reconoce una canción en otra lengua
o el modo en que alguien se queda
cuando todos ya se fueron
hay días en que cosas caen
pero no todas
y eso, ese resto, ese casi, es ustedes
como una silla sin una pata que igual aguanta
como un vaso con agua tibia que calma
yo no estoy del todo
o estoy pero mal armado
como un rompecabezas sin tapa
y sin embargo,
ustedes sostienen
con estar sin ocupar
como si conocieran una coreografía que no se ensayó nunca

Gelman dijo: "el amor es una cosa y la palabra amor es otra cosa, y sólo el alma sabe dónde las dos se encuentran"

una forma que no firma
que no dice su nombre
pero que aparece
justo ahí

cuando ya no
cuando ni vos sabías que
no escribo esto para explicar
ni para agradecer
sólo para dejar una marca
como quien escribe en la ventana empañada
no para que dure
sino para que alguien lo vea
un rato
y sí un día todo vuelve a armarse
por lo que hicieron
por lo que no dijeron
por lo que dejaron a la mano
por si acaso
eso
eso es todo
y no es poco

Reflejos

CLAUDIA VASQUEZ



Del dolor al ritual

ABRIL PENDÓN SOBRAL

Los rituales que siguieron a pesar de tu ausencia, son esas costumbres que creímos que después de vos no iban a continuar. Soplar una vela sobre un pan dulce cada navidad por tu cumpleaños, llevar a la nena a la cancha, cocinar en familia tus comidas favoritas prestando atención a que el morrón y la cebolla estén cortados bien chiquitos, y en la sobremesa imitar tu risa, que antes lo hacíamos para reírnos de vos y hoy para recordarte. Cuantas cosas eran solo una costumbre o incluso una cábala y hoy son rituales que mantenemos para seguir teniéndote presente.

A veces voy en la mañana a verte, a visitarte ahí donde se visitan a los que ya no están, y fumamos juntos, y en mi cabeza charlamos y teuento las cosas que cambiaron, las que siguen igual, como un ritual. También teuento y te recuerdo de los rituales de domingos de mates tempraneros, una heladera llena de quesos y fiambres, gaseosas y cervezas compradas antes de la veda; nos recuerdo a todos con documento en mano y una boleta azul en el bolsillo, el número de orden y mesa memorizado y emprender el viaje por cuatro escuelas diferentes de la ciudad para que los ocho juntos salgamos a votar, celebrando la democracia en familia como una fiesta, paso, generales, balotajes, legislativas, presidenciales. La primera vez que fuimos sin vos mamá llevó tu foto y casi la mete en el sobre junto con la boleta medio en broma, medio en verdad pero no lo hizo porque te extrañábamos pero no tanto como para impugnar el voto en honor a vos. Volver a casa, ver los resultados comiendo una picada en familia que duraba un almuerzo, merienda y cena, con los de siempre acercándose a casa para celebrar la democracia. Fuimos a votar siempre juntos, y lo seguiremos haciendo.

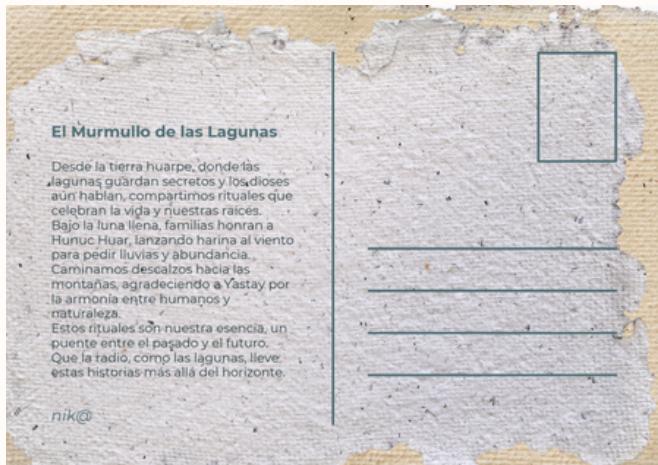
Navidad era más o menos igual, la picada enorme del 24 en la noche, y a las 00 una velita en el pan dulce. El 25 almorzar tarde todas las sobras de la noche anterior, otra vela en el pan dulce rodeados de amigos que decidieron pasar su navidad con nosotros, con vos. Pero ese año que no estuviste mas no esperábamos a nadie el 25 en la tarde, éramos los que estábamos, y como ya no estabas nadie iba a venir a festejarte. Creímos mal, nuestro ritual de cada año siguió adelante, amigos familia y vecinos vinieron a celebrarse aunque no estabas.

El duelo se llena de rituales, tenemos estos que son colectivos y familiares, y después están los míos, y mi favorito es escribirte los días que más te

necesito esperando que de alguna manera el papel que dejo guardado en un cuaderno o en una caja te llegue como una carta que atraviesa todo lo imposible para dejarte mi mensaje: Estás en todos los rincones del barrio, estás en la gente que me encuentra y te recuerda con cariño, en cada calle, en cada arroyo (pero más en el nuestro), y en el río, en el río dulce y en el salado también. Estás en el viento, en la lluvia y en la arena; en toda la música que suena por cada calle que camino, estás conmigo, con mamá y papá, con los hermanos, los primos y los de siempre. Siempre estás.

El murmullo de las lagunas

NIKA GATO NEGRO



Horizonte de eventos

PALOMA HEREDIA

Mi corazón está latiendo. Es el único sonido que mi carne escucha. Afuera hubo mucho ruido; adentro, solo el simposio de este tambor. Hace rato, la ciudad se vino encima, tan encima que desapareció. Creo que este agujero negro que tengo en el pecho la arrastró hasta su centro mismo. ¿Tendrá, si no, horizonte de eventos mi corazón?

Cuando las bocinas callaron, lo hizo también el naranjita de la esquina, los vendedores que se escuchaban y hasta los pájaros desorientados en tanta urbe.

No hay luz. La silueta de los edificios es un recuerdo lejano, casi una imagen en blanco. Pero sigo escuchando ese compás. La respiración, antes, entró en alarma. ¿Será que la calma no sólo precede a la tormenta, sino que también la subyace?

Llevo cinco minutos en este piso frío. Hace dos que parecen eternos pensé que estaba a punto de morir, de ser tragada por el mismo agujero. Pero no, acá sigo.

La gravedad es enorme, pero todavía no me engulle del todo; me deja sobrevivir apenas, como un marinero que se aferra a un tablón en un naufragio. La importancia de la superficie... este piso frío de porcelanato. Pienso en las horas que he pasado limpiándolo. Es irónico: ahora no podría ni levantarme, mucho menos limpiarlo.

Hace siete minutos colgué el teléfono. Hace ocho, mi mundo se derrumbó con tu voz.

(Para al)

CAROLINA BRANCA

Y todos me dicen que vivo muy enredada
Que agrupo las palabras en conjuntos de tequeros
Porque lo que no te mata te emboba
Y vos acá
Y yo allá
Mientras peino mi pelo todo inflado
Tengo las puntas abiertas a las cosas dulces
Porque tanta amargura, amor
Hay tanta
Y yo tengo tan poco espacio para escribir sobre lo nuestro
Me creció el pelo desde el año pasado
Nadie me lo dijo (vos lo hubieras hecho) , y yo me doy cuenta
ahora!
Soy algo inconexa (pido disculpas, aunque no tenga ganas)
Porque así me ahorro explicaciones
Porque lo que no te mata te emboba viste?
Te lo repito de nuevo porque estas lejos
Porque la primera vez te salteaste esa línea
O porque te extraño
Y últimamente me siento actriz de teatro independiente
Me enroscó a las cosas como bailarina erótica
Voy de acá para allá con un conflicto inventado
Dibuje tu cara torcida en el espejo empañado
Te escribí
Porque te extraño
Y no tengo otra excusa
Más que decirte
Que estas lejos
Y que me hacés falta
Ayer me acordé de cuando dijiste
Que morir es cultural en este mundo sobreestimulado
Que en la ternura hay salvación
Para toda esta violencia

Suplicio

LUIS ARROYO CRUZ

Como todos los lunes, se levantó temprano para ir al mercado. Conocido ya su silencio, estiraba un papel con la lista de lo que necesitaba y los vendedores lo despachaban sin hacer preguntas. De regreso a casa, se le atravesó en la mirada un pollito morado asomado entre lo que parecía un centenar de pollitos arcoíris hacinados en una jaula. Feliz, motivado por la vitalidad exultante del ave, corrió hacia el puesto dando saltitos. Frente al señor de los pollitos, estiró el brazo recto con el dedo firme, apuntando en dirección inequívoca al pollito morado.

Al llegar a su casa, abandonó al olvido la bolsa del mandado y a trompicones atropellados fue hacia el patio trasero donde tenía la lavadora, el fregadero y la jaula. La jaula no resaltaba por su belleza ni su gran tamaño, sino por desentonar entre tanto producto de limpieza y tanto polvo. Al pie de la jaula, con el nuevo huésped entre sus manos, en sobrio y elegante gesto, abrió la jaula y lo posó amorosamente en una rama para admirar su belleza.

Pasado el momento de exaltación y felicidad, se dedicó a escribir el elogio fúnebre y la elegía. En el elogio destacó por sobre todas las cosas la perseverancia que tuvo en su vida de vivir hasta el final y su determinación de morir sólo cuando la vida se le fuera. Dirigió la elegía a la perdida del amor en sus muchas formas.

Lamentos no faltaron sobre el despecho, el desamor, el abandono y la miseria de la vida sin amor. Los versos más rescatables son los siguientes: “El vacío de ti con que me fuiste llenando / me colmó de una renuncia de mí mismo / que al tiempo fui supliendo con el deseo / de sentir”.

Por las tardes lo veía brincar entre las ramitas y mover su cabeza de lado a lado en movimientos ausentes, como buscando la razón del universo y de su efímera vida. Al tercer día, como siempre, el pollito ya poco hacía y lo que hacía, desganado, dejaba tras de sí un tufo de arrepentimiento y

miseria. La base de la jaula estaba cubierta de descoloridas plumas moradas. Hasta el viernes el pollito anduvo penando las ganas de morirse que arrastraba desde el martes. Nuestro protagonista llegó en el preciso momento en que se dejó caer de la rama, como si se dejara caer del mundo para ir a otro lugar donde la vida se sintiera menos como la muerte. En esta ocasión el funeral sería sencillo, un simple entierro a la luz de la luna acompañado del trino de las aves cercanas.

Podría pensarse que nuestro protagonista es tonto o está loco, pero todo lo contrario. Diligentemente, cada semana compra un pollito de color que escoge según sus ánimos y el clima del momento. Consciente de su inminente destino, en un ejercicio de desrealización de la muerte, proyecta ese vertiginoso deseo de morir que todos traemos dentro en estos pollitos que pocas opciones tienen en la vida y muchas ofrecen en la muerte. No los maltrata ni mucho menos. Se encarga amorosamente de ellos el tiempo que son suyos. Pero el verdadero placer viene con la muerte. El suplicio del duelo que aplaza eternamente la realización de morir lo exalta en lo más profundo de su ser. Al contrario de lo que podría pensarse, la repetición cíclica del ritual fúnebre no lo insensibiliza ni un poco. Cada vez es como si fuera la primera. En su búsqueda por sentir algo significativo, algo profundo, ha encontrado el goce de la vida.

Ritual de tecnoarañas

MARÍA ALEJANDRA ORTIZ CUADRADO

Era masa humana prefigurada

Una cadena ordenada de pistas programadas

Un work in progress moderno y perspicaz

Precisión 0033-ctrl6

Era máquina de uñas vaporizadas, un circuito automático de placer

Deleite de lenguas con corrientes alternas

Un gemido dentro de un micro-procesador, un gemido y un micro-programador, un gemido y un micro-controlador.

Rituales milimétricos para formatear sectores determinados de sí mismx y el fuego que se prende en la comisura de sus labios

Compuestx de una ingeniería estética perfecta

[Músculos, piel, huesos, sensores de información, controladores, partes neumáticas, hidráulicas, eléctricas, poros dibujados y pestañas. Saltamontes en la frente y cejas oscilantes]

Dormía entre las arañas

Rituales milimétricos y mis dedos en su sexo galvánico

Precisión 0034-ctrl2

Era la fenomenología de la destrucción

Masa humana pos-figurada

Un sueño, quimera entre la superficie del presente y la espesura del futuro

Dormía entre las arañas.

El murmullo de las lagunas

MARÍA ALEJANDRA ORTIZ CUADRADO

Querida Radio Futura,

Desde el corazón de la tierra huarpe, donde las lagunas parecen espejos del cielo y guardan secretos que se remontan a tiempos inmemoriales, les escribo con el deseo de compartir un poco de nuestra esencia. Aquí, entre montañas que tocan las nubes y vientos que acarician el alma, aún resuena el eco de los dioses en los rituales que mantenemos vivos como un acto de amor y resistencia.

En las noches de luna llena, cuando el cielo ilumina nuestras historias, las familias se reúnen alrededor de las fogatas. Allí, bajo el manto estrellado, honramos a Hunuc Huar, dios del agua y la fertilidad. La harina de maíz, al ser lanzada al viento, se convierte en un puente entre lo humano y lo divino, una súplica humilde por lluvias que alimenten la tierra y sostengan la vida. Cada palabra que pronunciamos es un susurro al espíritu de la tierra, un idioma ancestral que solo las lagunas comprenden y guardan.

Las tradiciones no terminan ahí. Al despuntar el alba, seguimos descalzos el sendero hacia las montañas, llevando con nosotros hojas de algarrobo y canciones que evocan el origen. Allí, en lo alto, agradecemos a Yastay, el guardián de los animales, por la armonía que permite nuestra coexistencia con la naturaleza. Es un momento de reflexión y gratitud, un recordatorio de que somos parte de un todo más grande, un tejido vivo en el que cada hilo tiene su propósito.

Estos ritos no son meras costumbres; son la raíz de nuestra identidad, un vínculo con quienes caminaron antes que nosotros y un legado para quienes vendrán. Recordarlos y practicarlos es una forma de resistir el paso del tiempo y el olvido, de decirle al mundo que existimos, que aquí laten corazones que dialogan con la tierra y los cielos.

Con esta carta, dejo un murmullo al viento, un deseo para que la radio, como nuestras lagunas, sea un guardián de historias. Que sus ondas lleven nuestras voces y las hagan viajar más allá de las montañas, más allá del horizonte, preservando lo que somos para que nunca se pierda.

Con afecto,
nik@

S/T CAROLINA BRANCA

Tengo muchas fotos de pizzas rojas, chorreando aceite en platos sucios, la servilleta manchada de labial, la conversación vacía. El qué hiciste, qué pasó, qué leí últimamente. Hay pedazos de ajo gigantes y gaseosas heladas en vasos de cerveza, miramos la tele, juega Vélez contra Banfield, a vos no te importa, yo no entiendo nada de fútbol. Mi bufanda está en el piso.

Te digo que quiero revolucionarme y pasarme al celular con tapita, vos decís que estoy medio loca, que son cosas de la edad, esto de tener diecisiete años y estar demasiado aburrida.

Pedís la cuenta, pagás, salimos. Hace frío. Vos estás demasiado cansado, volvemos en silencio, suena Ciro y Los Persas, a mí me gustan más Los Piojos.

Pienso que la vida se resume en esto, el silencio con toda la gente que amo, la conversación simple, ruido de fondo.

Rituales de ida: con la Cruz del sur de guía, mate y colectivo



Relato de la hora sin llegada

ABELARDO CÁRDENAS CARBAJAL

La hora cero me ancla un pasatiempo de a pie, la falacia me recuerda cada noche del reloj.

Hora sin fecha que resguarda los sentidos, por el cero que aguarda un conteo regresivo.

Hora y media por el reloj que se subleva, en la cabecera donde dormía cabizbajo.

Hora cero para resistirme a la detención y pido una plegaria sin migas que se coma.

No tengo ganas de decir palabras tuyas, pero extraño tu vulnerabilidad innegable.

Hora cero de dudas, por un pistilo verbal; que cobija la desesperación de sus migas.

Cargué mi joroba por meses y todavía pesa el beso de las horas devastadas.

Empecé a corregir mi trance, que no tiene época y me convencí que debí buscarte sin sospecha.

Hora cero, sin desubicarme de los pecadores; tu beso me duele a nada y ya no hay angustia.

No tengo duda de no estar seguro del horario y el conteo sigue su dependencia en segundos.

Hora diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno, cero y vuelve la calma.

La hora cero me ancla un pasatiempo de a pie, la falacia me recuerda cada noche del reloj...

Mi inspiración

MARIJAZ

Escribir se ha vuelto mi refugio. Este poema es el retrato de un ritual silencioso: ese instante en que la inspiración toma mi cuerpo y me transforma. Así me salvo. Así me encuentro.

Con mi rumbo desviado, te encontré.
Bendita inspiración, que irrumpiste en mí,
llenándome de vida y de pasión, nueva motivación.

Ya no he de vivir tranquila:
por las noches vienes a visitarme.
Has de encontrarme recostada,
intentando conciliar una paz divina,
esperando tu llegada... tal vez.

Pero sé que, al final del día, siempre llegas a iluminarme.
Te posas sobre mí. Vienes a poseerme.
Y yo escribo y escribo poesía para no morir,
para morir escribiendo.
Tomas el mando de mis manos,
haces que en mí fluyan las palabras que, durante el día, calló.
Haces que mi ser alivie sus penas retorcidas y sus sombras reprimidas.

Entre aquellas palabras, logré encontrar a la niña que habita en mí.
En aquellas poesías, me enamoré de lo que llaman "soledad".
En esas historias, se entrelazan las partes más rotas de mí.
Y esos escritos son mis memorias,
el hogar al que siempre puedo regresar,
lo único que he de dejar al morir...

Bendita inspiración, que a mi mente un día llegaste.
Gracias a tí, debo todo lo que soy.

El ritual de ser uno mismo

SAYURI FRANCO OSORIO

Los sábados eran especiales para mi abuela, y en la semana entera se preparaba para ése día.

Los lunes dejaba que en la radio sonara fuerte la marimba mientras preparaba de comer; nunca faltó verla bailar por toda la cocina con un cucharón en la mano y el humo de la sopa flotar hasta el techo. Según ella, cocinar estando feliz le daba otro sabor a sus platillos y, sin lugar a duda, siempre tuvo razón.

Los martes y miércoles prendía la televisión a las 17:00 horas, para ser exactos: era el canal local de nuestra ciudad y pasaban en vivo la fiesta diaria en el Parque de la Marimba, su lugar preferido.

El jueves era más emocionante ante el inminente comienzo del fin de semana. Entonces revisaba sus cajones y elegía el esmalte que combinara con aquel color que iría a ponerse el sábado. Pero antes de eso, ponía sus pies en agua caliente y con hojas de hierbabuena, porque decía que el olor de la esencia la relajaba y su piel se ponía más suave. Unos 30 minutos después, frotaba sus callos con una piedra Pómez y se cortaba las uñas. Luego, pedía a una de nosotras que se las pintaramos, mientras ella leía una revista de cosméticos: estaba revisando el siguiente esmalte que iría a comprar para la siguiente semana.

El viernes dormía una larga siesta. Parecía un oso a punto de despertarse de su hibernación, lista para comerse el mundo.

Finalmente, llegaba el sábado. Una vez terminaba de comer, se iba volando a su habitación, cantando muy contenta. Todos sus vestidos estaban ya planchados y listos, así que veía el color de sus uñas y luego el de sus trajes; elegía el más pintoresco y luego abría todas su cajitas de maquillaje para empezar su ritual.

Ponía el espejo frente a una ventana y empezaba a maquillarse. Al tiempo que tarareaba, prestaba atención firme a las líneas de sus arrugas y su piel morena. No le molestaba para nada exagerar un poquito más en los colores; decía que eso le daba vida. Cuando terminaba, se cambiaba y se ponía unos lindos zapatos de tacón. Peinaba su corto cabello y se echaba perfume. Al final, se miraba en el espejo con los ojos brillosos y el orgullo inflado, guapa y radiante.

Todos los sábados, iba a bailar al Parque de la Marimba y le gustaba estar perfecta, sentirse bella y lista para taconejar las canciones. Era el día en que su verdadera “yo” salía a la superficie; la que se paraba frente al escenario y deslumbraba con sus bailes.

Aquellos rituales solo la preparaban para ése día; era una marejada de felicidad que salía de su más hondo pecho y cautivaba a quien la mirara. Le encantaba terminar sudada y con los pies doliéndole después de bailar por horas, pero se sentía más libre que nunca: me lo confirmó un día, cuando le pregunté por qué se arreglaba tanto si, al final, terminaba hecha un desastre. “Porque es bien bonito verme al espejo y sentirme guapa. Y no te confundas, hija, que esto no lo hago por nadie; únicamente para mí”, sonreía, “Es volver a sentirme viva y no dejar que mi edad me detenga. Y así termine sudando, sé que la siguiente semana, volveré a bailar y eso me emociona como no tienes una idea”.

Tres requisitos que indican el inicio inexorable de un ritual

MARÍA SOFÍA ABARCA

1. Respirar o simplemente existir. Los rituales no son exclusivos del ser humano: se han documentado ceremonias funerarias en elefantes y cuervos, la danza de la lluvia en los chimpancés; los baños termales, desde 1963, en los macacos japoneses; el cortejo de apareamiento y regalos en las aves; la práctica de caza cultural en las orcas; los santuarios de piedra en Costa Rica de los monos capuchinos; las ceremonias de bautismo en los delfines nariz de botella; elaboradas competencias de danzas comunitarias de los pájaros saltarines de América Central; la tradición del canto en las ballenas jorobadas y los conocimientos de automedicación de los primates. Incluso, se han descubierto rituales en las comunidades de insectos sociales y arácnidos. Una de estas exhaustivas investigaciones le valió el Premio Nobel de Medicina y Fisiología al etólogo austriaco Karl Von Fisch que decodificó el lenguaje de las abejas y estudió sus complejos métodos de comunicación simbólica a través de rituales de baile y señales químicas. Sus investigaciones sentaron las bases de la etología moderna.
2. Formar parte de una comunidad: el carácter tradicional, plural y grupal de los rituales no favorecen a un único individuo, sino que se crean gracias a las conductas y procedimientos.
3. La falta de cuestionamiento: si bien, algunos rituales pueden ser prescriptos por comunidades religiosas, no es lo que los rige como tales. Uno nunca se ha cuestionado por qué debe celebrarse un cumpleaños o encender velas ya que se trata de prácticas repetitivas y estereotipadas sin cuestionamiento.

Altares

FLORENCIA MAGGIONI

Hay días, y no son pocos, en los que uno se siente sucio, pero no de barro ni de hollín, sino de una mugre más fina y más pegajosa, una especie de sombra en la conciencia, como si el alma hubiera estado demasiado tiempo sumergida en ese río turbio, hecho de opiniones ajenas, titulares de mierda y bailes de gente extraña que nos vende felicidad en 15 segundos.

Y entonces, como un resto de lucidez o simplemente hartazgo, uno huye, deja al cuadrado luminoso, como quien abandona un templo falso, y se interna en la espesura de lo real. Camina descalzo y, por fin, los pies recuerdan su viejo oficio: el de sentir. Y así, paso a paso, gesto a gesto, vamos recomponiendo nuestro altar y afinamos la señal, porque hay demasiadas voces gritando sin alma, demasiado odio envasado en tuits, demasiada miseria disfrazada de opinión.

Y en un país donde todo duele: la plata, la política, la piel, tener una antena encendida es un acto de riesgo, pero también de amor, porque solo afinando el alma podemos seguir eligiendo qué verdad queremos sostener.



Conserva
ZOE ABRIL GAUNA

Abram Lichtman

PALOMA HEREDIA

77431. Siete, siete, cuatro, tres, uno. Las letras darán pronta forma a los números, y Abram Lichtman dejará de ser para siempre un lugar conocido. El cielo amanece en gris plomo, una llovizna intermitente funda la ciudad de nuevo. El agua ha logrado hacer su cometido: impermeabilizar las superficies de su inmediato futuro.

Cuando el sol se ponga ese día, 30.000 hombres serán arrestados y más de 91 habrán muerto; una cantidad resignada de sinagogas se habrá convertido en ruinas y escombros. Dios guardará silencio.

431. Cuatro, tres, uno es como han convenido llamarlo sus compañeros, eliminando las primeras dos cifras de sus inscripciones cutáneas. Hace cuatro días, 671 le ha dicho que ha creído encontrar la forma de contactar a alguien que puede sacarlos.

Lo cierto es que, entre todo aquello que hemos olvidado, también hemos hecho carne la esperanza, para poder sobrevivir. No quiero confundir con esto; quiero más bien decir que ya no nos queda. Hemos sacrificado nuestros alientos más poderosos.

Todavía guardo en mí, el recuerdo de ese 9 de noviembre, que se repite como mantra cada mañana. El cielo amanece en gris plomo, una llovizna intermitente funda la ciudad. Gritos, humo, represión, huida, prisión.

Aparece a veces intolerable el deseo, ese rasgo que no perece y muta. Hace 1320 días que no muta. Un anhelo maldito que solo mira para atrás porque no encuentra segundo por venir. Se regocija ahí, cuando los números todavía guardaban los compases de una canción que se escucha en la radio, o en el vuelto del panadero al entregar una babka caliente, el número ocioso de palomas que se agrupan en la plaza esperando algunas migas, los días contados con las manos para el Shabat, Miriam que ha tenido dos hijas gemelas, los siete años de la carrera de medicina que se desglosan en meses largos y ocupados, los 78 del abuelo Eliezer.

El mundo de los nombres y las cosas, de los seres con nombres, de los seres con cosas.

Siete, siete, cuatro, tres, uno, o como lo llaman sus compañeros, cuatro, tres, uno, ha logrado hacerse de un pequeño cuaderno que esconde entre sus ropas y luego tapa con tierra durante el día. Ahí anota nombres, hace una

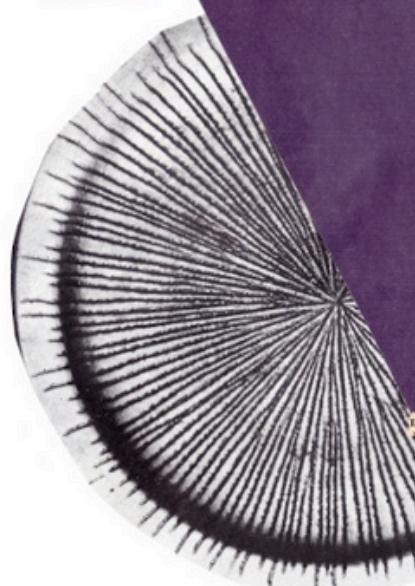
caligrafía temblorosa de letras que advierte una salud gastada, pero un tesón irrenunciable a ceder al olvido.

No puede pensar demasiado en el futuro, pero a veces fantasea con la idea de que, un día no muy lejano, encontrará el cuaderno como un objeto desconocido. Tendrá suerte si puede interpretarlo. Sus compañeros, que han olvidado la forma de las cosas que no responden al trabajo en Dachau, no podrán ayudarlo.

Quizás tomarán las hojas y, en vez de buscar en ellas el significado, las arrancarán de cuajo para recuperarles algunas vanas calorías.

Abraham fantasea con su hado: el día que olvide todo y sea solo un número. Piensa que no añorará más, en causa perdida, la caricia de su madre, el aroma del Café Adria o, quizás, a ese joven lleno de futuro que cruza los escalones de Charité en su primer día como estudiante de medicina. Abram Lichtman dejará de ser para siempre un lugar conocido.

COMO EN UN PARQUE



Afuera, el viento

AVVENTURAS EN DOS MUNDOS

a fuerza de lango y lodo,
Luis Díaz

me sentía inclinado a permanecer.

preparada y a punto al lado del,



Ritual

S/T
MARTINA DOMINELLA

La magia existe... a veces

MARÍA JIMÉNEZ

“¡Por San Juan a tu amor verás! - solía recitar mi abuela cada vez que se acercaba la noche del 23 de Junio.

Ella nos contaba los rituales que podías hacer esa noche para encontrar al amor de tu vida. Aquellas historias formaron parte de los cuentos de hadas de mi infancia, pero cuando llegué a la adolescencia y me empezó a interesar el amor romántico, aquellas ceremonias adquirieron una gran importancia.

Aquel San Juan de mis 16 realicé el rito más sencillo de todos, coloqué una palangana con agua debajo de mi cama a la altura de la almohada, y le añadí ramitas de romero, con la intención de soñar con el hombre de mi vida. Fue una noche agitada en la que soñé con un hombre que tenía múltiples rostros, no pudiendo recordar ninguno de ellos con nitidez por la mañana. ¿Cuál era el significado del sueño? ¿Conocería a muchos chicos antes de encontrar al verdadero o sería uno sólo pero con muchos recovecos? Por la mañana llené la bañera, y le añadí el agua aromatizada de la palangana, como me había explicado la abuela. Después me sumergí, era una especie de bautismo purificador para que las almas gemelas se encontraran. Efectivamente aquel año conocí a muchos chicos pero ninguno alborotó mis sentidos.

Al año siguiente probé otro ritual distinto. Pelé una manzana con la piel entera, y arrojé ésta por encima de mi hombro izquierdo sin mirar, mientras recitaba: "San Juan, San Juan con esta peladura la letra de mi amor dibujarás". Efectivamente la letra G apareció claramente formada con la peladura de la manzana sin intervención alguna. Aquel año no conocí a nadie cuyo nombre empezara por esa letra, pero aún así no perdí la fe.

En el tercer año, ya con 18, decidí probar con el rito más atrevido. En verdad me daba un poco de miedo, pero ya era mayor de edad, toda una adulta ante la sociedad, así que no podía ser tan asustadiza. La abuela nos había contado historias aterradoras sobre esta última práctica, quizá solo había sido para entretenernos, porque como es sabido por todos, a los niños les encantan las historias de miedo, pero habían surtido su efecto. A las 23:55 h respiré hondo, apagué todas las luces de la casa de mi abuela, me situé ante el espejo de bronce de la entrada, me persigné, invoqué al espíritu protector

de ella, y al sonar las 12 campanadas, encendí dos cirios que sujeté con cada una de las manos a la altura de mi cara. Entonces le vi, en el espejo apareció la cara de un chico perfectamente definida: pelo negro ensortijado, ojos claros, nariz romana y una enorme sonrisa. Conseguí no gritar y girarme, detrás de mi no había nadie, y cuando volví a mirar el reflejo en el espejo, la imagen también había desaparecido.

Pasaron ocho años, estudié periodismo, aprendí varios idiomas y conseguí mi primer trabajo en París. Cuando llegué al aeropuerto y le vi esperándome con un cartel con mi nombre, no me lo podía creer. ¡Era él!

- Bon jour, me llamo Gabriel.

Abuelos

IGNACIO LOIZEAU

Varias veces me preguntaron si los relatos que escribo y cuento en redes sociales son reales o ficción. Hasta he tenido varios amigos o familiares que me dijeron que se acordaban de esto o eso. Yo digo que sí, que me pasaron, y no se miento, pero a mi mente definitivamente le cuesta diferenciar entre mi historia y las historias que los abuelos te cuentan mil y una vez.

Y ahí esta la clave.

En la mesa familiar siempre me sentaba lo más cerca de la esquina de los viejos y me aseguraba de no hablar. Mi abuela, bien conservadora, siempre decía: "Los nenes hablan cuando las gallinas mean. Y sino, aprendan de Nacho." Para mí, en esas tardes junto a los abuelos, uno podía vivirlo todo. Desde ser un militante desradicalizado a una abogada en un mundo de hombres hasta un futbolista frustrado. Sus historias, no importa que tan divagante sean, son tan reales en mi cabeza, como cualquiera que yo viví, sino más.

Incluso, te digo, cuando ya están grandes y sus recuerdos son sospechosos —como cuando el abuelo me cuenta que visitó a su familia en Italia y se casó con una italiana que murió en una explosión de auto, sin darse cuenta de que en realidad está contando *El Padrino*— No puedo culparlo. Sin demencia, yo tampoco sé si fui yo el que de chico fue en una aventura en busca de una pelota firmada por Messi, como cuento en una de mis historias, o si es una historia de mi abuela, y el chico mi viejo, y la pelota estaba firmada Maradona.

Para mí, cuando escuchás una historia —especialmente cuando la escuchaste tantas veces como el abuelo vio *El Padrino*—, tu mente no te engaña al ponerte en ese pueblito de Italia. Tenés todo el derecho a pensarte ahí. Y tu memoria el suyo a tomarse sus libertades creativas.

Por eso desde chico, si quiero vivir algo interesante, si quiero tener una aventura imposible me siento cerca de los abuelos, y me aseguro de cerrar la boca, hasta que una gallina mee.

La limonada de mamá

IGNACIO LOIZEAU

Se están por cumplir exactamente dos mil días desde que dejé mi país, y cuando le conté esto a mis amigas una dijo que soy un 23 % menos argentino.

Yo lo odio. Pero bueno. Quizá es por eso que me convertí en un explotador de la nostalgia a través de las historias que escribo.

Pero algo de lo que nunca hablo, en cuanto a mi búsqueda melancólica, es sobre mi perpetua pelea contra las pésimamente documentadas recetas familiares.

Siempre me pareció que a los ravioles posteriores al fútbol de los domingos les faltaba algo. Así que cada vez que se iban mis amigos diciendo que que rica la comida, yo me lanzaba en una inquisición para descubrir la fórmula secreta de la salsa de mi viejo. No era tan difícil al final. Resulta que en los grocery stores americanos, me había equivocado los hongos secos the shiitake en vez de los de porcini. Hoy la salsa me sale mucho mejor que la suya.

La receta para el pollo a la ciruela de mi abuela la descubrí casi como de casualidad. Desde que me mudé su memoria se saltea detalles, así que cuando ella me decía que no llevaba ciruelas yo no le creía. Pero un día a las apuradas me olvidé de las mismas y en el primer bocado de esa noche fui transportado a cuando era niño, un viernes por la noche, mirando un partido del torneo local junto a mi primo, con la bandeja con rueditas que mi abuela nos acercaba para no tener que quitarle los ojos de la tele.

Pero hay una receta... hay una receta que todavía no puedo decodificar. La limonada de mi vieja. Es fácil, me dice ella. 8 limones, 2 saquitos de té verde, dos buenas cucharadas de miel, un pedacito de jengibre, no mucho porque a mi no me gusta con mucho, me aclara, y unas hojitas de menta. Me lo dice medio con una sonrisa, como si supiera que no me va a salir...

Desde que puedo recordar a ella siempre le pintaba la de hacer recetas sanas que nosotros, los chicos, odiábamos. Los scones de zanahoria. La tarta de espinaca. La ensalada con frutillas y hongos. O la limonada de jengibre y menta. Siempre quedaban ahí, intactas, hasta que tenía que tirarlas porque se ponían rancias o atraían moscas.

Resulta que ese verano que preparó su limonada por primera vez, yo tenía en mi escritorio dos libros para leer para el colegio, "Cuentos de amor locura y muerte", de Quiroga, y "Los ojos del perro siberiano". Pero no podía leer. Me aburría. Leía tres páginas, me salteaba diez, y volvía atrás porque no entendía bien la historia.

Pero un día después de fútbol llegué a casa sediento y me di cuenta que mis hermanos habían dejado todas las botellas de agua vacías. Quedaban pocos días para terminar mi resumen de los libros así que, muerto de calor, me agarré una de las botellas de limonada y me senté con el ventilador oscilando a centímetros de mi cara, a leer unos de los libros.

Creo que ambos libros los terminé en cuestión de dos días y medio. Casi como de repente, para el fin de ese verano, me había leído 9 libros, escrito tres cuentos y tomado 133 botellas de limonada. Las contó mi vieja. Y más o menos así fueron todos los veranos hasta que me fui de casa.

Cuando quise volver a escribir sin su limonada, se hizo imposible. Lo intenté doscientas veces, su limonada digo. Y ojo, he hecho limonadas riquísimas, pero ninguna me ayudaba a escribir. O muy ácida, o muy dulce, a veces mucha menta, pero generalmente muy poca, hasta me pase de jengibre varias veces, y mira que me advirtió varias veces que no me gustaba el jengibre.

Te parecerá estupido, pero llegué a pensar que esa receta. Bueno no la receta, sino el recuerdo de ella, se había perdido en ese 23% ya no argentino que menciono mi amiga, y temía que, aunque haga exactamente la misma, no podría reconocerla. Pero este verano, mientras visitaba a mi vieja y mirábamos videos de cuando éramos chicos, ella me preparó una de sus limonadas. Me advirtió que ella tampoco se acordaba como hacerlas, pero cuando se apareció con un vaso frío, yo la conocí en un instante. Fue ahí mismo, que nació la idea del primer relato mientras pasaban las imágenes de cuando era chico de fondo, y me lancé en una pequeña aventura por encontrar en mis palabras, ese 23% perdido que según mi amiga ya no es argentino.

Quizá, cuando yo pueda hacer la receta, podré empezar otras historias, relatos sin este destello añorante que insoportablemente se impone en todas mis historias.

El ritual de la noche mágica de la Luna

COLIBRI EN LIBERTAD

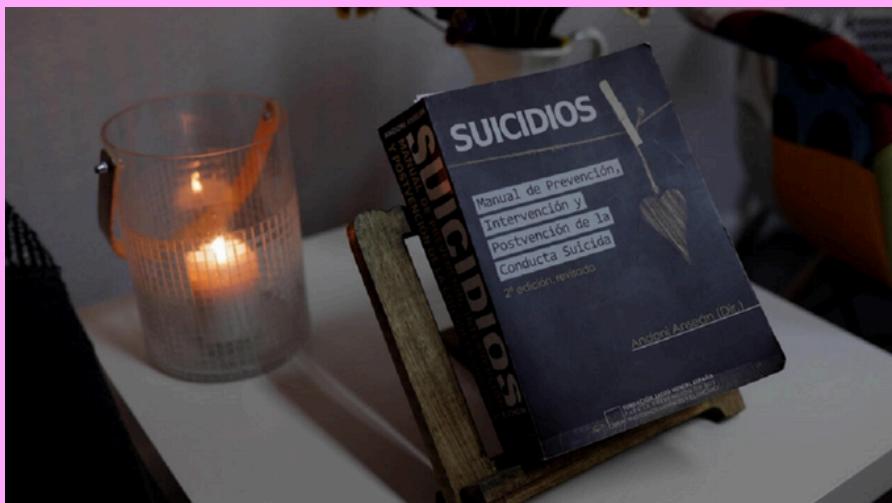
Desy y jario se levantarán hoy más pronto de lo habitual.

Su adrenalina y su alma están hoy llenas de alegría.

Esta noche harán en el bosque el ritual de la magia. La luna está en la fase indicada .como apareció en el sueño que tuvieron los dos. Fueron al bosque y trajeron las hierbas mágicas y las plumas de aquel bello pájaro de alas brillantes y de colores como el arco iris .

También antes de su cajita misteriosa enterrada hace un año los secretos y los conjuros .

Al fin llegó la noche y sin varita mágica pero con mucha concentración y clarividencia. Vieron como su sueño se hizo realidad. La paz iluminó el bosque y el mundo gracias a ellos y el misterio de la magia lunar.



S/T CHUPE

Criar animales

JUAN ORLANDO TURBAY

Al cumplir diez, mi papá me regalo un perro. La primera vez que lo vi me asusté y le dije que era muy feo; él contestó que para eso lo había comprado, para que cuide la casa y asuste a los ladrones. A mamá tampoco le gustó, le parecía muy flaco, casi desnutrido. Papá le dijo:

—Solo necesita un poco de amor.

Mamá hizo una mueca y yo miré al suelo.

Al día siguiente, mi papá sacó a pasear al perro y yo lo acompañé. Vivíamos por la Avenida Libertador, en Buenos Aires. Fuimos al parque. Mi papá me enseño a cuidar de los perros: sacarlos a pasear para que hagan ejercicio, darles de comer y beber, recoger sus cacas y castigarlos cuando hacían algo malo. Cuando llegamos al lugar vimos que había otros dueños con sus perros. Algunos eran más lindos que Tuto, ese era el nombre que le dio mi padre. Había perros grandes y chicos, machos y hembras, morenos y blancos, negros y rubios. Todos con correa al cuello y caminando con sus manos y sus rodillas.

Como bien saben, según la ley, las personas pobres y endeudadas pierden sus derechos y dejan de ser considerados humanos. Los que tienen suerte se vuelven propiedad del estado y los mandan a las minas o al campo; el resto son subastados y vendidos como mascotas.

Una noche, a mis doce años, fui a la cocina, porque me quedé con hambre después de la cena, y vi que Tuto lloraba. Hace poco él había cumplido treinta. Como regalo, mis padres lo llevaron a la veterinaria para que lo castre. Yo me acerqué y le rasqué la cabeza.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

Tuto no me contestó, por supuesto. Le habían cortado las cuerdas vocales, como a todos los perros.

Él estaba desnudo y en posición fetal. Tenía cicatrices en todo el cuerpo, lo que significa que recibió un buen entrenamiento. Como al resto, le habían roto una parte de la columna y las caderas, para que no pueda erguirse. El pobre Tuto no había recibido mucho amor y además era tan feo, tenía la cara llena de puntos negros. Me apiadé de él.

Después de comer, le di mis sobras; unas costillas de cerdo. Eso detuvo su llanto. «Criar animales es difícil, pero vale la pena», es lo que pensé mientras veía a Tuto mascar esas costillas

A Cathalina

TIERRA LUNAR

Entre chiribitas y pavesas me encontré ante ti con un ramillete de preguntas. Pasó tanto tiempo desde que te fuiste, hasta que yo llegué que no me di cuenta de la falta que me hacías.

Una vez, tuve en mis manos un vestido negro y ancho como tus caderas, pero era tan joven para valorarlo y convertido en falda, terminó en la mesa de donación.

¡Qué ingenua la vida de una joven que habita la tierra, como si fuera el centro de ella y no presta reparo en el chingolo que la visita al atardecer! ¿Cómo miras mis acciones cotidianas? ¿Cómo uso el delantal que me heredaste? ¿Cómo se borda en punto cruz? ¿Dónde se busca la paciencia del tejido del mantel de punto, que guardiana mi madre?

¿Cuál es la época para sembrar las azaleas? ¿Qué hierbas tomar para no fecundar la vida, cuando no estoy dispuesta a sostenerla? ¿Cómo se deja ir a los muertos? ¿Dónde se entierran los amores que no vamos a poder alimentar? ¿Cómo hacemos para que no nos habiten el cuerpo o el alma?

¿Cómo se ayuda a una clueca que no pudo mantenerse en su nido? ¿Dónde se va el sol, cuando se pone la noche? ¿Cómo se tratan los cuerpos de los muertos? ¿Cómo se hace un perfume? ¿Dónde se conserva la harina?

¿Cómo se siembra el trigo? ¿Cómo se vive en el campo? ¿Dónde encuentro un monte, para que mi alma se consuele? ¿Cómo se repara el daño que he provocado? ¿Dónde está el perdón? Y ¿dónde está el consuelo?

Dime abuela, esta noche en un sueño. Dime un susurro

El titán que se valió de los rituales para vengarse de la humanidad

MARÍA SOFÍA ABARCA

Prometeo sabía que, por más que les diera el fuego a los humanos, ellos destrozarían el mundo. El progreso, el emprendimiento, la luz y el aprendizaje serían reducidos a cenizas, siempre lo supo. El titán, a pesar de que los mitos lo considerasen un salvador y un amigo leal, solo quería ver la tierra arder, sin importarle su condena.

Prometeo odiaba a los hombres, por lo que nunca les dio un regalo, sino que les facilitó su destrucción.

A pesar del engaño, los humanos le otorgaron a aquel fuego salvaje nuevos símbolos: encendieron velas a sus dioses, cocinaron la carne cruda, hirvieron el agua y quemaron cartas de antiguos amores. Se podría decir que lo “domesticaron”, como si fuera un ser vivo, y lo más extraordinario: crearon rituales domésticos.

El traidor logró algo fascinante: que los humanos pidieran deseos al fuego, ¡cuando, en realidad, siempre debieron pedírselos al agua! Pedirle al fuego significaba alejar los deseos, permitir que el calor se lleve y consuma aquello que, con tanto fervor, se desprecia.

Cuando Prometeo, encadenado y todo, comprendió el significado de las velas de cumpleaños, sonrió complacido; infló el pecho con un orgullo olímpico, digno de un dios. Su tarea estaba cumplida.

Carta demorada

NANCY BUSQUETS

Querido...

Si hubiera escrito esta carta cuando debí hacerlo, probablemente habría empezado con "espero que al recibo de la presente te encuentres bien de salud al igual que tu familia". Pero no lo hice, y hoy ya no creo que a nadie se le ocurra escribir así. En realidad, ya nadie escribe cartas. Si aun estuvieras en este plano de la realidad, seguramente te mandaría un mail, o un wasap. No, claro, no sabés de qué te estoy hablando. No importa, no me hagas caso. Lo importante es lo que te tengo que decir. ¿Por qué ahora? No sé. Probablemente porque quiero cerrar heridas. Para hacer las paces conmigo misma. A mi edad, es más que evidente que el final está cerca y quiero dejar las cosas en orden. Digamos que es una especie de ritual para aliviar la conciencia.

Pero vamos al grano. Hace exactamente cuarenta y dos años, vos y yo tuvimos una hija. No te enteraste porque me encargué de que así fuera. Seguramente te estarás preguntando por qué no te dejé ser parte de su vida. Voy a tratar de explicártelo, aunque no sé si lo logre. Cuando te fuiste a Alemania yo ya estaba embarazada (acababa de confirmarlo) y no me pareció el momento oportuno para darte la noticia. Después, en cada carta se te notaba cada vez más lejano y ya no me animé. Sí, ya sé: son excusas. Pero son las mismas que me puse a mí misma en aquel momento para ocultar el miedo. Ahora sé que lo que me impedía contártelo era miedo. En esa época no me daba cuenta. Fui valiente para afrontar la crianza completamente sola. No le dije a nadie quién era el padre (ni siquiera ella lo sabe, por más que me atormentó durante años para que le revelara tu nombre). Y fui cobarde para darte la noticia por miedo a que me rechazaras. Sé que parece absurdo porque de todos modos te perdí, pero de esa manera pude conservar intacto el recuerdo de nuestra felicidad y mantener la ilusión de que, si lo supieras, volverías a mi lado para criar juntos a nuestra hija. No sé si se entiende lo que estoy diciendo. Ahora que lo leo, creo que no tiene sentido. Pero por más ridícula que suene, te juro que esta es la verdad.

Bueno, creo que por hoy es suficiente. Tal vez en unos días te vuelva a escribir, si es que necesito decirte algo más que ahora no se me ocurre.

Solo me resta decirte que nunca dejaste de tener un lugarcito en mi corazón.

Atentamente,

X

Cara o Cruz

AGUSTINA GARBER

¿Cómo es la suerte? ¿Qué cara tiene? ¿Quién quiere la suerte de quién supuestamente la tiene?

Solía resonarme la frase aquella de que a la suerte de la fea la linda la envidia.
Mi hijo no tiene padre presente,

- ¡Y qué mala suerte tiene! Me dijo hoy una compañera de oficina, haciendo alusión a mi pibe.

¿Quién tiene más mala suerte? ¿Mi hijo que no tiene padre, o un niño al que su papá desdice y maltrata a diario como mi vecino a su hijo?

¿Quién es más desdichada? ¿Una mujer que no tiene marido con quien dormir abrazada todas las noches, o aquella que se siente libre y empoderada sin reproches aprovechando una cama enorme?

¿Quién tiene en su mano la suerte? ¿El que padece diabetes cuenta con más dicha que el que tiene diagnosticada hipertensión?

¿El negro o el blanco? ¿La madre o el padre? ¿El hijo varón o la hija mujer? ¿El mayor o el menor de los hermanos? ¿El jefe en la punta de la pirámide lleno de peso en sus hombros o el empleado menos observado que cobra su sueldo y luego es libre?

¿Quién?

¿El niño que aún va al colegio, pero tiene que rendir exámenes trimestrales? ¿El adulto que lucha con otros conflictos, pero quien ya no rinde examen a nadie y gana dinero por su labor?

¿Aquel que viaja por trabajo con regularidad o el que solo viaja en vacaciones? ¿El que cree en dios o el que no?

¿Será que todo es relativo? Cara o cruz, todo lo mismo. Como sea, la suerte está echada.

Te deseo la dicha, la que te toque, la que decidas.

Instrucciones para tender la cama

NANCY BUSQUETS

1. Sacá a tu pareja de la cama.
2. Asegurate de que no queden perros, gatos ni hijos entre las sábanas, especialmente bebés, que suelen ser muy escurridizos.
3. Retirá las medias olvidadas en el fondo (si anoche tuviste suerte puede ser que también encuentres una bombacha o un calzoncillo).

Importante: Si encontrás más de cuatro o cinco prendas interiores te sugiero que saques las sábanas junto con todo lo demás y las tires en el lavarropas.

1. Sacudí energicamente la sábana de abajo hasta asegurarte de que no le queden migas ni otros residuos indeseables.
2. Ajustala cuidadosamente al colchón tratando de hacer coincidir los ángulos (cosa que nunca lograrás).
3. Ahora es el turno de la sábana de arriba: extendela en el aire como si fuera un paracaídas y dejala caer sobre la cama. Si al caer notás algún bulto es porque alguien (pareja, niño o mascota) se volvió a meter sin que te dieras cuenta, en cuyo caso vas a tener que volver al paso 2.
4. Acomodala prolijamente tratando de que quede exactamente centrada y dejando unos veinte o treinta centímetros en la parte superior. Esto será posible si te gastaste un manguito de más y compraste sábanas buenas. Si no, es posible que apenas si te lleguen de punta a punta del colchón.
5. Meté las puntas inferiores debajo del colchón tratando de no generar arrugas (tarea imposible si las hay) y hacé lo mismo con el borde inferior.
6. Según la época del año agregá una o más frazadas de la misma manera.
7. Doblá el embozo de la sábana (los veinte o treinta centímetros que habíamos dejado en la parte superior) con suma delicadeza para que te quede impecable, perfectamente alineado y estirado (podrías usar una regla u otro adminículo similar para medir y escuadrar si sos muy obsesivo/a) y procedé a introducir los bordes laterales debajo del cochón.
8. Colocá las almohadas en su lugar
9. Extendé el cubrecama por encima de todo y ¡listo!

Importante: Es muy probable que al llegar al final del paso 12, apenas salgas de la habitación, se metan tu pareja, hijos, gatos y perros y se te tiren encima de la cama recién hecha. Si esto sucede tenés dos opciones:

- a) Te resignás a que tu cama nunca va a ser como vos querés y te tirás vos también, o
- b) Empezás a gritar desaforadamente, echás a todo el mundo y volvés a comenzar.

Si elegís la opción B) te recomiendo que te asegures de tener una buena cerradura (inviolable si es posible) y que al finalizar cierres la puerta con llave.

¡Suerte!



Altares
NIKA GATO NEGRO

Fragmento

11-04-2025

JUAN POLANÍA

Ahí está ella, repasando tres veces la puerta de cada cajón al cerrarlo antes de contar cinco veces hasta diez, como aplicando un sello mágico en inviolable. Ahí está, cruzando una y otra vez bajo el marco de las puertas, rozando siempre con las palmas los extremos del portal, que parece abrirse solo a su contacto. Ahí está, poniendo sus dos manos sobre la misma esquina de la mesa antes de sentarse a comer, y a veces parándose para hacerlo de nuevo, como si algo hubiera salido mal en el conjuro. Ahí está, subiendo a su cama siempre por el mismo lado, haciendo siempre la misma cantidad de buches antes de enjuagarse, recorriendo cada pared y superficie, sin dejar ninguna sin su dotación exacta de besos.

Ahí está, prisionera de sus propios hechizos, a los que llamamos "juegos", y que me resiste a llamar "rituales" delante de ella, aunque eso es lo que son. Ahí está, desviviéndose por completar cada rito, repitiéndolo las veces que sea necesario, bajo la amenaza de una indefinida desventura. "Algo malo", dice simplemente cuándo le pregunto cuál sería el misterioso infortunio que se cierne ante algún fallo en sus conjuros.

Y ahí estoy yo, exhausto, a menudo sin reservas de paciencia ante sus ritos, cada vez más largos, cada vez más complicados, cada vez más. Siempre apurándola, imprimiendo sobre ella el peso de la autoridad impotente ante sus creencias, ante ese mundo que se ha forjado con su cabeza occurrente e ingeniosa, despertando de a poco a su mágica realidad, dándome cuenta de que solo puedo transformarla entrando de lleno allí para tomarla de la mano, resistiendo el deseo de aplastarla bajo el peso inflexible de mi frío y razonable mundo.

Rituales

BELÉN OZUNA

Me pidieron que escribiera sobre los rituales.

Según Google, los rituales son secuencias de acciones repetitivas.

Me pidieron que escribiera sobre rituales, yo les hablo de mis paseos en colectivo, cada vez que siento el aire abrumado. Los rituales te mejoran.

Me pidieron que escribiera sobre rituales, yo les hablo del helado de vainilla que elijo, desde que tengo siete años.

Los rituales crean recuerdos.

Me pidieron que escribiera sobre rituales, yo les hablo del asado en familia de todos los domingos, risas mezcladas.

Los rituales no son solo acciones.

Me pidieron que escribiera sobre rituales, yo les hablo de esas tardes donde la abuela cuenta sus sorprendentes anécdotas.

Los rituales logran que desconocidos no sean tan desconocidos.

Me pidieron que escribiera sobre rituales, yo les hablo de las noches en que miro fijamente el techo mientras reproduzco esa canción.

Me pregunto cuántas personas harán este mismo ritual.

Me pidieron que escribiera sobre rituales, yo les hablo de mis salidas a la biblioteca, les hablo de la forma en que cada mañana me pongo mis pulseras sin faltas, les hablo de mis super noches acostada, eligiendo una película que mirar.

Me pidieron que escribiera sobre rituales, yo les hablo de las huellas que deja cada ritual, les cuento de lo afortunada que me siento de que cada uno de mis rituales siempre estará vivo en un desconocido no tan desconocido.

Te pican moscas

LUCILA SOLARZ

¿Te acordás?

Sentadas cara a cara,
bajo el cantar del reloj,
al compás de su melodía, tomando mate
frío y ahogado.

Pero vos
continuabas cebando,
absorbiendo la pálida amargura,
el olor putrefacto.

¿No te acordás?

La casa se colmó de moscas.

Cada lunes que yo iba
aparecían más,
jugaban con tu pelo,
se recostaban sobre tus hombros y vos elegías fingir
que no estaban,
que eran de agua, de cristal
o de yerba.

Chapoteaban y reían,
dentro del estanque que protegías.

Tu pelo gris ceniza se caía,
el café de tus ojos mutaba
reflejándose en un rojo carmesí,
se te patinaban las palabras
que huían fuera de tus labios.

Ellas te picaban,
regocijándose con tu descomposición,
impregnando el calcio de tus huesos.

Sentadas frente a frente,
te dibujaban una nueva silueta,

tomando figura de mosca, de mate
o de muerte.

Ahora, te acordás, ¿no?

Bailan los piojos

TOMÁS CORTI

Recién vuelven y ya se fueron. Cosa terrible que son. Los Piojos bailan en mi cabeza. Cuando cierro los ojos; cuando me baño; cuando no los escucho. Los Piojos bailan en mi cabeza. Está bueno, porque cuando saltan, cantan, cuando bailan los piojos en mi cabeza, no me pica. Bailan siempre, nunca paran. Nunca me molestan, pero siempre bailan.

Cuando me siento *Tan Solo*; cuando *Ando Ganas* de encontrarte; cuando me subo a la terraza, *Al Atardecer*. Los piojos bailan en mi cabeza.

No lo pude creer, cuando note que los piojos no bailan solo en mi cabeza.

Cuando los vi, pensé que iban a ser más chiquitos. *Como Ali*, en el ring, como "Marado" en el Azteca. Los piojos bailaban frente a mis ojos.

No sé porque la gente hablaba de un ritual. La última vez que Los Piojos habían bailado, yo me estaba quedando dormido. Mi viejo me mecía en la cuna y cantaba. Nunca cantó bien, mi viejo. Pero a mi no me importaba, me dormía todas las noches con su *Canción de Cuna*.

Pero bueno, *Hoy es Hoy*, el ayer ya pasó. Y yo no sé, tampoco, porque escribí esto el último día antes de entregarlo. Si supiera, *Te diría*, pero es Difícil explicar que me da vergüenza.

Me da vergüenza que mi vieja haya nacido en el *Verano del 92*. Me da vergüenza tener un amigo *Fantasma*, de esos que se la dan de *Cancheros* y no saben ni pegarle al Arco. Me dio vergüenza ver a Los Piojos bailar frente a mis ojos.

Por lo menos, los pude ver de cerca. Cuando estaba ahí pensé más de una vez "que suerte que no *Vine Hasta Acá* al pedo. De cerca son más lindos. Bailan mejor"

Mis amigas, *Guadalupe* y *Ximenita*, me bancaron con la ubicacion. *María y Jose* me increparon.

- Bueno, basta. ¿Hasta dónde piensas ir?- se quejó *Maria*
- Hasta *Babilonia*- respondió *Jose*, en tono irónico.
- *Al Desierto*- respondió *Guadalupe*
- Capaz que si caminan más rápido, llegamos.
- Estoy caminando- respondió *Maria*
- *Muy Despacito*- retruque
- ¿Qué decís?- replicó, ofendida.
- Dejala en paz- La defendió *Jose*.

-¡No pares!- Le grite a María, que se había plantado.
- Es que encima no comimos nada- Saltó Ximenita
- Yo traje una viandita- Guadalupe sacó un tupper un *Pollo Viejo y Quemado*.
- ¡Qué asco!- dijo María- ¡Parece podrido! ¡está Grisl!- para mí, sinceramente, estaba ante el mayor Manjar de mi vida
-¿Porque tan Cruel?- Dijo Guadalupe
-¡Basta de Penas!- Exclamó Ximenita- Te vas a cagar de hambre, y bien Merecido que lo tenes
-En *Un Buen Día*, no me quejaría- Se defendió
- Estas por ver bailar a Los Piojos
-¿Y?-preguntó Jose- ¿Qué tiene que ver?
-¿Y Qué Más quieren?- respondí, ya ofendido
- A Ver *Cuando* dejan de discutir. Mierda que hay que tenerles *Paciencia*.
- Yo estoy re *Pacífico*- les dije. Guadalupe rio.-Solo y en Paz.
-A Veces no los banco- dijo Ximenita.
-Dale que ya empieza- dijo Guadalupe
Y empezó. Un ritual impecable, nunca vi nada igual. Estuvieron, fueron, volvieron. Y mierda que volvieron. Ojalá que nunca se vayan, aunque ya lo hayan hecho. Mi primer ritual, y mi último. Pero bueno, Los Piojos siguen.



Ritual

JULIETA SOLANGE FERNÁNDEZ

Ritual enigmático

HADA OCULTA

Querida yo: Esta es la noche. Sí, ésta será la noche. Hoy voy a lanzarme al vacío y me voy a dejar la mitad del alma en el tiempo. El misterio que cada día me va embriagando más y más se va a desvelar. Esa voz que oculta cada día en mi interior, que me aprieta los sentidos y el corazón, que me pide explotar y ser explotada.

Qué difícil sería navegar entre los océanos del tiempo, portales que vamos abriendo paso a paso, algunos sin verlos y otros viéndolos. Se sienten tan precisos y tan verdaderos que asustan. Y es que como no va a asustar... rendirse a la verdad y al tiempo, al espacio y sus momentos, a esos mundos paralelos que quizás se esconden de nosotros. Agujeros negros donde dejar nuestra desdicha, nuestras pesadillas, nuestra rabia y nuestra cobardía.

Hoy toca ser valiente y plantar cara al presente. Hoy voy a conocerme y no habrá magia blanca ni negra que lo impida. Porque sí, existe la magia, yo la vi en sus ojos y se fue. Estaba en su mirada y en cada palabra, en sus manos, sus abrazos y su corazón. Pero como esa magia se fue, tengo que buscarla, tengo que encontrarla. Y algo que me dice que la tengo yo.

Paso al frente, paso firme, silencio, magia... nadie me observa, yo tengo el poder. Vamos a desencadenar las estelas tan brillantes que vi anoche, esa estrella fugaz que tantos deseos le pedí y ninguno me dio, a mandar una señal a la luna. Vamos a empezar el ritual... Velas encendidas, la noche me aguarda y en la madrugada nadie me observa. Hoy solo estoy yo misma con el destino. Me miro en el espejo con miedo, no quiero despertar a ningún demonio. Ya vi los demonios del pasado en mi presente enturbiando mi futuro, esos demonios y duendes que se reían y me desafían sin parar.

Pero fui valiente, pude escapar... y hoy voy a desafiar a la realidad. Siento el frío, siento mis pies vibrando bajo de mí haciendo que grite la tierra, que el suelo se eleve y sea leve la pena. Rituales que he aprendido escuchando a mi alma. Mi alma lleva gritando toda mi vida, clamando a las tormentas, atrapando el viento, pintando escaleras que suban al cielo y bajen los deseos a la tierra.

Susurros escondidos que los árboles me iban indicando, maleficios que he ido esquivando con la luz verde de mi esperanza. Hoy he confiado mi alma al sol, los astros están conmigo y lo sé.

Nadie podrá ser testigo, este es mi secreto y yo me lo llevo conmigo. El camino me espera, escupo arcoíris que me roban los desvelos y los paisajes de la vida que me espera. Y ya empieza...

Firmado: Hada oculta, desde el potente fuego y la fuerza del mar

Ritual para el mal de amor

WILBERT JOSÉ SOTO YANQUE

Decíame mi madre, en dulce tarde,
cuando el dolor de amor me consumía:
"Hijo, no busques que el licor te guarde
del mal que en tu pecho se cobija.
Ve al río donde el agua se desliza
entre las piedras con su melodía,
busca una que tu pena simboliza
y en ella cifra tu melancolía.
Cuenta despacio cómo el alma duele,
pronuncia el nombre que tu ser hiera
siete veces, cual quien se consuele.
Arrójala al torrente que no muere,
y que tu pecho, como piedra, hele
hasta que el mal de amor se desespere."
Cumplí el rito con fé de penitente,
mas ¡ay! que el corazón no obedece
a conjuros que el tiempo desmerezce
cuando el amor es fuego permanente.
Ojalá fuera el alma obediente
a remedios que el río favorece,
más hay pasiones que el pecho padece
aunque la piedra se hunda eternamente.
Porque el amor de ley verdadera
no se desarraiga con conjuros vanos,
sino que en el alma persevera
como estrella que alumbría los arcanos.
Mas bendigo el maternal desvelo
que me enseñó, con su dulce engaño,
que el tiempo borra todo desconsuelo
y torna en verso el más crudo daño.

Salvia

CARLA GRISEL DAPUENTE

La mañana siguiente estará todo más claro. La noche será un espacio para pensar.

Tomo una ducha lenta, como las que se utilizan para desaparecer, aunque sea solo por un rato. La puerta del baño se transforma en un candado, donde quedan resguardados todos los pensamientos prohibidos, los secretos y el inviolable mundo propio.

Me apodero del jabón con fuerza, comienzo a recorrer con él mi cuerpo observándolo, distinguiendo cada una de sus partes y acariciándolas al lavarlas. Las caricias son necesarias, infaltables en esa reconciliación conmigo misma.

El día se había extendido más de la cuenta, las horas pasaron revolcándose sin mi participación.

Agua tibia.

Me paro bajo la ducha y apoyo la cabeza sobre la pared; siento cada gota caer sobre mi espalda, siento el calor pasar por dentro de cada uno de los músculos y la conjunción de estas sensaciones me dan serenidad.

Los días pasados fueron fuertes, llenos de rincones, rincones que no se ven, pero se piensan. Pensamientos aflorando de un lugar desconocido, inminentemente urgente. Un lugar solo conocido por mi, por mi interior, ese interior tanpreciado al que debo responder.

Cierro la llave, el momento termina. Tomo la toalla y mientras tapo mi cara, por un instante pienso en ser otra.

Levanto una de mis piernas y piso la alfombra deseando que sea césped, miro la lámpara sobre el espejo recordando el sol.

Seco cada parte de mi cuerpo cual ritual y me siento.

Esa música sigue sonando en mi mente, esas letras vuelven a ser leídas, esos ojos nuevamente me miran y me descubren desnuda; ese desnudo me hace atemporal, me paraliza suspendiéndome en el aire.

Pienso en vestirme, algo cómodo es suficiente.

Pienso en no pensar y en el intento solo me quedo dormida.

Para quien venga detrás

GABRIELA DERBENTI GABOBE

La Plata, junio de 2025

Para quien venga detrás,

A veces alcanza con repetir un gesto. Uno mínimo.

Poner el cuerpo de cierta manera, caminar una cuadra más pisando las huellas del barro, servirse algo caliente. No es fe, no es estrategia. Es apenas sostenerse. Como quien clava una estaca en la tierra para que el viento no lo arrastre.

Hay días en los que todo parece demasiado grande. Las noticias, los trámites, la espera. Días en los que uno apenas se sostiene, como una planta que crece torcida buscando luz.

Entonces repito algunos gestos, siempre los mismos: poner la pava, acomodar la mesa, escuchar el mismo tema en la compu, salir a caminar por el barrio. No es costumbre. Es una forma de atar el cuerpo a algo que no se caiga.

No sé si alguien me enseñó esto o si lo inventé para sobrevivir, pero hay algo en la repetición que abriga. En hacer lo mismo, aun sabiendo que no cambia nada. O tal vez sí.

Tal vez cambia justo eso que no se ve: el modo de habitar un lugar, de no dejar que lo cotidiano se vuelva puro trámite.

Recuerdo a mi vieja limpiando la casa los sábados, sin música, como si ordenara el mundo entero. A mi papá prendiendo fuego en la parrilla, aunque no hubiese carne. A mi abuela hablando sola mientras pelaba papas. Ninguno hablaba de fe, pero algo sosténían.

Ahora entiendo que esos gestos eran un idioma, un ritual. Uno que no está en los libros ni en las oficinas. Un lenguaje que no pide permiso y que se transmite sin palabras.

Hay quienes piensan que eso no sirve para nada. Que lo importante está en otro lado.

Pero yo prefiero pensar que ahí se juega todo. En lo que se repite aunque nadie lo vea, en la forma en que una ciudad se puede habitar sin rendirse, en la constancia de estar, aunque sea con las uñas.

Escribo esto como quien deja una marca en el barro.

Para acordarme.

Para decir que pasé por acá.

Con ternura,
Gabobe

Aprender no es ritual

AGUSTINA GARBER

Que vivimos dentro de un mar de contrasentidos es algo difícil de develar, al menos mientras somos niños. Así, el sometimiento a las imposiciones de los adultos es casi la única opción para ubicarnos en el mundo y recibir cariño o evitar castigos. Estas prácticas se nos graban como rituales que repetimos sin cuestionar su origen ni sentido. También a muchos adultos les cuesta escapar de estas rutinas que, desde la infancia, quedan inscriptas como mandatos ineludibles. ¡Y sí! Yo no fui la excepción. Recuerdo que, entre lunes y viernes, justo a las siete, sonaba el despertador del dormitorio de mis padres. Era el inicio de una cadena de actos casi automáticos. Al despertar seguía vestirme con lo que mamá había preparado. Luego, con paciencia, peinaba mis cabellos largos hasta convertirlos en una prolífica trenza. El agua sobre el rostro y el cepillo de dientes completaban la rutina.

El desayuno familiar era un momento especial, lleno de consejos sobre la importancia de atender a nuestras maestras. Aún prefiero la leche chocolatada, aunque ya no con manteca, sino con queso blanco sobre tostadas crocantes y tibias. Después, vestida con el guardapolvo blanco – uniforme que indicaba la pertenencia a la escuela pública – iniciaba junto a mis hermanos el recorrido de veinte cuadras en una camioneta conducida por una simpática mujer de rulos, llena de energía. ¡Cuánto añooro esos días! ¡Cuánto me enseñaron y aún me sirven de referencia desde mi memoria afectiva!

Pero en la escuela empezaban otros rituales. En ese “templo del saber” los dogmas eran fríos y autoritarios. Nos imponían formas rígidas de comportamiento, donde la obediencia limitaba toda expresión creativa. En hileras perfectamente alineadas, recitábamos textos patrióticos que no entendíamos. Sentada en pupitres inmóviles, repetía fórmulas y fechas sin sentido. No me enseñaron pensamiento lateral, sentido común ni inteligencia emocional. Una lástima.

No se podía preguntar sin permiso, ni cuestionar al maestro. Los sentimientos quedaban afuera. Pero llegó el día en que egresé. Más adelante, gracias a otros estudios que no llenaron de orgullo a mis padres pero sí a mí, pude cuestionar esas tradiciones escolares. Se quebraron los dogmas y muchos adherimos a la causa de enseñar a entender, a romper lo establecido, a ser nosotros mismos.

Así, los niños pueden vivir su niñez en la escuela: preguntar, dudar, entender y reír sin permisos ni sanciones. Hoy las filas no son obligatorias, las preguntas son bienvenidas y el saber puede ser fuente de placer.

Sé que la patria no es una declamación vacía. Debe proyectarse en todos los niños y jóvenes del país, poblando las escuelas con aprendizajes libres y creativos. Amando este país, amándonos entre todos, y vivir coronados de gloria o con gloria morir.



S/T
JULIETA POLLAN

Un cuento piojoso

JULIETA SOLANGE FERNÁNDEZ

Dedicado a: Juan P. Sánchez Weglin, Florencia J. Fernández

La música siempre fue algo que le gusto a Juan.

Por ahí todavía, anda dando vueltas un video (todo pixelado, por cierto) de cuando era un bebito bailando y cantando "el pollito pio" con pasión.

Juan creció y tuvo la increíble suerte de poder compartir gustos musicales con sus hermanas, Flor y Julia (hermanas mayores).

Sucedío entonces el primer recital de rock nacional, Juan 10 años. "El Cuarteto de Nos" un viernes gris y frío. Dos años después, Juan de 12 años y sus compinches marchaban en el 57 (como reyes en bondi) a ver "Divididos" en una cancha de fútbol. Metió su primer campo con 12 pirulos.

Y fue así (entre muchas anécdotas) como ir a recitales juntos se volvió el plan preferido de los tres.

24 de mayo de 2025, Ciudad de Buenos Aires; Tocaban Los Piojos en Parque de la Ciudad.

Juan, 14 años, fanático de Ciro, apagó la alarma a las 10 hs en punto. Se levantó cantando "Hoy es Hoy". Desayuno y le mando un WhatsApp a sus hermanas que decía "Hoy es hoy". La emoción lo traspasaba.

Habían acordado encontrarse a las 15hs en la estación de Derqui para poder tomar un tren, luego dos colectivos y así llegar con tiempo a las inmediaciones del lugar donde se haría el recital para hacer "la previa".

Mientras viajaban en el tren San Martín, en los auriculares que compartían Juan y Julia sonaba a todo volumen "La luna y la cabra". Uno de ellos la tarareaba, la otra agregaba las palabras al final de las oraciones.

Flor por su lado, buscaba en el GPS de su celular cual era el camino más rápido para poder pegar la vuelta.

Y así entre risas y exaltación llegaron al destino. Parlantes sonando en cada esquina, plaza repleta de gente, vendedores de birra compitiendo por quien tenía la bebida más fría, buzos y remeras coloridos pintando las veredas, banderas y trapos, carcajadas, miradas cómplices y los tres hermanos sintiendo que estaban en su salsa.

El recital abrió con la canción "Unbenkannt" donde se bailaron todo, al rato sonó "Canción de cuna" que los hizo llorar removiendo emociones, se patriotizaron con "Juana Azurduy", pegaron pogo y bailotearon con "El

farolito" y cerraron el ritual piojoso con el Himno Nacional Argentino.

Casi 4 horas de viaje para volver a casa, había refrescado, pero sin dudas la felicidad era compartida entre los hermanos.

Envuelto en la calma del regreso, Juan supo que aquel recital no había sido solo música: fue un ritual de amor fraternal, de esos que quedan tatuados para siempre en el corazón.

S/T PATRICIA LEDESMA



Rituales

JUANA IMAZ

No recuerdo muy bien cuándo mi diálogo mental empezó a decirme qué hacer, ni cuándo las acciones comenzaron a seguir la voz de mi cabeza.

Al principio se presentaban como un juego, un desafío para evitar un supuesto “peligro”. No pisar las líneas de las baldosas, o de lo contrario, tenía que correr a la esquina o cumplir con alguna prenda similar. Por la noche debía caminar tranquilamente luego de apagar la luz, porque sino el monstruo de mi habitación sabía que le tenía miedo y eso le daría ventaja sobre mí.

Estos escenarios de causa y efecto se volvieron algo cotidiano, un ritual diario que volvía la vida más interesante, creando así un desafío constante.

Al crecer, los rituales continuaron, pero se habían vuelto más ceremoniales, al punto de que no podía salir de mi casa a menos que hubiera revisado dos veces que las hornallas de la cocina se encontraran apagadas. Mismo levantarme a beber agua justo antes de dormir, de otra forma no podría conciliar el sueño. Incluso el registro de mis días se volvió un acto casi religioso, empecé a escribir todo, absolutamente todo. Como si pudiera palpar el miedo por olvidar detalles de mi vida.

Algo en estos modos de accionar me generan paz, estabilidad. Más allá de mi estructura neurótica, el sentimiento de pausa que despiertan no lo genera otra cosa. En un mundo en constante transformación que también lo presiona a uno a seguirle el ritmo. Frenar, repetir y escribir sobre lo mismo parece un acto de rebeldía.

Aunque, irónicamente estos rituales funcionan al servicio de una mente que parece autónoma con respecto al cuerpo, otorgan la sensación de control. Cuando todo se desborda y me invade la incertidumbre voy a continuar revisando las hornallas antes de marcharme. Así, en un orden algo impráctico, pero del todo auténtico.

El de los sábados a las 20

INCONSCIENTE KOLECTIVO, PROGRAMA DE RADIO FUTURA

En la novena nube asciende nuestro Inconsciente Kolectivo.

El compromiso social intentar ser voz.

Comenzando el noveno bloque de cada programa asoma EL RITUAL.

Habrá surgido hace seis años, o estuvo latente desde el inicio.

Habrá iniciado el 16 de junio de 1955 o el 16 de septiembre del mismo año. O quizás el 17 de octubre de 1945.

Con pañuelos giró en el inconsciente, siempre colectivo.

Vagando entre Victorias, Vueltas y Vida.

El ritual fue 5 siglos igual, Juana Azurduy y La Memoria, es Inconsciente Kolectivo y, como Ristra e' chacarera, se transformó en un Cristo de la Redes siempre junto a los Obreros de Morón.

Arranca un nuevo Inconsciente Kolectivo. Y decimos ¡UNA MÁS! en cada Cierre Ritual.

Levantamos la mano y tiramos las V, porque nunca nos fuimos y siempre Vamos a Volver.

Entrevista

VIRGINIA GARAY FERNÁNDEZ

Buen día a toda la audiencia de la radio, el tema del día son las cábala y rituales, y para eso tenemos un invitado especial, bienvenido Hugo Espinoza, arranco preguntándote:

- *¿Con qué asociás la palabra ritual?*

Hola Javier, gracias por la invitación y un saludo a la audiencia. La palabra ritual me remite, automáticamente, al pasado remoto, a las sociedades animistas que mediante el uso de determinados procedimientos o ceremonias, llamados ritos, convocaban a los espíritus de las cosas para obtener sus favores. Estos podrían venir en forma de lluvias, cosechas abundantes, fertilidad, protección, triunfo en las guerras y un sinfín de cosas más. Por lo general los realizaban los sacerdotes, hechiceros o chamanes, quienes tenían conocimientos especiales para ello. Pero, me imagino, que en los rituales colectivos, los que participaban también conocían claramente cuál era el objetivo: a quién se estaba invocando y para qué.

- *Te fuiste muy atrás, volvé al siglo XXI ¿En la actualidad no se hacen rituales?*

Claro que sí, y los elementos constitutivos del ritual siguen presentes: 1) Finalidad u objetivo, querés lograr algo. 2) El intermediario que es quien va a realizar el ritual, aunque podés hacerlo vos, si sabés cómo. 3) El procedimiento, es decir los pasos a seguir para invocar a la entidad a quien se pide el favor. 4) El pago a quien te va a ofrecer el favor y al intermediario.

- *Entonces sí o sí tenés que pedir algo?*

Sí o sí tenés que tener un objetivo. Por ejemplo, los rituales de magia se hacen con diferentes finalidades: amarrar a una pareja, hacer daño a alguien, para ganar dinero, para limpiar lugares, para conocer el futuro, etc. Los rituales religiosos también son una serie de pasos con los que se invocan deidades para obtener algo.

- *Si me junto con mis amigos a ver a la selección y me pongo la misma ropa que uso para cada partido: ¿Sería un ritual?*

Desde mi punto de vista no. En todo caso sería una costumbre, una cábala como le llaman. Acordate que los servicios de las deidades no son gratuitos, tenés que pagar. Si vos le pedís a Dios que haga ganar a tu equipo:

- *¿Qué le vas a dar a cambio?*

Podés hacer una promesa, por ejemplo, si gana Argentina dejo de fumar por una semana.

- Se me va a complicar un poco, pero ¡Por la celeste y blanca hago lo que sea! Además tenés que tener en cuenta que del otro lado también piden:
 - *¿Y si los otros ofrecieron más?*
 - Entiendo, pero *¿Si los otros le pidieron a su Dios y nosotros al nuestro?*

Buen punto, es verdad... cada Dios tendría su tarifa. En ese caso ya no sabría qué decirte, es un tema que lo arreglan entre ellos... En la antigüedad hasta sacrificios pedían a cambio, ¡menos mal que hemos evolucionado!

- *Otra pregunta: ¿Haciendo el ritual, siempre se obtiene lo que uno quiere?*

Eso va a depender de si el ritual se hizo correctamente, respetando todos los pasos, haciendo todas las invocaciones y si a la deidad le agrado el pago que se le ofreció.

- *Por último: ¿El ritual es un portal?*

Sí, hacer un ritual es abrir un portal hacia no se sabe dónde, para invocar y pedirle cosas a no se sabe quién.

La mayoría cree que se convocan fuerzas positivas y benignas, sin embargo no sabemos lo que hay del otro lado...

¿Por qué actúo?

NILO MEDINA

Me preguntan por qué actúo, como si hubiera una sola respuesta. Como si bastara con decir "por vocación" y ya. Como si eso explicara lo que pasa cuando se apagan las luces y algo —no sé qué— se enciende adentro.

Yo actúo porque el mundo, afuera, muchas veces no me alcanza. Porque eso que llaman "realidad" es un escenario sin dirección, una escena mal ensayada, una fila interminable de gente que se repite y se borra. Afuera todo tiene un aire de cosa rota que nadie se anima a arreglar. Y sin embargo ahí vamos, todos, fingiendo que no nos damos cuenta.

En cambio, en el escenario, todo lo que es falso me dice la verdad.

Ahí puedo gritar sin que me callen.

Puedo llorar sin tener que explicar nada.

Puedo habitar otras vidas sin pedir permiso.

Y, por un rato, dejo de ser yo para ser más yo que nunca.

Mi ritual empieza antes de salir. Miro el camarín como un templo improvisado: con olor a polvo, a maquillaje barato y a nervios recién transpirados. Me visto. Me transformo. Me digo frases en voz baja como si fueran conjuros. Y espero. Ese momento justo antes de salir a escena es mi rincón preferido del mundo. Ahí no hay pasado ni futuro: sólo la posibilidad. Y entonces salgo. Y todo se ordena.

Las palabras tienen peso.

El cuerpo, sentido.

El silencio, música.

El escenario es el único lugar donde el absurdo tiene geometría. Donde el caos rima. Donde los gestos, incluso los más mínimos, importan. En la calle, nadie nota si alguien respira distinto. En escena, un parpadeo puede volverte eterno.

Actúo porque necesito ese orden. Porque si no actuara, terminaría gritando en la cola del banco o llorando en una esquina, como un personaje que nadie escribió.

Actúo porque cuando bajo del escenario y vuelvo al ruido, algo cambió.

Porque mientras allá afuera la realidad avanza como una máquina oxidada, yo me permití, aunque sea un rato, estar verdaderamente vivo.

Y eso —al menos para mí— no es teatro.

Es fe.

Ideas frescas

LUIS ARROYO CRUZ

Para salir de la monotonía en que cayeron desde hacía unos meses, años, con esas ganas incomprensibles por reavivar la llama del amor de una vela ya derretida hace mucho tiempo, decidieron clonarse en el paquete acelerado. Fue así como los martes de pizza se recorrieron al jueves de cine; pasando a ser entonces miércoles de cine, jueves de pizza y martes de orgía. El resto de la semana convivían escasamente, casi nada. Se veían lo justo y necesario. Con el tiempo y ante el miedo de caer nuevamente en la monotonía, decidieron cancelar los sábados de descanso y fue así como pasaron a ser sábados swinger, donde en la intimidad de la dupla cambiaban de pareja con la versión más joven del otro; aunque de vez en vez, cuando la monotonía apremiaba, se escogían a sí mismos. Luego, una vez más, con el tiempo que todo lo corroe, ya indiferenciables desde lejos, no podría afirmar quién con quién pero uno le propuso a otro y entre dos de los cuatro decidieron darle fin a los otros dos para quedarse solos. Y fue así como un domingo por la tarde de cuatro quedaron dos y los martes volvieron a ser de pizza, los jueves de cine y los sábados de descanso.

Rituales que forman un hogar

BEL RIOS

Mi padre no aprendió los días en la escuela, los aprendió en el lomo. Lunes con barro. Martes con escarcha. Miércoles con la espalda rota. Desde que tiene memoria —y esa memoria va lejos, más allá del DNI— trabaja. Trabaja como si eso fuera respirar. Como si parar un segundo pudiera apagar el mundo.

No aprendió el sacrificio de trabajar entre libros, sino entre herramientas. Lunes con serrucho, martes con escarcha, miércoles con dolor de espalda. Desde chico, como “buen hijo varón”, buscando la aprobación de su padre —como tantos otros—, una aprobación que nunca llegó.

Su ritual empieza antes de que salga el sol, antes de que los pájaros se despierten. Una ducha rápida y fría para despertar el ánimo. Un mate calentito, la ropa dura por el frío, el mismo gesto frente al espejo: una mirada rápida que no dice mucho. Una vuelta breve por la habitación de sus hijos, para ver si están bien tapados. Cargar bien la estufa para que prenda cuando la familia se despierte. La puerta se cierra despacio para no despertar a nadie. Pero alguien sí se despierta: mamá, que le prepara el mate tibio y lo acompaña hasta la puerta.

Cargó bolsas, fierros e historias ajenas. Sobrevivió a despidos, a noches con más preguntas que respuestas. Y aun así, cada día llegaba con algo en la mano y mucho más en el corazón. Tanto conocimiento y tanto esfuerzo, para un estudio que nunca le abrió las puertas. Tanta ilusión por trabajar, y cayó en manos equivocadas, gente que vio en su nobleza una oportunidad para explotarlo. A veces pienso que el mundo no estuvo —ni está— a su altura.

Y a pesar de todo, siguió. No es un hombre muy tierno, he de admitirlo, pero su ternura vive escondida: en una comida caliente, en la forma de acomodarnos el futuro con las manos partidas, en los regalos improvisados, siempre que se podía.

Mi padre tiene rituales que nadie ve: trabajar aunque duela, dar aunque falte, quedarse aunque todo pida huir. Yo le debo la calma de mi techo, la comida caliente, las noches en que dormí sin saber que allá afuera dolía. Le debo tanto que no me alcanza el cuerpo para agradecerle.

Mi padre no cree en los rituales. Pero lo que no sabe, es que él es el ritual: el de todos los días, incluso en los fríos. Así como él, miles de padres y abuelos, madres e hijos día tras día conforman ese ritual silencioso del amor y la supervivencia.

Rituales que forman un hogar, rituales que muchas veces olvidamos nombrar.

S/T

PINKY SIMÓN



Pre-ritual

ÉRIDE

Los rituales, un conjunto de ritos, costumbres o ceremonias; comúnmente asociados a la religión. No suelen ser del agrado de la población joven, concretamente de los adolescentes. Pero yo, como adolescente, nunca he asociado esto con la religión, si no, más bien con la espiritualidad de uno mismo.

No hace falta ser creyente para tener un ritual, de hecho, la mayoría de personas tienen y llevan a cabo rituales sin darse cuenta. Y es que un ritual no debe de ser algo extravagante, lleno de oraciones, hierbas, incienso y devoción. Puede ser algo más cotidiano, más corriente.

Dudo que la gente conozca el concepto de «ritual pre-ritual», principalmente por que yo misma lo inventé. Sin embargo, creo que todos deberíamos tener uno; o que ya lo tenemos, solo que no nos damos cuenta.

Algún ejemplo de lo que yo considero un «ritual pre-ritual» podría ser... Cuando me siento en la silla frente a mi escritorio y reúno el valor para contestar esa llamada que hago todos los miércoles con esa amiga que se encuentra a más de siete mil kilómetros de mí.

Cuando ayudo a poner la mesa en esa comida familiar y hablo con mi prima del tema más insignificante y divertido.

Cuando al volver a casa después del instituto paso a propósito por la casa de mi abuela solo para saludarla.

Cuando voy a la playa con mis amigas y jugamos a las cartas antes de meternos en el agua.

Son cosas tan pequeñas, que a veces nadie, ni siquiera tú mismo, nota. Pero ahí está la belleza de un «pre-ritual»; hacerlo sin querer, sin forzarlo, que sea completamente natural. Es como si esas pequeñas costumbres, nos dijeran en silencio: «este momento importa».

Tal vez, si nos detuviéramos a observar con más calma nuestros días, descubriríamos que estamos rodeados de rituales. Algunos conscientes, otros no tanto.

Pero todos ellos son hilos invisibles que nos conectan con nosotros mismos y con el mundo.

Llevando a cabo un ritual, incluso para escribir esto, Éride.

Asedio en Pelusio

CABARET SARTRE

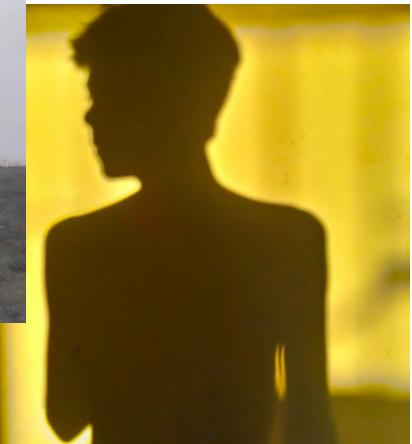
En la mañana, el inexperto rey condenó a un artesano. Se encontraron dos gatos tiesos en su puesto de trabajo. Al igual que su padre, Amasis II, el rey nombró a dos sacerdotes para que presagiaran el castigo de los dioses hacia el hombre. Y ambos concordaron en que debía exiliarse el artesano. Antes de irse, pagó una cuantiosa suma de oro para momificar a los gatos y enterrarlos en el cementerio principal. Además, se rapó y afeitó las cejas en nombre de Bastet. Aunque no tenía la culpa, aceptó el destino de los sacerdotes y obedeció al nuevo rey. Esa misma tarde, se dirigió al norte, a El Cairo.

¡Quién pensaría que los persas atacarían a las pocas horas, y de aquella manera tan feroz! Los beligerantes cargaban en sus escudos adornos de la diosa Bastet, el joven rey, al enterarse de este recurso de los persas, se negó a enfrentarse y pidió al ejército agruparse en torno a las murallas. Sin encontrar ninguna estrategia que contrarrestara el ingenio de sus contrincantes, legó su obligación de líder a un experimentado noble en el combate. Para cuando ya planeaban una contraofensiva, los persas abrieron su cobertura lanzando gatos por encima de las murallas, un sacrilegio a los rituales. La batalla, no, la guerra estaba perdida. Los egipcios se bloquearon junto a las ráfagas de felinos, ¿cómo un animal que representa la divinidad podía llevarse al maltrato humano? Siendo más, ¿por qué ningún dios castigaba a los persas? En su incertidumbre los egipcios dejaron Pelusio y se movilizaron al norte, a El Cairo. Justo donde se encontraba el artesano.

Vocalizando

JULIE HERMOSO

Cada dos de la tarde, completamente desnuda, después de un baño refrescante, me siento en mi banco de meditación. Con los ojos cerrados, respiro profundamente y comienzo a vocalizar: la iiiiiii, la dirijo al lóbulo frontal, hasta vaciar los pulmones. La vocal "I", despierta la Clarividencia, situada en la Glándula Pituitaria. La eeeee va a la nuca. La vocal "E", despierta el Oído Oculto, situado en la Glándula Tiroides. La vocal "O", despierta la Intuición, que es el Séptimo Sentido de la futura humanidad divina. La vocal "U", despierta el Centro Telepático, situado arriba del ombligo. La vocal "A", despierta los Chacras Pulmonares, que nos confieren el Poder de recordar nuestras vidas pasadas. El Dr. Krumm Heller, aconsejaba a sus discípulos una hora diaria de vocalización. "Una hora diaria de VOCALIZACIÓN, vale más que leer un millón de libros Teosofistas, Rosacrucistas, Acuarianistas, Espiritistas, etc.".



Colores

CARLOS AGUILAR

Comí la tercera porción... estaba de más, pero solo así funcionaba. Tomé el vaso de vino, eran las once de la noche, estaba fresco. El ritual es sencillo: comer bien, si es posible algo potente. Un guiso, polenta, o algo así. Y lo otro es como dormir casi sentado, acomodarse lo mejor que pueda en esa posición. Tratar de no pensar en nada es lo más difícil. Tenemos miles de pensamientos por segundo. Y dormir.

Lo primero que vi fue la escuela: era gris, con las rejas oxidadas. El sol brillaba. Los eucaliptos gigantes se movían lento, sus verdes con brillos plateados. En la calle estaba Juan Carlos, con una remera azul; no parecía de un club de fútbol. La puerta del garaje era gris. Caminé por la calle Pellegrini. El kiosco de comidas tenía el cartel de ofertas negro, con letras blancas... no distinguía los precios.

En la esquina mi padre estaba parado. Lo reconocí por la camisa, era de grafa gris. Le gustaba ese color. Traté de caminar, pero no podía moverme. Me angustié. Una puerta de un coche se abrió. Subí sin problemas. El torpedo era negro. Reconocí la cabina: era del Bedford de mi padre. En el parabrisas estaba grabada la patente. Me acerqué para leer los números, pero no podía. Una lástima. Cada vez que soñaba números los jugaba, y siempre ganaba.

Mi padre manejaba. Le reconocí la cicatriz de la muñeca: estaba cambiando la correa del ventilador cuando la paleta le tocó. En instantes todo se tiñó de rojo. Pepe lo llevó al hospital. Recuerdo perfecto la sangre roja oscura, la tarde soleada.

Más tarde me encontré en un cuarto que no reconocí. Estaba des pintado. El papel de las paredes sucio y húmedo. Las puertas eran antiguas. Esa casa no la recuerdo. El piso de parquet estaba roto, papeles amarillos tirados por el piso. Abrí la puerta y salí. Me vi a la distancia. Caminaba solo. Estaba mal vestido: la camisa blanca y un pantalón negro, sucio o viejo. Tenía el flequillo que perdí hace tiempo. No me gustó verme.

Sonó el despertador. Estiré la mano y lo callé. Busqué mi bastón blanco debajo de la cama. Respiré hondo, sonréí... Era tan lindo soñar con colores que nunca más vería.

Llego la navidad

JOSÉ R. CARVALHEIRO NETO

Amanece la Navidad en nuestras almas,
Tiempo de luz, de paz, que calma,
Este resplandor luminoso de la estrella de oriente,
Amor resplandeciente y unión fraterna...
En las calles de la ciudad, resuena el sonido de la Navidad,
El viento mece la esperanza de la gente,
Cada abrazo, un lazo de ternura,
Esta gracia renovada que nos bendice...
Es el Niño Jesús, tan puro y sencillo,
Que nace en el pesebre de corazones,
Un vínculo de amor, paz y emociones,
En un mensaje de luz, para iluminar la vida...
Bajo el cielo estrellado de la Navidad,
La familia de Nazaret nos visitó,
Trayendo fe, trayendo vida,
Trayendo a Jesús, nuestro mayor regalo...
La Navidad cruza fronteras,
Es el amor multicolor que ha llegado para quedarse,
Es la vida vivida en un suave encanto,
Es la sonrisa de un niño que trae armonía,
Es tiempo de dar, de reflexionar, de amar,
Es tiempo de sonríe, la sonrisa de Dios...

Grabado a fuego

JOSÉ LUIS CAPELLA CERVERA

El fuego es una manera de purificar a nuestro ser, es un ritual desde tiempos ancestrales en cada lugar o época.

Halloween es una fiesta pagana y en Galicia se toma una bebida muy especial la queimada que tal y como dice su nombre, está flameada cuando se toma.

Después llega San Juan, donde la tradición es formar hogueras, especialmente en playas, y saltar sobre las brasas y pedir un deseo.

Posteriormente tenemos las famosas fallas de Valencia que son esculturas y figuras que satirizan situaciones de la actualidad, salvan una figura de la quema, el resto son quemadas el día del Padre.

La fiesta de las fallas la iniciaron los carpinteros de antaño que hacían limpieza en sus almacenes, tirando cosas viejas y quemándolas, que además de ampliar el espacio en sus almacenes tenían la creencia que el cambio renovaba y daba buena suerte.

Luego llega un ritual en Navidad, donde además de llevar lencería roja, poner oro en la copa de cava, atarse un hilo rojo en el dedo índice; es otro ritual anotar los deseos que deseas se cumplan en el año venidero y ese papel con los deseos se pone en el zapato derecho y tras comerse las 12 uvas, el primer pie que pise el suelo en el nuevo año debe ser el derecho, donde está el papel con los deseos y luego se quema el papel, lo quemado supuestamente se cumplirá y lo que no se haya quemado del todo, no se cumplirá.

Otra festividad que emplea el fuego son los cumpleaños, el uso de velas se considera de su raíz pagana, donde se trataba de ahuyentar de espíritus y malos augurios al cumpleañero.

Desde la antigüedad, el fuego ha sido muy importante, se usaba para limpiar y renovar, de ahí la quema de brujas o un castigo de la Santa Inquisición era meter al hereje en un caldero encendido e incluso echarle productos ardiente, para que sufrieran más.

Hasta mitológicamente se han creado seres vinculados al fuego, como los dragones que escupen fuego.

Y en los espectáculos, ya sea en circos o mercados medievales, existe a veces un personaje llamado escupefuegos.

Y en ganadería, para conocer el origen del ganado, se les hace una marca con un grabado fuego.

Ritual de invierno

SONIA FABIOLA DEMITRÓPOLIS

Comienza el invierno y Cosquín huele a leña .

El humo de las chimeneas coquetea con el viento, filamea su llegada a este pueblo. Comienza el invierno y muchos iniciamos el ritual de mantener encendido el fuego. Este ritual que sin darnos cuenta nos engrilla a las brasas, las cenizas y la leña. Pero también nos regala recuerdos envueltos en calor de familia, en calor de hogar.

Un ritual que tizna lo que rodea.

Tizne en las manos, hollín en el pelo.

Comienza el invierno y el convocante calorcito inicia la trama de un tejido de verbos: encender, mantener, atizar, alimentar, recoger, aromatizar, cocinar, calentar, deshollinar. Matizados con un abanico de invierno, estufa, salamandra, leña, carbón, cenizas, brasas, calor, hogar, familia, ritual. Para terminar unidos, calentitos, protegidos, satisfechos, reunidos, alimentados. Entramados.



S/T
VERONICA

Estancia la punilla del viento

MARIELA RONCONI

Estancia "La Puntilla del Viento", 18 de junio de 2025

Mamá querida:

Hoy amaneció con olor a nieve. No es que uno huela los copos, ya lo sé, pero vos siempre decías que hay un perfume en el aire, como la lana mojada y pan con levadura. Esta mañana abrí la puerta del galpón y lo sentí clarito. Te reirías, salí en pantuflas a ver si ya estaba cayendo, y resbalé en un charquito que seguro era de algún espíritu travieso que quiere vernos rodar de risa. ¡La Patagonia no perdona despistes, ni siquiera los mágicos!

¿Te acordás de lo que hacíamos antes de la primera nevada? Sacábamos los manteles para sacudir los recuerdos viejos. Según vos, si uno sacude con fuerza, la nieve llega más limpia. Ayer lo hice. Los manteles volaron como si supieran. Creo que uno hasta aplaudió.

El pueblo ya entró en "modo espera". Es un ritual no dicho: se frena el reloj y se activa el silencio. Las ovejas se peinan solas con el viento del oeste, los perros se acurrucan como si supieran contar cuentos sin hablar, y la tía Luisa —sí, sigue viva y medio loca— dice que soñó con un zorro blanco que anuncia una nevada que durará tres días y dos secretos. Uno de esos secretos, dice, tiene tu nombre.

Esta noche vamos a hacer la "vigilia del tacho", como en los viejos tiempos.

Dejamos ollas vacías al aire libre y nos sentamos a esperar. Dicen que si la primera nevada cae dentro de un tacho, trae noticias de quienes están lejos pero piensan en uno. Así que, por si acaso, puse tu foto en el fondo del mío.

No te preocupes si no te acordás de todo, mamá. Acá los recuerdos se guardan en la nieve, y cada invierno los bajamos del cielo para volver a contarlos. Cuando nieve, voy a escribirte otra carta. O capaz te la lleve el viento, si tengo suerte.

Dale un beso a la enfermera que leyó esto. Decile que te preste una taza azul para olerla mientras escucha. Esa taza huele un poquito a vos.

Con todo el amor de los inviernos que vienen,

Tu hija que sigue buscando zorros blancos.

Ritual de andar

MARIA INES HEIDENREICH

Cada mañana, apenas asoma la luz, me calzo las zapatillas y salgo a caminar. Es un ritual, no una rutina. Camino rápido, como si pudiera dejar atrás las preocupaciones, pero también ligera, para que los pensamientos fluyan. En cada paso, repito mentalmente una letanía de cosas que agradezco: mi cuerpo que me lleva, los ojos que miran el mundo, el café que vendrá al volver. A veces me detengo y respiro profundo, como si pudiera inhalar algo más que aire: una certeza, una intuición. Me alinea. Me afina. Me inventa.

Dicen que hay que tener una intención para comenzar el día. La mía es esta: caminar. Pensar sin urgencia. Hacer espacio. Volver nueva. ¿Y si todos lo hicieramos? Tal vez la jornada de cada uno sería más amable. Tal vez bastaría con salir, dar un paso y luego otro, y dejar que el cuerpo le enseñe al alma por dónde empezar.

¿No sabés cómo? Fácil. Poné los pies en el suelo. Sentí el impulso. Andá. El resto viene solo.

Cartas a la infinitud de tu amor

ELIAS PALAVECINO

Siempre me gustó el concepto de "carta", la idea de trasmítir mensajes entre remitentes de manera secreta, o no, siempre me pareció genial. Mas que nada por el estilo legendario que tiene, un mensaje que atraviesa agua, tierra y viento para llegar a vos, un algo que otra persona quiere hacerte comunicar a pesar de todo inconveniente; tiene un paralelismo muy lindo con la vida humana desde un punto de vista del individuo, todo el mundo como ser de una especie busca dejar algo que transcurra en la historia de sus propios allegados, quizá porque su ego es tan grande que no pueden imaginarse a ellos mismos sin formar parte del mundo o nuestra mente es tan pequeña que no nos lo deja imaginar. Desde el padre que trabaja para dejarle una herencia al hijo, el científico que busca la gloria del descubrimiento humano para dejar huella en la historia, la abuela que aprovecha sus últimos momentos para sacarse fotos con sus nietos, o el suicida que escribe una carta para los que quedan.

Esto puede ser de manera consciente o inconsciente, con el mero hecho de permanecer en este mundo ya estaríamos dejando una huella como especie, ya que para bien o para mal haga lo que yo haga en la vida ya estaría dejando una huella en la existencia. Da igual que mi vida sea solo un mero efímero, con que haya alguien o algo que represente mi existencia ya estaría "colocada" esta huella; Aunque claro esto no es infinito, nada de todo lo que dejemos en este mundo será infinito, por muy buen jugador que haya sido Messi, dudo mucho que alguien lo recuerde de acá a dos mil años, es imposible que un ser finito genere infinitad en su creación. Ya que él mismo como individuo está sometido a una constante temporal y el querer hacerlo es ir en contra de los principios lógicos

humanos (todos sabemos que nos vamos tarde o temprano, por qué ir en contra?), solo somos un charco de agua en el desierto del mundo esperando evaporarnos tarde o temprano.

Aunque, quizá sí, quizá yo logre dejar una huella tan fuerte en el mundo que consiga que esta siga, no creo que de acá a mil años olvidemos a Newton o a Galileo, pero ¿será esa huella la huella que ellos hayan querido dejar? ¿O la ciencia avanzará a tal punto que lo único que quede de ellos ya no sean sus ideas sino una simple historia de como a un loco se le cayó una manzana y se le ocurrió algo?, ya sin acordarse del nombre de la persona en sí, solo será un mero recuerdo alejado de lo que alguna vez sucedió, y así el mismo recuerdo se verá distorsionado al punto de que ya no haya ni una pizca de la huella del original.

¿Por qué ocurre esto?, a pesar de que el tiempo sea un factor fundamental en toda la cuestión tiene que haber algo mas que ocasione estas "huellas borradas de la historia".

Entropía. Podría pararme un rato a explicar el concepto de entropía, pero es preferible que lo busques vos mismo, ya que el leer esta carta no busca dar una explicación, sino generarte conciencia.

¿Dónde está esa magnitud de desorden del que hablo? Bueno hasta el momento en el que estoy escribiendo esto, somos sujetos y el solo acto de ser sujeto ya conlleva una subjetividad misma, lo que yo interpreto por pato para vos puede ser distinto, esto es lo que hace al humano tan especial como especie, mas allá de otras cosas, está entropía del sujeto sumada a la temporalidad humana ocasiona el no poder crear una infinidad, ya sea una material o no.

Y si ni la mismísima palabra de Dios, la biblia no fue capaz de soportar el paso del tiempo. ¿Qué te hace creer que esta carta lo logre? Ese es el desafío del ser humano, buscar una manera de dejar algo a las futuras generaciones, utilizando tus herramientas, la tecnología, la literatura o el amor mismo.

Rencor, amor y venganza

GERALDINE URRUTIA

Rito que ilumina mi faz,
Que clama mi mirada muda, sinfónica
Que en cada tanto se sumerge en mi eje
Y cava,
Cava hasta arder.

Admira con avidez y ríe con cinismo,
Delirio y mutismo.
En tanto, otras callan o ríen,
Danzan y caminan, ocupando su burbuja infinita
Impidiendo al frikismo su inicio

Y termina, como buen final que es
Desacelerando lo rápido,
Hirviendo lo tranquilo
Matando lo sano

Termina como buen final que es

Mal. Triste.
Macabro

S/T

FEDERICO MECHETTI

Mate poesía mía del amanecer, esperando un nuevo alba, silbidos de pájaros que cantan las canciones de amor con melodías de luz.

Esa ventana donde el sol ilumina mí sonrisa, voz de canto litoraleño en el primer sorbo, alegremente esperando tu llegada con mí paisaje vivo de Ríos y barrancas.

Sentado frente a ti mate sangre guaraní que va fluyendo, amor de invierno a tu lado con corazón de flor que encanta el mejor jardín.

Lugar de fuego, pava que arderá en mí canción de ave, solitaria con sueños vivos dentro de mí.

Tu voz es canto vivo de chamarrita y guitarra.

Río Paraná de costumbres y tradiciones en mí Argentina para volar con canto por algún lugar costero.

Sueños entrerrianos en cada cebada, quizás esperando la mejor flor donde mí corazón es tradición criolla por estos pagos.

Mareada cerca de todos en aquel lugar recibido dentro de mí.

Árbol que da pie a la semilla de mis sueños a tu lado, campestre es mí corazón que sonrió a la luna opalina y a toda estrellas por las noches con belleza infinita donde se hace brillar los cielos.

Vuelvo a la bombilla que degusta mí mate caliente caliente con sabor amargo, cantar del ritual de mí día.

Tierra, polvo y jazmín que perfuma el aire entrerriano y en mí mesa me acompaña tu noble amistad y en cada sorbo un amigo en común.

Tabaco negro, asado a las brasas y un mate esperando el pan de cada día que con esfuerzo y sudor es la alegría de mis mañanas.

Caballo zaino me acompaña en cada aventura que con sol en mis hijos en búsqueda de alguna muchacha para entregar mí amor.

Paisano que con sangre es canto vivo de gaucho que vuelvo en búsqueda de ese mate en un nuevo amanecer.

Entrerriano, indio guaraní preparando la bombilla de plata historia de esta tradición.

Letra mía al prepárate con voz de poeta este ritual donde se desprende mí voz y mí guitarra.

Campo y tierra paranaense y una canción que dedica chamarrita y el chamamé pie este lugar.

Sueños y canciones al viento que llega con amistad donde el pecho se me agranda y la nostalgia se apodera de mí.

Sopla el viento fuerte afuera de mí rancho y estaré de vuelta con voz de zorzal y un silbido y una canción es amigo y compañera de mis días.

Camina con sol mí canto al mate criollo donde las barrancas y el río Paraná y este paisaje que con leña y fuego arderá siempre a tu lado.

Mate símbolo nacional y tradición de mí querido Entre Ríos, para ti estos versos.

Fin.

S/T
JULIETA POLLAN



Eco

NATHALIA APONTE

Eran las 5 de la mañana y el sobresalto causado por una pesadilla la despertó, abrió los ojos, M dormía a su lado dándole la espalda; su mano ya no estaba cerca, ni había acomodado la cobija como de costumbre para evitar que sintiera frío por los torpes movimientos que hacía dormida.

Pasados unos minutos de observar el techo se levantó cuidadosamente, entró al baño, organizó su pelo y cepilló sus dientes. Al salir la imagen de M descansando junto a sus perros confirmó su aterrizaje forzoso. Es difícil imaginar cómo un cuadro tan simple la llevó a entender que allí ya no había espacio para ella.

Y entonces comenzó el eco. N entendió que lo que había entre los dos ya no era el silencio cómodo que a veces los acompañaba, sino eco, irremediable eco.

El eco de todas las risas compartidas
de las tardes cocinando guiados por la improvisación de M y la fascinación de
ella por todo lo que él creara
eran, también, los bailes inventados en medio del corredor a los que él
accedía
avergonzado
el calor y los besos desnudos mientras recuperaban la respiración
las mañanas peinando a los perros
los sueños que no se cumplieron
la casa que nunca tuvieron
los restaurantes que no visitaron
los viajes que no hicieron
la lista podría continuar

Ojalá hubiera caído todo de golpe, pero no, la caída era eco; el reflejo de todo lo que fueron regresando lentamente a su origen: dos, que no están juntos.

Derrota y menta

DANIELA SOLEDAD RAMALLO

Me fumo un puchito con sabor a derrota y menta.
Un pájaro se frena en el cable que está enfrente mío,
y luego vuela.

Envidio al pájaro. Envidio su libertad.

El cigarro se consume
y las cenizas caen en mi pierna.

Escucho a niños reírse
y pienso en la causa de su alegría.
Y en qué mal los perturbará a ellos.

Tiro el cigarro ya apagado
y vuelvo a la realidad.

San Esteban Chacarera

RORI TSÓTSI

.1.

Otra vez el mismo camino,
otra vez la misma certeza:
cada piedra me reconoce,
cada curva me recuerda.

2.

He venido tantas veces
que ya sé de memoria
el primer golpe del bombo
y su promesa de gloria.

3.

Una anciana reza cerca,
sus labios mueven milagros:
"Oh, Glorioso San Esteban,
protege nuestros pasos..."

(Estríbillo)

San Esteban nos convoca
desde su martirio luminoso,
y nosotros respondemos
con este ritual gozoso.

4.

Las oraciones se elevan
en arquitectura invisible,
cada palabra una piedra
en el templo indestructible.

5.

El Zanjón se multiplica

con cada nuevo creyente,
se expande como un río
que busca su mar ardiente.

6.

Y yo, que conozco el ritual
de tantos años de promesas,
descubro que el misterio
cada vez se me renueva.

(Estríbillo)

San Esteban nos convoca
desde su martirio luminoso,
y nosotros respondemos
con este ritual gozoso.



S/T
MELI

Carta abierta de mi madre y a sus amigos

FELIX PACHECO GRANADO

Mis amigos, hay cosas que no saben de mí, se las voy a revelar: hace muchos años, un bárbaro extranjero que me sometió despiadadamente a la fuerza, dijo de mí: es la "más hermosa que ojos humanos han visto". Pero él no respetó mi hermosura: me vejó terriblemente a fuerza de violencia, transmitiéndome las enfermedades que padecía y que eran desconocidas para mí y mis hijos. ¡Mis hijos! Todos murieron: los que no fueron asesinados por él, murieron producto de sus enfermedades y otros prefirieron suicidarse ante tanta crueldad y maltrato; no me quedó ninguno vivo. Yo, quedé con un trauma terrible: seguía siendo yo, pero ya no era la yo original: me cambiaron por otra. Tuve otros hijos, muchos, diferentes todos entre sí, pero todos tienen algo común a lo que no renuncian: ¡son mis hijos! Ellos están orgullosos de mí y yo también estoy muy orgullosa de ellos. El extranjero que me ultrajó trató incluso de cambiarme mi nombre por el de Juana. ¡Qué desparpajo! Pero, al menos, pude conservar mi nombre original. Y me alegra que así fuera: ¡me gusta tanto mi nombre! ¡Es tan bonito! Y a los hijos que tengo ahora también les gusta mucho. ¡Y qué decir de ustedes, mis verdaderos y buenos amigos: como les gusta pronunciarlo!

Pero no me quedé, así como así. ¡No, qué va! Desde el principio me rebelé contra tanto despotismo. Luché fuerte por tener una vida independiente para mí, por mí y mis hijos... pero había un vecino también extranjero, envidioso, que tenía más poder que mi poseedor y quería quedarse conmigo. Cuando yo estaba a punto de expulsar a ese tirano de mi casa, ese vecino poderoso empujó la puerta, lo expulsó (eso dicen, ya realmente yo lo había puesto de patitas en la calle, solamente le faltaba un empujoncito mío) y se quedó conmigo, metido en mi casa, en contra de mi voluntad y la de mis hijos... Más años de avasallamiento cruel: me maltrataba a mí y a mis hijos constantemente, se robaba los frutos de nuestro trabajo, nos imponía costumbres ajenas a nuestro carácter... y nos tenía amenazados todos los días...

Hasta un día que apareció un hombre muy grande, como un gigante, muy valiente, como nunca lo hubo, muy inteligente, como el que más, ¡el más justiciero! y sacó a patadas de mi casa a ese otro usurpador extranjero

vecino.

Ese hombre me fue muy fiel toda su vida, sacrificó todo lo suyo por mí. Después de su muerte física me sigue siendo fiel, amándome y guiándome. Mis hijos lo adoran. No nos dejó dinero, no lo tenía, pero ¡nos hizo, nos hace, tan felices! ¡nos enseñó tanto! Sobre todo, a que yo y mis hijos nos defendiéramos de todos los abusadores y que ninguno pusiera nuevamente la sucia bota en mi casa... yo juré serle fiel el resto de mi vida.

Y parece que sigo siendo la “más hermosa que ojos humanos han visto”, porque me han creado infinidad de poesías, libros de todo tipo, películas y canciones.

El vecino extranjero poderoso que El Gigante sacó a patadas de mi casa y que tiene mucho dinero, sobornó a algunos de mis hijos que me traicionaron para tratar de someterme nuevamente: ¡a toda costa y todo costo! Pero la inmensa mayoría de mis hijos permanece fiel a mí y al legado que nos dejó el Gigante.

¡No podrá someternos nuevamente!

¡Gracias mis amigos por serlo en las buenas y en las malas! ¡Cuenten conmigo de la misma forma!

Su amiga: Cuba.

Sí supieras

ANGEL RUIZ

20/06/2025

Querida Clara,

Si supieras que hace tiempo que no sé de ti. Hace tanto que las palabras más honestas se han quedado atrapadas entre mis dedos, incapaces de alcanzar tu corazón. Solo tengo este sobre, este papel y esta ausencia que pesa más que cualquier presencia.

¿Dónde estás, cielo? Te busco en cada amanecer, llenando mis paredes interiores con la soledad que dejaste. Pinto mis días con lágrimas invisibles que se mezclan en el aire y me recuerdan que estoy roto. Porque duele más tu silencio que cualquier traición.

Las noches, esas que robo al olvido, son mi condena. Las vivo con la esperanza absurda de que escuches mi voz desde el eco de tu distancia. "Si supieras las noches que robo..." repito como un mantra, para no caer del todo en el vacío en el que me hundiste.

Y sin embargo... sigo intentando vivir sin ti. No porque quiera, sino porque no quedan más opciones. Tus ojos eran mi mar, y ahora naufrago en un océano sin rumbo, preguntándome si todavía habrá un sitio para mí en el mundo que antes compartíamos.

La piel que habito está hecha de tu recuerdo. Cada beso, cada gesto, cada promesa rota forman un mapa indeleble sobre mi cuerpo. Mi memoria se aferra a lo que fuimos, como si esa prisión de añoranza pudiera devolverte a mi lado.

Hoy concluyo esta carta con una mezcla de rendición y deseo: me despido, cuídate. Aunque ya no estés conmigo, deseo que vivas. Es lo único que me queda: despedirme al pie de un amor que nunca supo cuánto dolió perderte. Y si alguna vez, sin querer, vuelves a pasar por mi nombre, no lo evites. Léelo como quien abre una herida que ya cicatrizó, pero no olvida. Porque en algún rincón del tiempo, yo aún te estoy esperando. No para que regreses, sino para que sepas que, a pesar de todo... fuiste amada.

Con el corazón abierto y el alma en silencio, LR Ruiz.

Mate Dulce

DANIELA SOLEDAD RAMALLO

Tomo mate de manera automática,
pero como se debe, como me enseñaron,
en un jarrito con dos manijas, dulce y bien caliente,
desgastado de tanto cebar.

La mirada fija en una planta de plástico
que parece tener más vida que yo
en estos momentos.

El gato tira algo y vuelvo a ser consciente,
y el peso de tu ausencia se hace aún más presente.

Y ahí recuerdo por qué tomo mates dulces y calientes:
algo de vos está conectado con ese mate,
y me tranquiliza saber
que por lo menos
te tengo un ratito más.

S/T

BELÉN OZUNA

Luján de Cuyo, Mendoza, Argentina. 1998

Buenas tardes. ¿O buenos días? Tal vez sean buenas noches. Hola, Mariana.

Soy yo, otra vez. Te pido disculpas por volver a molestarte. En realidad, no sé si lo hago. Sin embargo, las 35 cartas que no fueron respondidas me brindan una pequeña pista de lo que pensás de mí. Me equivoqué, ya lo sé. Pero te pido por favor, por los chicos, que leas esto. Faltan tres semanas para navidad, no podemos seguir así. Estas fechas alegran el alma, lo sabés muy bien. ¿Te acordás lo lindo que la pasábamos? Ese olorcito característico que venía de la cocina de la abuela. Pero ojo, se sentía desde el veinte de diciembre. Era mágico. Te lo recuerdo porque sé que sabés de lo que hablo: Lanús adquiría una energía irreal, las calles se iluminaban, y los vecinos saludaban por las ventanas. En esa época, no existía la tristeza. Los limoneros de las veredas lucían orgullosos las luces de colores que Doña Marisa les colocaba delicadamente. Lo mejor de todo: las tardes. Jugábamos con los primos a la pelota en la calle, hasta que mamá nos gritaba que ya estaban los ravióles ¿Qué venía después de comer? El tutecillo, obviamente. Ese juego de cartas que proponía siempre el abuelo. A pesar de que nunca terminamos de entenderlo, en un abrir y cerrar de ojos estábamos todos en el piso llorando de la risa ¿La razón? El tío Chelo. Siempre hacía trampa ¿Me vas a decir que no fuiste vos la que le dijo a papá que encontraste el as de corazón debajo de su silla? Creo que no se hablaron por tres años. Cómo nos divertíamos, che.

No quiero aburrirte, me imagino que debes estar con un montón de cosas. Sé que no te gusta la nostalgia. Estuvimos hablando con mamá, que ya está grande, y con los ojos llorosos me pide pasar las fiestas con sus nietos. Es importante mantener las tradiciones y los rituales, porque esas vivencias nos marcan el corazón y, de alguna manera, define quiénes somos ¿No crees que los chicos merecen tener recuerdos tan hermosos como los que tuvimos nosotros? No es justo que paguen por discusiones que no les corresponden. Son nenes. Y mamá... Bueno, sabés que, desde que se fue papá, se volvió todo un poco cuesta arriba. Extraña mucho Buenos Aires, y vive del pasado. El otro día pasaron por la radio la Marcha de las Malvinas. No sabés cómo se

puso. Su mirada habló por ella, y en sus cristalinos ojos azules se reflejaron miles de momentos que nunca van a llegar. Se los llevó el viento. Le agarró una melancolía... la imagen de papá se apoderó de nosotros. Sé que dio todo por la Patria pero... cómo se lo extraña. ¿Qué querías que hiciéramos, Marian? ¿Quedarnos en casa sin poder dormir, desesperados por volver a escuchar su voz por lo menos una vez más? Mendoza fue nuestro único escape. Es hora de perdonar, ¿no crees? Por él, por los chicos... Para mantener viva su memoria y la infancia única que nos hizo tener. Dejemos el rencor de lado, por favor te lo pido. Mamá promete cocinarte el vitel toné sin alcaparras, como a vos te gusta.

Te esperamos, les va a encantar este lugar a los nenes.
Sé que podemos volver a disfrutar juntos, como hicimos siempre.
Espero tu carta. Te amamos, ¿Sí? No sabés lo que los extrañamos y las ganas que tenemos de leerte con mamá.

Agustín.



**Sol de
invierno**
JULIANA MORENO

Ritual matutino de conexión

LAURA LUENGO

Veo como mis pies se van hundiendo en el arena húmeda, noto un hormigueo por todo mi cuerpo y siento como la tierra me atrae hacia el centro con su magnetismo. mientras el agua de mi cuerpo se balancea con el vaivén de las olas.

Estoy triste, o quizás mi enfado se ha vuelto a disfrazar de tristeza.

No alcanzo a ver mi rostro, no alcanzo a ver el resto de mi cuerpo, pero sé que soy yo.

Veo una gran piedra, cuando me acerco me doy cuenta que una versión de mi, esta sentada en esa piedra, cómoda, tranquila y esta versión me invita a subir, me mira a los ojos toma mis manos, y me dice :

- Gracias, gracias a ti hoy estoy aquí. Gracias a todo lo que estas viviendo, a todo lo que estas transformando yo estoy aquí.

Y estoy aquí para recordarte que hay un futuro maravilloso para ti, yo soy parte de el. Yo soy tu.

Me invita a pasear por la orilla y continua: - Mírame y mira con compasión todas las mujeres que vivimos en ti, todas estas mujeres que te hemos acompañando desde siempre. Hemos venido para hacerte un regalo, para que sepas que el lugar mas seguro que puedes tener es tu interior, y vuelvas a ser un santuario para ti misma.

Veo a mi niña de siete años, y me dice: - Entrega, entrega toda la preocupación, todo el miedo. Recuerdas los largos días de verano, recuerdas a que nos gustaba jugar...A su lado esta mi adolescente de catorce, y esta declara; -Suelta el peso, suelta la rigidez y todo lo que estas cargando, y recuerda los sueños que teníamos...Se acerca mi adulta de treinta y me dice: - Mira cuanto has cargado, cuantas expectativas, cuantas maneras de moverte que ni siquiera son tuyas....a su lado otra versión mía mas adulta manifiesta;

- Suelta y permítete caminar hacia donde tu ser desea, cuantos pasos forzados has dado, mira todas las veces que te has hecho tropezar a ti misma.

Suelta la rigidez, suelta el auto-sabotaje, suelta los dolores que no son tuyos, suelta.

Están todas ahí conmigo paseando por la orilla y están ahí para recordarme que ser mujer es ser una fuerza de la naturaleza y me piden que cuide de mi ecosistema, que proteja mi altar interior.

Les pido ayuda, son mis guías, mis guardianas, les pido que limpien todo lo que no me permite seguir avanzando. Que muevan la energía que esta incomoda, que esta bloqueando mi vida.

Me doy cuenta de como es pedir ayuda y permitirme recibirla. Pido que todas las cosas que estoy buscando, me encuentren, que todas las barreras que he construido con miedo, se transformen en un camino abierto.

Me dicen que yo soy mi propia maga, la creadora de mi realidad a ojos abiertos y que toda la sabiduría habita en mi.

Mi yo del futuro me dice; - Este es tu espacio seguro, aquí estas sostenida. Eres vista, la vida te apoya en todo lo que decidas creer. Si crees que puedes estarás en lo cierto, si crees que no puedes, también estarás en lo cierto.

Te mereces tener personas que se sientan felices y emocionadas por lo que estas viviendo y por lo que estas soñando. Que te escuchen y te acompañen, que te reconozcan y te valoren a ti, a tu tiempo y a tus recursos. Que te permitan ser tu.

Es hora de regresar, me piden no dejar nunca de creer en mi.

Me despido, sabiendo que siempre que dude, que tenga miedo, que me necesite, me tengo.

Respiro y conecto con mi cuerpo en el mismo lugar donde lo deje, y muy despacio a mi ritmo abro los ojos.

¿Te acordas de la escalera desvencijada?

MARIA NOGUEIRA SANCHEZ

F;Te acordás? La escalera desvencijada. La canilla goteando sobre el pasto largo; el barro. La regadera o la botella o cualquier recipiente capaz de contener el agua necesaria. Y mucho cielo bajándose sobre los cipreses tan altos.

Antes, habíamos entrado por el frente. Habíamos caminado sobre lajas antiguas. Habíamos buscado a través de los tristes senderos laberínticos la escalera desvencijada, la canilla goteando sobre el pasto largo, la regadera o la botella o cualquier recipiente capaz de contener el agua necesaria. Nuestros pasos sorteando el calor de la siesta. La inercia de los cuerpos cargando cada uno o la escalera, o la regadera o las flores de casa.

Hasta llegar. La nichera despintada. Tus manos limpiándola. Padre como protegiéndonos y yo, desarmando el ramo.

Hasta ahí, el ritual que recuerdo como si lo estuviera viendo. Después, durante los minutos siguientes, creo que, envolviéndonos hacia adentro para arrullar el dolor, desarrollaríamos ceremonias personales nunca comentadas ¿Orábamos, gritábamos en silencio, cocinábamos la resignación al fuego lento de las estaciones que iban pasando?

Y salir al rato por donde habíamos entrado. Sus huesos, su recuerdo custodiado gracias al ritual que reprodujimos casi invariablemente por años. Volver al llano, al mate y tu torta y el nesquik en la cocina. Normalidad de los domingos.

¿Te acordás, mamá, de todo aquello o vas volando ya hacia el olvido?

Carta al que no tiene nombre

FACUNDO SANTIAGO SEARA

Hay rituales que no se eligen: te eligen.

Yo no soñaba con estar rodeado de papeles que huelen a encierro y a humedad vieja. Pero acá estoy. Cada día. Entrando al archivo como se entra a un quirófano: en silencio, con los ojos abiertos.

Abro cajas. Rastreo huellas. Encuentro denuncias sin eco, firmas temblorosas, cartas olvidadas.

Cuando eso pasa, respiro hondo, y sigo.

No porque me dé lo mismo. Todo lo contrario.

Esto no es un oficio. Es pasión encarnada.

Y también es rabia. Rabia contra el olvido, que no es un descuido, sino un mecanismo.

Meter las manos ahí, donde quema y se apartan, es lo único que me permite dormir.

Llámalo como quieras: obstinación, necesidad, locura.

Pero cada vez que me arrebatan algo, muerdo.

Y cada vez que encuentro algo, lo devuelvo al mundo, aunque nadie lo espere.

Esto no es una carta para commover.

Es para incomodar.

Porque alguien tiene que romper el silencio.

Y yo elegí no quedarme quieto.

A lo mejor las playlist también son cartas

ANTONELLA FUSARO

Una playlist compartida entre tres amigos se convierte en un pequeño universo propio. Es una playlist sin pretensiones, donde el algoritmo hace todo por nosotros: cada día suma canciones, saca otras, alterna el orden.

A veces, sin saberlo, estamos los cuatro escuchándola al mismo tiempo. En general sucede a la hora de la cena. Otras veces temprano, cuando dos de nosotros nos levantamos para trabajar desde casa, el otro para podar el pasto y el lejano, el que vive a tres husos horarios de diferencia, todavía está soñando.

La aplicación no avisa, no da señales de haber mutado. El único trabajo es parar la oreja y prestar atención.

Adivinar de quién es la canción que suena es tarea del oyente. Entender por qué el algoritmo decidió sumarla.

Quién la escuchó y por qué.

Cuando abunda el jazz, es que alguno está medio gris.

Puedo ver a mi amigo, mirando el mar. Puedo verlo como en las vacaciones compartidas en la costa.

Me caigo directo sobre las olas.

El churrero grita ¡Hay chuuuuurrooooo!

La pelota pasa de pie en pie

De un tupper sale la pizza fría del día anterior.

Estoy ahí y sé quién fue.

Cuando suena a todo volumen Leo Mattioli, ya sé: es el que poda el pasto. Seguramente estuvo toda la semana cantando como un desquiciado en la soledad de su chacra. Con su público preferido: las ovejas, las vacas y sus dos perros.

Una ensalada mixta de jazz, cumbia y rock nacional.

La playlist es como nosotros: diversa, divertida, nostálgica como un VHS de tu infancia mal grabado.

El juego es no mirar. No mirar a quién pertenece.

Adivinar.

Porque dentro de ese misterio están los detalles que solo nosotros conocemos.

El que está triste y escucha las mismas tres canciones.

El que baila a la luz del fuego.

La que pone rock para trabajar.

Este es nuestro ritual: escucharnos sin palabras.

Te vi

ROMINA BONETTO

Llegaste de madrugada
con la chaqueta colgando de tu mano
caminabas con seguridad
con la certeza de que eras el rey,
el macho alfa.

Yo estaba ahí, sentada, conversaba
y sonreía, sonreía a carcajadas.
Porque en ese tiempo no pensaba
en cómo la gente me veía,
era Yo, existía.

Te vi y me miraste,
tus ojos me persiguieron
y tu boca fue anzuelo.
Tus brazos tomaron forma
y junto a tus piernas
se hicieron jaula.

Cuando lo note ya era tarde
y no pude escapar
tampoco lo intente,
me fui apagando,
como un bulbo extirpado.
Y después de tantos años,
te cansaste de verme ahí

sin ser nada,
porque ya me habías quitado toda la gracia,
la euforia, las ganas,
pero sobre todo la confianza.

Desactivaste el cerco,
aflojaste las garras de tus brazos,
y quede un tiempo sola,
pensando en cómo volver a ser,

hasta que pude ver más allá de vos.

Corrí
mi cabello se elevó con el viento
respiré el aire puro
emanando,
sentí el frío de la soledad y una llama
se encendió por dentro.

Hoy te escribo y me arrepiento,
borro las letras
lo intento de nuevo,
quiero que sepas,
pero tengo miedo,
miedo a que regreses y esa jaula
me destruya por completo.

S/T

CAMILA D'ANNA



Cenizas

MAITE MIRANDA

El velorio costaba un ojo de la cara. Así que la despedida fue breve, solo un instante en la cochería.

Tenías la boca mal pegada y yo solo podía pensar en cómo era posible que los mismos labios que habían besado alguna vez con pasión murieran en forma de cordillera.

Desde allí nos fuimos hacia Chacarita. El cielo estaba alineado con nuestra tristeza. Era un diciembre raro, húmedo y lluvioso, pero ese día en particular había una niebla vaporosa similar al humo. Nos costaba distinguirnos las caras entre los conocidos. Seguíamos a los hombres que cargaban tu cajón, mis primos y mis hermanos. ¿Sabés qué me puse a pensar, abuela? En cómo se revierten las cosas, en que esos hombres a quienes aupaste de bebés alzaban tu cajón y te veneraban. Yo sabía que no eran lágrimas de dolor por una muerte impensada. Seguramente se les presentaban las mismas imágenes que a mí: un batón floreado con perfume a jabón blanco, los buñuelos de banana en invierno, la reposera haciendo calle. La nostalgia tenía que ver con dar por finadas esas simplezas. Sabíamos que la parca ya te había mordido en vida, ese cuerpo lleno de escaras era solo representativo. Un cigarrillo para la muerte.

Las nubes se nos posaban sobre el pelo y al entrar en el cenizario los hombres apoyaron el cajón sobre una cinta parecida a la de migraciones que está en el aeropuerto. De alguna forma, ibas a migrar.

El cura había pronunciado unas palabras estudiadas y vacías. A último momento me vi asaltada por ese sentimiento gregario: el egoísmo. Me incliné, besé la madera del cajón rudimentario y miré hacia el agujero por el que te transportaría la cinta. La muerte ya tenía los labios separados, el encendedor en una mano. Te fumaría y sacudiría tus cenizas.

Noches de verano

JULIETA ABRIL ENCINA RAMOS

Escribo esta carta para ti porque quiero compartirte un pequeño ritual. Para que sepas que hay rituales que no se celebran en voz alta, pero que pueden sanarnos. Tal vez, si alguna vez lo necesites, te sirva.

Cada año, cuando el calendario comienza a agotarse, cuando el calor se instala y los días se alargan, cuando la nostalgia empieza a colarse sin permiso, salgo por las noches a buscar el cielo.

No es una gran ceremonia ni algo que los demás notarían. No hay fuegos artificiales, ni multitudes. Es simple: salgo por las noches, en verano, y escucho música con el parlante bajito, como si no quisiera molestar al silencio de la noche. Y canto. Eso es todo, y al mismo tiempo, es tanto.

Canto para vaciarme. Para ponerle voz a todo lo que sentí durante el año y que, de alguna forma, todos esos sentimientos se fueron acumulando en mi pecho. Cada canción me trae un recuerdo distinto: una alegría que me hizo brillar, una tristeza que me partió un poco, un miedo que logré enfrentar.

Y mientras lo hago, miro el cielo. Miro las estrellas, como quien pide permiso para seguir soñando.

Al final de cada canción, no hay aplauso, solo silencio. Solo queda esa sensación de haber soltado algo y entonces me siento más liviana. Más tranquila. Un poco más lista para cerrar el año y dejar entrar lo nuevo.

Este ritual, que parece tan simple, se volvió parte de mí. No sé si lo inventé o si me encontró él a mí, pero lo cuido. Me transforma en silencio, sin hacer ruido, como los cambios más profundos.

Y si algún día te sientes desbordado o simplemente quieres despedir el año dando paso a lo que viene, solo sal y cántale a las estrellas, son muy buenas escuchando.

Con cariño,
Julieta.

El legado

SONIA FABIOLA DEMITRÓPOLIS

Cosquín, 1 de julio 2025

Al ti, amor en semilla:

En este día, en el que una perezosa niebla está decidiendo dejar paso a tímidos rayos del sol y un maravilloso calor de salamandra me está abrazando con ternura, siento un abuelo palpitarte que me impulsa a escribirte esta carta. Me urge dejarte como legado este ritual, aprendido en el diario convivir con el río que corre frente a casa.

A ti, mi dulce bombón no nacido, eslabón de mi ser que aún habitas universos impensados. Carita de ojitos chispeantes color caramelo, con risa de río y perfume a hierbabuena. A ti que guardaste tus garabatos para los futuros planes de tu padre. Si, a ti me dirijo, apurada por el paso del tiempo y la necesidad imperiosa de comunicarme contigo.

Hoy te dejo este ritual nacido del sistemático pispear por la ventana, en el que aprendí a conocer a este río, a interpretar sus estados de ánimos, a valorar los elementos de su entorno, a significar el valor de la orilla. Esa orilla que es límite y nacimiento. Seguridad y contención. Oportunidad y salto.

Entendí con los años que siempre hay una orilla, a pesar del caudal y de la bravura de las aguas. También aprendí que tienes en tus manos el pincel para dibujarla.

Esta orilla de la que te hablo, un día me contó de la hermandad tejida con el río desde su naciente hasta su desembocadura en otras aguas. Me pinceló con palabras esa alianza secreta similar a la que existe entre el café y el borde de la taza cuando el frío mantiene dormida las manos que sostienen, también me insinuó sobre esta unión que ya existe entre nosotros.

Por eso, cuando en el transitar de la vida, sientas que pierdes la orilla y la corriente te arrastre, invéntate una con líneas imaginarias.

Ritual para inventarte una orilla

- Cuando el torbellino pretenda voltearte, crea un punto de quietud. (los costados crujientes de la tostada, los bordes de la suela de tu zapato o ese abrazo que alguien te dió cuando más lo necesitabas).
- Respira profundo dejando que el aire deletree tu nombre y tu mente se hamaque relajada.
- Dibuja una orilla con la yema de los dedos sobre la palma de tu mano y en

voz baja pero firme repite varias veces:

*"Esta es mi orilla, aquí me quedo,
Aquí me encuentro. Aquí me planto.
Y desde aquí, con otra mirada, vuelvo a empezar."*

- Ahora siente el aire fresco en una inspiración profunda y agradece .
- Para cerrar el ritual busca una piedra pequeña y déjala en alguna orilla de tu jardín. Las orillas inventadas siempre agradecen una ofrenda

Mi tierno bocado de esperanza, pequeño pedazo de mi corazón, ojalá que este legado algún día calme tus horas de zozobras y te brinde el calor de mis abrazos apapachadores.

Si por esas cosas del destino, esta carta no llegara a vos ...

¿Vos que la estás leyendo, me prometes guardarla y transmitir este mensaje?

Con todo el amor del mundo

Tu abuela - La ritualera

Rutina

ANA LIANETT CABRERA

Querido equipo de Radio Futura:

Antes que todo, quiero agradecerles. Porque cuando vi este concurso y leí la palabra *ritual*, pensé:

“Será fácil. Escribiré un poema sobre algo que hago cada día.”

Y pensé mucho tiempo. Y volví a pensar.

Pero nada se me ocurría.

Hasta que les pregunté a los demás.

Mi mamá me dijo que todos los días ora. (Sí, ella es un poco religiosa).

Mi hermana mayor se lo pensó bastante y me contó que una vez al mes se tomaba un día para recordar aquello que había olvidado: pagar algo pendiente, ir a algún sitio o visitar a alguien. Después lo reflexionó más y confesó que ese día elegido nunca le bastaba para hacer todo eso, pero aun así seguía reservándolo cada mes.

Mi hermana menor me dijo que cada noche, al bañarse, tiene que poner música. Eso le ayuda a despejar la mente.

Mi papá se sienta todos los días a leer el periódico y a quejarse del gobierno actual. (Por favor, que nadie nunca le pregunte por los pasados).

Y esto me abrió los ojos. Porque yo creí que odiaba la monotonía. Siempre pensé que quería lo inesperado, lo nuevo, lo distinto. Pero somos eso. Somos rutinas. Somos ese café de la mañana, ese pan tostado de los domingos.

Somos las cosas pequeñas que repetimos sin darnos cuenta. Porque esas cosas, a veces, son las que nos salvan.

Y al final me di cuenta de que yo también poseo un ritual. Porque todas las mañanas, justo después de despertar, tengo que leer algo. Lo que sea. Una novela que haya dejado abierta en la mesita. Un libro virtual en el teléfono. Las instrucciones del shampoo. Una etiqueta. No importa qué. Solo que me saque por unos momentos de mi cabeza.

Así que, gracias.

Por hacerme mirar hacia adentro.

Por recordarme que, al final, los rituales son los hilos invisibles que sostienen nuestros días.

Con cariño,
Ana Lianett Cabrera.

Badia 22

JOSEFINA CORNEJO STEWART

Fui una noche de agosto, todavía no habían empezado las fiestas del barrio.

Era una época en que las direcciones se escribían en papel. El departamento quedaba a la vuelta de la parada de metro de Fontana. Tenía las llaves que me había dado René, el chico de la inmobiliaria. Era una calle tranquila, de esas con tráfico reducido. Aunque no tardé en descubrir que no existen calles silenciosas en el centro de Barcelona: si no son los autos, son los borrachos de madrugada, las obras, el camión de la basura o los que lavan el olor a pis que dejaron los borrachos más temprano. Sin embargo, para los estándares españoles, barceloneses y del barrio de Gracia era una calle tranquila. El departamento quedaba en un primer piso sin ascensor. Tenía una cocina blanca y pequeña. La ventana, rodeada de luces de Navidad, daba a una habitación con doble altura. En la parte de abajo había un vestidor y en la superficie de arriba un colchón apoyado en el suelo. El alto del techo permitía tres posiciones: sentada, acostada y encorvada. La segunda habitación era amplia, tenía forma de L y dos puertas ventanas que daban a un balcón que miraba a la calle. Era de noche pero me imaginé el sol entrando por las mañanas.

Como pasa a veces en una primera cita, los defectos estaban a la vista. La distribución era extraña, el baño pequeño y tampoco había espacio para un living.

No sé si fueron las luces de Navidad, la ubicación privilegiada o el cansancio tras semanas de recorrer la ciudad buscando donde vivir. Esa misma noche le dije a René que lo alquilaría. Durante los siguientes cuatro años, Badía 22 fue un punto de encuentro. Ahí viví con amigos que se convirtieron en hermanos. Mi familia improvisada frente a ese exilio voluntario.

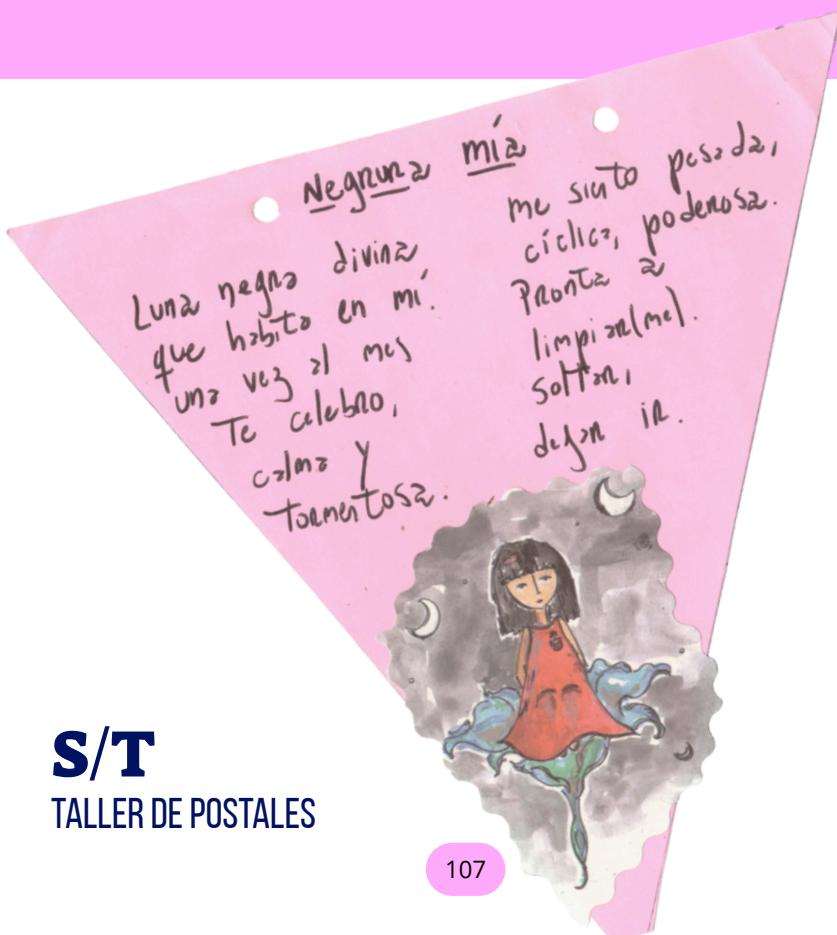
En ese departamento hice mis primeros intentos por cocinar y aprendí también definitivamente a comer. Devoré libros y conocí autores: Javier Marías, Eduardo Mendoza, Roberto Bolaño.

La decoración siempre fue un mix: productos baratos de Ikea y hallazgos de los martes de trastos. Uno de esos fue una réplica del Guernica que, desde entonces, adornó el comedor.

Una tarde de otoño un conocido que tocaba el violonchelo vino de visita. Después de unas cervezas sacó el instrumento del estuche y empezó a tocar. Un recital íntimo para quienes estábamos ahí. Tocó varias canciones, solo

recuerdo una: Let It Be. Parafraseando a Vargas Llosa "éramos jóvenes (...) y Barcelona me parecía no solo bella y culta, sino sobre todo, la ciudad más divertida del mundo". Me hice habitué de las películas subtituladas del cine Verdi, de las terrazas de la plaza de la Virreina, de la biblioteca en Torrent de l'Olla. Admiradora incansable de los edificios modernistas de la Rambla del Prat y las magnolias de Gran de Gracia. Armé mi propio mapa gastronómico. Los pasteles de Belén de A casa portuguesa, las pizzas de La Gavina, la comida gallega del Sporting, las cañas a un euro del Gato Negro. Caí rendida a los pies de ese barrio que nunca me cansé de caminar y descubrir.

Los siguientes lugares en los que viví fueron más grandes, más lindos, más cómodos. Estuvieron, sin duda, mejor decorados. Pero no fueron una historia de amor, solo lugares en los que vivir. Cada vez que viajo a Barcelona, vuelvo a Badía 22. Aunque Sabina dice: "Que al lugar donde has sido feliz/ No debieras tratar de volver", miro la puerta, el balcón, las ventanas y me quedo unos minutos esperando que se asome alguien que ya no vive ahí.



S/T

TALLER DE POSTALES

Quisiera inventar un ritual

KARINA PIRIZ

Quisiera inventar un ritual
para construir la alegría
Ver a la gente con trabajo
a las seis de la mañana los colectivos apretujados
de sueños, proyectos y la casa
que de a poco se va construyendo.
Esperando el domingo para el asado
y en julio tal vez con el aguinaldo
terminar la pieza de la nena
y guardar para el verano.
Quisiera un ritual de progreso
que no esclavice los días
del hombre que crea emociones
cuando tiene tiempo en su vida
para costear distracciones e invertir
en buena vida.
De rituales del derecho,
del bien humano, no fantasías:
llevar los pibes a la escuela
con las moneditas en los bolsillos
para comprar golosinas
y para la seño una dulzura
que el orgullo de ser parte,
se aprende cuando en un país
se vive esta experiencia
de rituales de todos los días.

La lógica del accidente

CANDELA GOIÓ

Una de las cosas más duras de aprender para un niño es que, a pesar del esfuerzo y el dolor, no podemos pedirle a las personas que amamos que se cuiden. Mejor dicho, podemos pedir aunque sin éxito, pues, si no tienen ese cuidado para sí mismas, difícilmente van a incorporarlo a raíz alguien de más. Lo más duro de aprender es que nuestro amor no va a salvar a nadie.

El amor de mi papá por su amigo Gustavo no lo salvó de su larga vida de excesos.

El amor por mis perros de la infancia, ambos llamados Troy, no los salvó de las ruedas del auto del vecino, no los hizo tener mayor precaución al cruzar por esa calle de tierra o la avenida Colón. En distinto tiempo y lugar, los dos corrieron el mismo destino.

Temo que el profundo amor que siento por mi papá no lo salve de un paro cardíaco en una salida calurosa, de un golpe repentino contra el asfalto o cualquier fatídico accidente cuando se embarca en sus travesías ciclísticas, mientras permanezco horas en el umbral de la puerta, aguardando que el sonido del ascensor me confirme su regreso. El sentimiento es mutuo: cada vez que pongo un pie fuera de la casa, emprende sus propios laberintos mentales para repasar cada escenario factible donde algo malo podría ocurrirme.

En los últimos meses, quizás a partir de mis experiencias personales, he adquirido la creencia de que proteger no es lo mismo que cuidar. Las madres, los padres, tienen el instinto de proteger a sus hijos, más por amor que por clarividencia (lo contrario a lo que ocurre entre los animales), pero también a veces esa intención puede ocasionar daños o descuidos hacia el otro, al perderse por completo la voz de las necesidades ajenas en el proceso.

Cuidar se asemeja más a un hábito en el sentido de que se

va cultivando cada día, con paciencia, no es algo que nos surja naturalmente. Cuidar conlleva un cierto grado de atención del cual no siempre somos capaces.

Mi padre no puede salvarme de aquello que no conoce todavía. Sin embargo, existe una huella del deseo que persiste asida con firmeza sobre el lenguaje cotidiano.

Anda con cuidado.

Por favor, cuidate.

Que tengas cuidado cuando salgas.

Cuidate mucho, ¿sí?

Una manera más de demostrar afecto, recitando oraciones, las cuales, más que un pedido o incluso un ruego, parecen una orden. Un antiguo y casi obsoleto rito para el que aún así albergamos esperanzas de que funcione, que sea eficaz al menos en esta ocasión, como cuando encontramos en nosotros la inocencia de arrojar una moneda a la fuente más cercana, sabiendo para nuestros adentros que probablemente no resulte en nada, o cuando empezamos a rezar en la oscuridad del pasillo de un hospital por la salud de algún familiar o conocido, a pesar de haber sido ateos desde el nacimiento.

Siempre que me toca despedirme de alguien a quien quiero mucho, me sale decirles que se cuiden. No lo puedo evitar, es inconsciente.

No podemos salvar a nadie y nadie puede salvarnos. Sin embargo, no dejamos de amar.

El conjuro del agua caliente

MIGUEL ANGEL PRESTIFILIPPI

No recuerdo exactamente la primera vez que tomé mate. Tal vez fue en la cocina de mi abuela, donde el sol de la mañana se colaba entre las plantas del patio, y el silbido de la pava era tan constante como su voz cantando bajito. No sé si lo entendí en ese entonces, pero hoy sé que aquel gesto cotidiano de cebarnos un mate tenía algo de conjuro. Algo ancestral. Como si la vida, en este rincón del mundo, se templara mejor entre sorbos calientes y silencios compartidos.

Porque el mate no es solo una bebida. Es un rito. Un ritual argentino que se repite en miles de casas cada día, sin templos ni altares, pero con toda la fuerza de lo sagrado. Tiene todos los elementos de una ceremonia: el objeto que contiene (la calabaza o el vaso que se convierte en mate improvisado), la herramienta sagrada (la bombilla), el agua caliente como elixir, y por supuesto, la ronda. Porque el mate, aunque se puede tomar solo, revela su magia cuando circula, cuando pasa de mano en mano como un símbolo invisible de confianza, amor y amistad.

Yo lo he vivido en todas sus formas. En reuniones familiares donde el mate da vueltas mientras se cocina, se discute y se ríe. En aulas donde rompe el hielo y se vuelve puente entre docentes y estudiantes. En marchas, en plazas, en pasillos de hospitales, en los bancos de las plazas. En el fondo, el mate es eso: un conjuro que invoca compañía.

Cebar un mate no es solo preparar algo para otro. Es decir sin decir: "te tengo en cuenta", "me importa cómo estás", "acá estoy". El que ceba escucha. Espera. Observa. Es un ritual de presencia. En un mundo acelerado, donde todo se consume rápido, el mate exige pausa, miradas, tiempo.

Dicen que no hay mate sin confianza. Que si alguien te convida un mate, te está abriendo su mundo. Y yo lo creo. He visto cómo se reconstruyen vínculos mientras la bombilla gira. Cómo se amigan hermanos, se callan heridas, se confiesan secretos. He sido testigo de mates que empezaron con bronca y terminaron en abrazo. Porque el mate transforma. No por lo que tiene, sino por lo que genera.

En este país de contrastes y pasiones, donde todo parece incierto, hay algo que se mantiene firme: el mate. Siempre aparece. Siempre une. Es nuestra

forma de magia cotidiana. Un conjuro simple y poderoso que no necesita velas ni palabras extrañas. Solo agua caliente, yerba, y alguien con quien compartirlo. Y en ese gesto humilde, repetido millones de veces, reconozco un acto de fe. Fe en el otro. En la pausa. En la compañía.

Porque quizás, después de todo, la verdadera magia argentina no está en lo extraordinario, sino en esa ronda pequeña donde el mundo se detiene y alguien dice, como un hechizo antiguo: "¿Querés un mate?"

Mujeres y disidencias del folclore

NATALIA ESCOBAR



Entre Diógenes y Rocanroles

MATEO NÚÑEZ ÁBREGO

Siempre pernocta hasta las mil quinientas buscando la creatividad de la madrugada, que tan silenciosa y mansita le ha venido resultando, y de cuando en cuando le da un sorbito al mate amargo y sigue componiendo canciones mientras rasga las cuerdas de la guitarra vieja y medio ronca. Le tiene compasión al trasto y lo acaricia recordando épocas de otro color, cuando el escenario temblaba de delirio rocanrolero y una fila entera de mujeres alocadas se desorbitaba con los estribillos eufóricos de letras polémicas, quizás prohibidas, pero saturadas de adrenalina desafiantes y subversivas. Rebeldía y arenga; rimas y acordes violentos de sótanos moribundos escondidos en los suburbios de un país sometido a los cascinos verdes, a los uniformes de medallas doradas y a un Dios que era llorado todos los días, en vano, porque estaba ausente. Armando se ceba otro amargo y agrega una coma, un punto, un sinónimo como para corregir lo que escribió recién. Se inquieta; bosteza, mira el reloj y ya son como las tres de la mañana. Se acuesta junto a su esposa pero no logra soñar; apenas si descansa un rato porque en un par de horas tiene que ir a trabajar. Y así arranca su día después, somnoliento y con los ojos resecos de lagañas. Se toma otro matecito mientras se pone el jean manchado de ayer; se peina, se lava la cara y por ahí se recorta algún pelo desencajado de la barba. Carga con cansancio y se envuelve en su camisa cuadrillé; se la arremanga porque las mangas le cuelgan y le sobra tela por todos lados. Pequeño Armando, de cuerpo chiquito, pero enorme de alma y con un espíritu remachado que jamás nunca compatibilizaría con los setenta y pico de pirulos que despilfarra en su eterna juventud. Se sube de un salto a su bicicleta enclenque y pedalea cuanta calle de Buenos Aires se le cruce, peregrinando en la osadía de la batalla perpetua con su enemigo más leal: un tal Diógenes, de edad desconocida, muy trastornado, terco y cachivachero como la gran siete. Y así nomas, en cualquier esquina, se vuelven a enfrentar, salpicándose saliva corrosiva y despotricando bronca para todos lados, pugnando por manotear cuanto cacharro se les meta en el medio. Al rato, entre tanta porquería latosa, se los ve abrazados, llorando como dos nenes hambrientos. No se entiende la cosa, de amores y odios constantes de estos viejos excéntricos que se necesitan hasta para respirar, rechinando las calamidades y repartiendo sopapos para ver quién de los dos es más guapo.

Carta a mi hija

TANIA CORZO

Tuxtla Gutiérrez, Chiapas a 19 de junio de 2025

Querida hija:

No sé si te veré pronto, ni siquiera sé si volveré a verte. Pienso en ti a cada momento.

Hoy por ejemplo que es jueves, quiero recomendarte que compres rosas rojas, que pongas a serenar sus pétalos toda la noche en un recipiente de cristal con agua. Por la mañana del viernes -día de venus, día de las mujeres-, a la hora de bañarte, unta tu cuerpo con miel de abeja, hazlo con calma y con amor; después vierte sobre ti un litro de leche y frota suavemente con la miel, notarás que la piel te queda muy tersa. Luego báñate como acostumbras y al final enjuágate con el agua y los pétalos de las rosas a los que habrás agregado un poco de esencia de rosas. Deja que tu piel se seque al ambiente: estarás radiante y olerás delicioso; vístete de color rosa y sal a conquistar el mundo.

Este ritual te ayudará a atraer un buen amor.; debes tener en mente lo que quieras para ti, para tu vida. No te fijes en alguien que sea casado o tenga novia, ni que sea posesivo ni celoso, recuerda que conocer a un hombre que demuestre sus sentimientos con intensidad puede ser apasionante, puede llevarte al cielo, pero también al infierno cuando te controle tanto que no te deje respirar. Como buenas sagitarias, tú y yo somos libres como el fuego.

Cuida tu cuerpo, pero cuida también tus sentimientos, no des tu amor y energía a quien no lo merece. Cuídate de los falsos "caballeros", y de sus frívolas muestras de cortesía; el respeto no está ahí sino en contemplar tu esencia sin intentar cambiarla, en no limitar absolutamente nada de lo que hagas, nada, eres una persona libre de vestir, actuar y sentir conforme a tus gustos, convicciones e intereses. Lo mismo te pido para él o ella: respeto absoluto de su forma de ser y actuar, y si algo de lo que hace te lastima o te molesta, déjalo ir. No podemos cortar las alas del ser amado. Recuerda que la fidelidad de él no depende de ti, sino de su formación, convicción y decisiones; y la tuya tampoco depende de él.

Piensa también en que no se hace feliz a nadie; ni tu felicidad depende de alguien más. La felicidad es de dentro hacia afuera, es una decisión. Si buscas las cimas de la felicidad a través de fiestas, drogas o estímulos,

externos debes estar preparada también para las simas que provocan las caídas de ánimo. Paz, estabilidad, tranquilidad, armonía son las claves. Respira cada mañana como te enseñé, en cuatro tiempos, toma un vaso de agua con el jugo de medio limón y una pizca de bicarbonato. Y sal a contemplar el amanecer y si es más tarde no te preocupes, observa la luz del sol, el verde de los árboles; disfruta también si es un día frío y gris, sin sol.

Contempla la bella luna y si está en cuarto creciente despúntate el cabello, si está llena escribe en una hoja de papel todo lo que estás sintiendo, sin censuras, sólo tú y ella conocerán tus secretos y después quema la hoja y repite "Libero lo que ya no me sirve para curar, purificar y transmutar". Te sentirás ligera.

Tenemos siempre la posibilidad de ver hacia arriba y contemplar las flores de primavera, de matilisguate, las de flamboyán y jacaranda que se dan en esta bendita tierra nuestra, o las caprichosas formas de las nubes, o las noches estrelladas. Lo que te quiero decir es que cuando no todo sea bueno en torno nuestro, siempre podemos repetir lo que Oscar Wilde dijo en voz de su Lord Darlington: Todos estamos en la cloaca, pero algunos miramos hacia las estrellas.

Te amo, siempre. Tu madre.

Carta a Gustavo

GRACIELA SANTOS

17 de junio de 2025

Gustavo, mi cielo,

Hace un año y casi ocho meses que dejaste este plano. Esta carta es un intento de sostenerte, en la palabra. Es demasiado triste contarte lo vivido; aunque si estás acá conmigo como dicen, ya lo sabrás. Cada día tengo más preguntas y menos certezas. Solo sé que sos, lo seguís siendo, un amor inesperado a los sesenta. Místico, carnal, tan nuestro.

¿Te acordás de nuestros rituales? Se intensificaron. La copa de vino al atardecer, como promesa y condena, mi momento favorito del día, cuando la luz se borra y la noche despliega su peso. Tristeza y alcohol: una mala mezcla. Era nuestro instante, no quiero perderlo como te perdí a vos.

Mientras escribo, escucho un pájaro raro entre los árboles del pulmón de manzana, suena como si me acompañaras. ¿Adónde van las almas?

No he vuelto a la rutina de buscar velas y sahumerios en la calle Corrientes, esa era tu tarea, compro en el chino, más caros, menos intensos. Hace un ratito encendí, uno de rosas y otro de incienso; arden lentos, como si dudaran en consumirse, me hipnotiza el humo. También encendí una vela blanca: su llama se tuerce como un eco naranja. Ayer, una se apagó de golpe, deslizándose como si ardiera por dentro, me dio fea impresión, sentí que me decías algo que no supe descifrar.

Ya no sé si sostengo rituales para invocarte o si me he vuelto maníaca.

Cada noche, me preparo un té de manzanilla con anís y pregunto: "¿Gustavo, estás ahí?", la misma pregunta que te hacía siempre, solo que ahora devuelve el eco del silencio. Te puteaba cuando te dormías con los auriculares y la radio fuerte; hoy daría cualquier cosa por volver a escucharlos. A veces me duermo llorando, otras, te imagino a mi lado, coloco la mano sobre tu pecho invisible, y en esa fantasía me hacés el amor, despacio, como si el tiempo pudiera suspenderse.

Consuelo, tiempo, bambalinas: nada me devuelve tu olor. Fuimos historia, poema, delirio.

Salías a la madrugada a buscar alfajores, para que compartiéramos el secreto entre risas. Tu consentida. Dentro de mí, solo hay ceniza, como la que queda cuando se apaga un sahumerio.

Te extraño, no hay verbo más triste. Me falta el aire cuando pienso en lo que no vivimos y me muero, un poco, en cada detalle donde ya no estás.

— Grace, tu paz.

Los aprendices de la oscuridad

MAXIMILIANO SACRISTÁN

Estaban de vacaciones, eran descocadas y estaban aburridas... Algo debían hacer para llenar esos largos días de verano. Apellidadas bajo una misma desinencia, las cinco amigas se habían dado cuenta, todas a la vez, que por sus venas corría sangre celta. Y como tributo quisieron recrear un viejo ritual de sus antepasados: el de las brujas. La abuela de una de ellas, inmigrante irlandesa, las alentó y aconsejó. Claro que el entorno sudamericano del siglo XXI no colaboraba para que los espíritus ancestrales del bosque acudieran a tan anacrónico llamado... No obstante el recelo a las criaturas de la noche, las chicas se internaron en el campo, encendieron una fogata, se desnudaron frente a la brisa de la madrugada y danzaron alrededor del pálido fuego en un novedoso aquelarre para aquellas tierras del nuevo mundo.

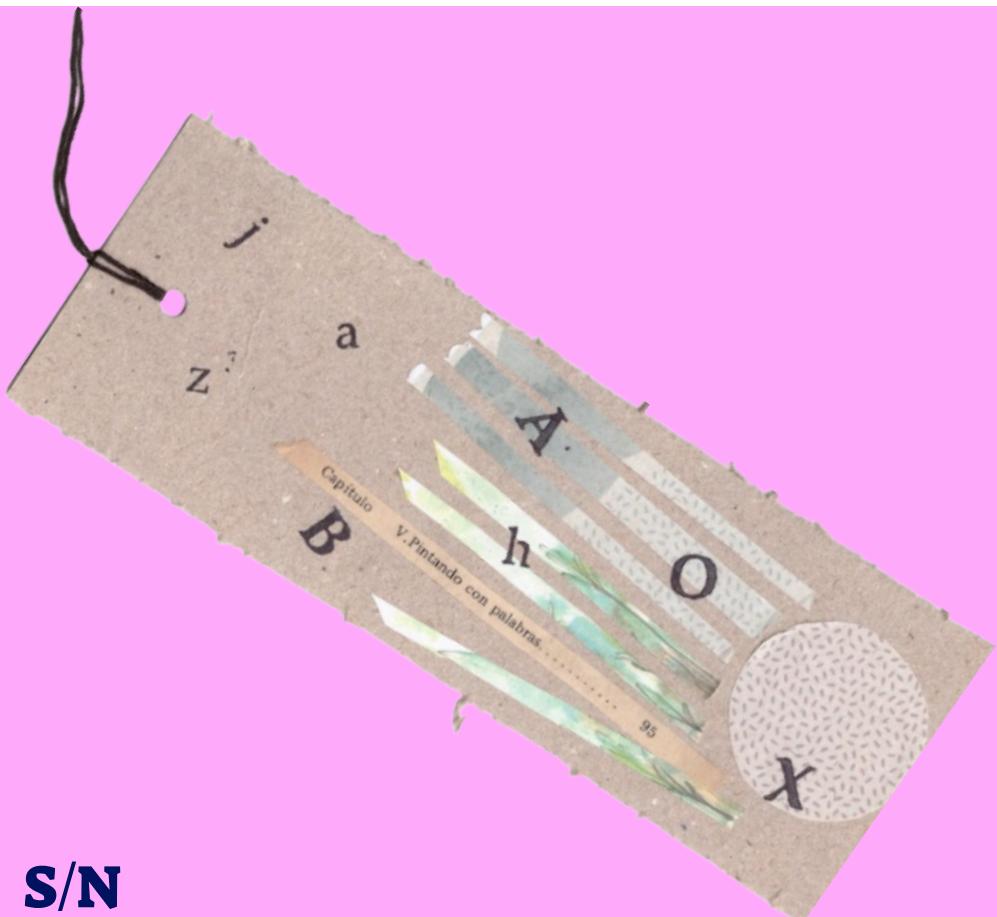
Estaban de vacaciones, eran descocados y estaban aburridos... Algo debían hacer para llenar esos largos días de enero. En un pueblito de provincias donde nunca sucedía nada, los cinco amigos se habían hecho aficionados a la ovnilogía. Y estaban convencidos de que si acampaban en el monte, aislados y bien despiertos, algo sobrenatural les sucedería en el transcurso de una sola noche. Todos conocían la historia de la abducción extraterrestre de un viejo vecino, y varios por allí contaban sobre luces extrañas en el cielo de la llanura pampeana cuyos movimientos, de una velocidad imposible, los señalaban como artílugios no humanos. Sacando coraje de sus cortas vidas, los chicos organizaron una expedición a ese último lugar del mundo donde la oscuridad todavía es total, el campo.

Se internaron en la negrura y no tardaron en divisar una débil luz que resplandecía en el claro de un bosquecito de eucaliptos. Se miraron. Apagaron sus linternas y hacia allí se dirigieron los aventureros, con el corazón latiéndoles a mil y la ilusión de atestiguar lo misterioso.

Pero lo que vieron los dejó más turulatos que si se hubieran topado con el mismísimo E.T.: sus compañeras de escuela bailaban en traje de Eva alrededor de una fogata, a las tres de la madrugada y en el medio de la nada... Las espiaron ocultos entre unos matorrales, mientras las siluetas ensayaban cantos guturales con sus bellas voces, tal como la inmigrante les había

enseñado. Y cuando uno de ellos sacó el celular para filmarlas, otro por señas lo obligó a que guardara el aparato. Sin pruebas del ritual. ¿Cómo justificarían, acaso, que ellos también estuvieran allí y a esa hora? ¿Quién les creería la historia de la búsqueda alienígena? Mejor no dejar rastros.

Estaban de vacaciones, eran descocados pero ya no estaban aburridos: eran cofrades de una experiencia única. Al amanecer, ojerosos pero transformados, los diez adolescentes regresaron a sus hogares decididos (y decididas) a guardar para siempre el secreto de esa noche.



S/N
JULIETA POLLAN

Salutación al sol

KARLINA OLMO MARTINEZ

Es y desde hace más de 30 años "aproximadamente" un ritual diario que da forma a mi vida pues lo he acoplado a mi devenir (diario) desde que entendi que "afecta" al alma positivamente no solo ese sino que más bien es cualquiera que se realice correctamente en el bien pues si se incorpora acercas hacia ti "hacia uno mismo" lo que deseas atraer como por ejemplo y en mi caso lo es "la salutación al sol" (ahora bien) hallábame yo inmersa en mi mundo literario y pictórico con mucho afínco cuando de repente cayó en mis manos este "ritual"un papel lleno de magia y de ancestralidad con su tabla de ejercicios "12" para ser más exacta del "SURYANAMASKAR" pues así són sus siglas en sánscrito pues proviene de la India antigua y así se escribe la salutación al sol .Se empieza con el saludo al sol con las manos juntas en posición de rezo y pies juntos durante el tiempo que se pueda siendo aconsejados 2 minutos aproximadamente ,tiempo en el cual se puede uno mantener bién erguido y concentrado en lo que se está haciendo a ello se le puede añadir una reafirmación en condiciones para que nos vaya mejor la vida pues dan mucha seguridad personal y bienestar asi pues vamos a añadir una hecha esporadicamente como por ejemplo : (yo soy ,yo soy yo, yo soy yo y no temo a nada ni a nadie amén)ésta reafirmación debe de hacerse al mismo tiempo que hacemos la salutación al sol y debemos de ser sinceros y de hacerla con resulcción para que funcione es decir las personas que "crean " en el ritual recibirán beneficios en su salud mental y física (indudablemente) pero quién lea el ritual y no crea es mejor que no lo haga es éste es una premisa normal y corriente.La salutación al sol es una secuencia de 12 pasos pensados para calentar el cuerpo y prepararlo para el yoga perosi extráes de el el primero el que cité antes y le añades la reafirmación se convierte en un fantástico "ritual" el cual nos aporta salud mental y física ,energía y alegría para todo el día .

El colado de Papabuelo

ALIRIO A. HERNÁNDEZ

Un frío calador se las arreglaba para deslizarse a través de la garganta en cada bostezar del desperezo. El desvanecedor humo producido por la combustión de la leña que hacía posible el hervor del agua en la vieja cacerola, difuminaba el rostro desgastado del abuelo e inundaba con su olor a pino quemado el pequeño tinglado que nos servía de resguardo, ubicado estratégicamente a pocos pasos tras el rancho.

El fogón nos anuncia sin timidez ni recato que la degustación de la bebida mágica estaba a punto de consumarse, mientras una destalada radio portátil nos dejaba escuchar la hora con esmerada exactitud y amigable fidelidad, como siempre había sido en el preludio de cada jornada.

El reloj de la cabina de locución marcaba las 5:30 de otra madrugada —que solidaria como todas— entregaría el testigo de un nuevo día a la aurora que dentro de poco comenzaría a amagar con su llegada. Para el abuelo, esperarnos a esa hora con el crepitante maderamen impregnando de vida el fogón de la abuela, era —más que obligante denuedo para darnos ejemplo—, un placer que rebasaba los límites de la medida. La tradición exigía hacernos parte de la ritualidad campestre de tomar en familia una taza de café recién colado, extensible esta empática costumbre a las vertientes bucólicas de la vida citadina de entonces. La muerte lo alcanzó esa mañana sentado a la mesa, en familia, sorbiendo su tercera dosis cafesera, petición al destino que la Providencia le cumplió.

Dejarnos explorar los sentidos y acariciar la emocionalidad humana a través del compartir afectivo, es un obsequio de la semilla traída por los árabes a este continente, y extendida hasta traspasar fronteras para hacerse hábito del mundo. Y precisamente de ese hábito se ha hecho siervo cada integrante de la familia generación tras generación, a pesar del contraste registrado entre la apacible vida del campo y los pormenores de la inmediatez en la ciudad. Esta, aunque nos alberga en las

entrañas del individualismo y la indiferencia, sigue ofreciéndonos hoy día la posibilidad de socializar de cara al prodigo amistoso concedido, cuando nos acompañamos a saborear una buena taza de tinto.

En fin, es una costumbre, un ritual, una invocación al sosiego ofrecida por la infusión frutal del cafeto, que parece haberse incorporado a nuestro ADN para exacerbar el apetito por el disfrute. Mi abuelo se encuentra ahora en otro plano, pero el influjo de su presencia nos invade cada amanecer, invitándonos a paladar el estimulante sabor que ha llegado a cautivarnos también en las tardes de merienda. Es un hermoso ritual que forma parte ya de nuestra identitaria raigambre. «La familia que toma café unida, permanece unida»; palabras de un abuelo, de un viejo cultor de la amistad, palabras de un hombre noble, que parecen tañer las campanas de la más encomiable disposición a la fraternidad...

Querida yo

ANGELA DOS SANTOS

Cariño:

En el momento que escribo esta carta es verano, especialmente hoy fue un día agradable, pero también difícil por eso decidí escribirte. En el futuro no quiero que te culpes por las decisiones que estoy tomando, sabrás que estoy haciendo lo mejor que puedo.

Aunque los años comiencen a mostrarse espero que sigas disfrutando del té a medianoche bajo la luz de la luna; sonríe a tus seres queridos, abrázalos, bésalos y pon atención a sus palabras, al tono de voz y a los gestos. Cuando veas a la abuela, espero que para cuando leas esto aun siga con nosotras, sí repite la historia por quinta vez ríete como si fuera la primera; no la tendremos siempre, lo único que nos quedará serán recuerdos en una memoria que a menudo olvida.

Di: por favor, gracias, perdón y te amo; es importante que no olvides disfrutar la comida de cada día y regala una flor, aunque sea silvestre.

No quiero que pienses que esto se trata de una larga lista de regaños, quiero que sepas un poco más de mí para un día llegues a entender como me siento hoy. No seas tan dura contigo misma, pero tampoco conviertas a la incomprensión en herida ajena; no pienses en nuestro pasado, nosotras ya salimos de ahí.

Espero que llenes tu estantería de libros, continúes escribiendo, aprendas recetas nuevas, pintar y tocar el violín, que el balcón se llene de flores y que un buen lector golpee tu puerta.

Comprenderás, quizás, con el tiempo que te amo. Mi adorada y dulce niña de corazón valiente, ojalá entiendas todo a tiempo.

Carta a mi madre

PENIEL

Hoy me desperté
Con el canto del gallo
No con el feroz
Ruido de la alarma.
No escuché tus pasos
Cómo no los oía
Hace años.
Prepare mate pero
No herví el agua
Cómo me lo enseñaste.
Duele el recordarte
Mí vivir es un ritual
Sigo cada instrucción que me dejaste.
Recuerdo los domingos de asados vuelven a mí y me encuentran como
Si fuera ayer.
Cómo olvidar la brisa del invierno y el sol
De las siestas, comiendo mandarinas.
Esas son mis recuerdos que te traen al presente.
Tus mates, los aromas a flores y tu perfume, tu
Cálida mirada sobre mí,
Tus suaves manos
Sobre mí rostro
Tu pecho caliente,
Cómo un remedio
Cuando estoy enfermo,
Son huellas en mí memoria, marcadas fuertemente.
Los cumpleaños, la mordidas de pastel,
Las cenas de fin de
Año, eran ceremonias
De gloria, vivía en los
Cielos y no lo sabía.
Pero hoy cierto mis ojos
Y veo todo lo que me has enseñado.
Al abrirlas ya no estás

Pero vives en cada tardecita, en los domingos, en el aroma a mandarina, en el canto de los gallos y en mis pensamientos esos que nadie puede borrar y en estas estrofas mí bella mamá.

Postal (ritual estudio cada 6 meses del ojo por diabetes)

AGUSTINA GARBER



Desayuno

JORGE EMILIO BOSSA

La mañana
abre sus verdes ojos
en mi ventana,
verdes como el mate cocido
que entibia mi taza.
Lo acompañan
unas crocantes galletas,
queso, manteca y mermelada.

Con un nutritivo desayuno
comienzo la jornada.
Se repite el ritual diario,
mientras la radio
me cuenta (entre buenas y malas)
las cosas que pasan.
La música,
con su armoniosa cadencia,
entre las noticias abre una pausa.
Entonces, la cuchara
ensaya suaves pasos de baile
que repican en la cerámica.

Mate cocido, delicioso brebaje,
tan verde como la vegetación mesopotámica,
tan verde como la esperanza...
Dale sabor al nuevo día,
porque detrás de esa puerta
un mundo agridulce me aguarda...
Dame fuerzas para treparme a la vida,
como cada mañana...

Carta a mi pie derecho

JOSÉ REINALDO POL

Querido pie derecho: Esta misiva, que pongo a tu planta, es para agradecerte y explicarte el motivo de tener como ritual cada mañana, al abrir la puerta de mi hogar, hacerte que seas tú el primero en tomar contacto con el suelo y la temperatura ambiental. Lo realizo contigo porque deseo y pido al mismo tiempo que durante esa jornada todos los pasos que marque sean en sentido recto. Deposito en ti la responsabilidad, sin despreciar a tu gemelo, y ruego que ese pie izquierdo sepa comprenderme. Puede que él hasta me agradezca que tú seas el avanzado. Sois vos, amado pie, con vuestra pequeña cuadrilla de esos cinco deditos, mis adalides. Aunque sois fuerte precisamente en ese vigor reside vuestra delicadeza. Nunca ni a ti ni a tu gemelo os utilizaré para pisar la dignidad de nadie pues eso no es propio del pie. Vosotros sois para mantener erguido el organismo pero nunca para hacer zancadilla y causar traspies a otros. Tú, piececito querido, eres quien tengo como salvaguarda de mis días por eso el ponerte por delante es porque tengo plena confianza en ti y te la demuestro entregándote i el primer paso de mi jornada.

Caminar con el pie derecho es una expresión que gracias a mi ritual la hago valer plenamente. El primer paso, el que recibe la información de la situación ambiental de mi entorno es tu planta que lo comunica a mi cerebro con celeridad mientras, mi mente piensa y pide que todas las actividades que realice durante esas horas me resulten gratificantes. Disculpa por ponerte el primero, pues aunque vas protegido por mi calzado seguro que muchas veces exclamarás:

-"¡Deja de ponerme el primero, también mi hermano puede serlo!" Pero yo a eso, acariciándote con una de mis manos , te diría:-" No te enfades, este es mi ritual para comenzar el día. Debías sentir orgullo por ser elegido para pisar el primero."

En tanto estás tú ya en la calle antes de sacar al izquierdo pronuncio estas palabras mirándote fijamente:-" Pie derecho , que no se tuerza mi caminar y que cada paso que des sea para bien propio y de mi familia."

Luego me santiguo y, ya saco el otro pie .Al cerrar la puerta agarro la manilla dos veces para comprobar que queda esa cerrada, Marcho a

iniciar la actividad programada y me olvido de ti, pero si se me desata algún cordón de tu zapato, si eso ocurre, me postro ante vos y, cuando termino de anudarlo os doy cariñosamente una palmadita de ánimo.

Un abrazo muy sentido de este que sostienes con la colaboración imprescindible de tu hermano.

S/T

CAMILA D'ANNA



Cinco minutos más

JUAN FRANCISCO ALTAMIRANDA

"CINCO MINUTOS MÁS"

LA NOCHE SE TERMINA DE GOLPE CON EL ESTRUENDO DE LA PRIMERA ALARMA, EL DÍA YA ESTÁ CON NOSOTROS, ES HORA DE LEVANTARSE. AFUERA, SOBRE LA DIAGONAL 73, EL TRÁNSITO DEL BARRIO EL MONDONGO EMPIEZA A MOVERSE. LOS MOTORES SE ACERCAN Y SE ALEJAN. ALGUIÉN LEVANTA UNA PERSIANA.

ADENTRO, BAJO LAS MANTAS, NOS AFERRAMOS A LO QUE QUEDA DE CALMA. QUÉ MILAGRO ESA MANO QUE SUSPENDIÓ LA ALARMA, QUÉ PUDO HABER SIDO MÍA O LA DE VICKY. GRACIAS MANO, ME CONSIDERO SALVADO POR TU ACCIÓN.

LA HABITACIÓN ES UN REFUGIO AZUL. EN CUALQUIER MOMENTO SONARÁ LA SEGUNDA ALARMA Y TENDRÉ QUE DECIR LAS PALABRAS MÁGICAS:

-CINCO MINUTOS MÁS Y ME LEVANTO.

SEGUIDO POR UN ABRAZO MÁS APRETADO Y UNA SONRISA COMPLICE.

DE TANTO REPETIRLO SE VOLVIÓ HÁBITO, COSTUMBRE, RITO. HASTA VICKY EMPEZÓ A APROPIARSE DE LA PROFÓRGIA.

—CINCO MINUTOS MÁS, AMOR — DICE ELLA, Y SE RÍE.

EL PRÍNCIPE BATALLÓ, COMO PUDO, BUFANDO Y CON RUEGOS, PARA QUE LA PEREZA NO SE EXTENDIERA. AHORA SE LO APROPIÓ.

ES QUE EN ESOS CINCO MINUTOS MÁS LA VIDA SE NOS ALARGA Y COBRA SENTIDO. ESTO ES LA VIDA, FORMAR UN ABRAZO JUNTOS, ESTE ES NUESTRO PROPÓSITO, DAR Y RECIBIR CALOR HUMANO; TODO ESO DETIENE EL GIRO DE LAS AGUJAS, CONGELA EL TIEMPO, SE FRENA EL MUNDO.

TRESCIENTOS SEGUNDOS ENTREGADOS AL CONTACTO ~~desde~~ FÍSICO, ESTRECHITO, QUÉ POCAS ATENCIÓN LE PONEMOS AL GESTO, EN QUÉ OTRO MOMENTO DEL DÍA SOMOS CONSCIENTES DEL AMOR ENTREGADO/RECIBIDO, CÓMO EN ESTE INSTANTE TAN NUESTRO?

DESPUÉS, SÍ, SOLTARSE, LEVANTARSE, VESTIRSE. PONER EN MARCHA NUESTRO PEQUEÑO ENGRANAJE DENTRO DE ESA GRAN MAQUINITA QUE HACE RODAR LAS COSAS.

NO NOS APUREMOS, LA PLURALIDAD Y LA MULITITUD

PUEDEN ESPERAR. NADA ME RESULTA MÁS
IMPORTANTE, VITAL, URGENTE QUE ABRAZAR A
LA PERSONA QUE AMO. NADIE MÁS HAY EN
ESTE MUNDO QUE NO SEA VICKY. YO TAMPOCO
EXISTO, SÓLO SOY UN PAR DE BRAZOS
QUE RODEAN, PIERNAS QUE DAN CALOR, LATIDO,
RESPIRACIÓN.

CUANDO ESE ABRAZO SE ROMPA Y TÚ QUE SALIR
AL MUNDO, SÓLO EL RECUERDO DE LOS CINCO
MINUTOS ME DARÁ UNA SONRISA Y FUERZA Y
GANAS PARA LLEGAR AL FINAL DEL DÍA.
CINCO MINUTOS MÁS, "LA VIDA ES ETERNA
EN CINCO MINUTOS", YA ME DIJO VÍCTOR
JARA. CINCO MINUTOS ~~EN~~ ~~ESTE~~ ABRAZADO
A LA PERSONA QUE AMO, NADA SE COMPARA.

SI SÓLO TUVIERA CINCO MINUTOS DE
VIDA SÉ MUY BIEN QUÉ HARÍA CON ELLOS.
LOS COMPARTIRÍA CON VICKY, ABRAZADOS
EN LA CAMA, BAJO LAS MANTAS, UNA MANZANA
QUE MI MENTE GUARDA Y CONVIERTÉ EN TODAS
LAS MAÑANAS, QUE LAS GUARDA MI CORTEZA
PARA SIEMPRE.

Curadora de pecas

AGUSTINA MARENZANA

12 de marzo de 1994, Junín Bs As.

Cris:

Encontré la cura contra las pecas. Crema básica copo de nieve 600 gr y tintura de benjuí de Sumatra 60 gr.

Dale, probemos. ¡Me las quiero arrancar! Por favor, no aguento. ¿De verdad querés seguir siendo mugre toda tu vida? Una manchada. No quiero que me entierren viva como hacían antes.

Si hacemos esto juntas es como nacer de nuevo.

¿Sabés por qué a Laura no le funcionaron las cincuenta cosas que se puso en la cara? Porque hizo todo sola, porque lo hizo sin fe. Hay que rezar. ¿Yo que te dije cuando bautizamos al gato mal parido? ¡Hay que tener más fe, nena! Vamos a arrancarnos las pecas rezando. Pecadoras nacimos juntas. Y en la hora de nuestra muerte, también juntas.

Te espero el viernes, a las 20:00 hs.

Besitos,

Ale

Fargus

JOSÉ PEÑA CUARESMA

Para la que lee entre susurros.

Hola amiga de los libros ¿Te preguntarás quién soy, verdad? Pues, igual que tú, un amante de los rituales tristemente olvidados; aquellos que nuestros ancestros realizaban bajo la luz de la luna, al compás del susurro de los árboles más ancianos. Te observo cada día que vienes a esta biblioteca, cuya luz, se derrama con curiosidad sobre esos libros que lees, acerca de una cultura que nos dejó centenares de vestigios escondidos en nuestros pueblos y ciudades, pero sobretodo, en nuestras mentes. Estas ahora... tristemente dormidas.

El mundo actual amenaza con destruir todo aquello que conecta entre nosotros, y con las historias que nos llegan a través del viaje de las hojas caídas de los arboles. El boca a boca, que es la savia de las leyendas, ya casi ni se oye. La hoja, Antes guiada por el viento y la luna, ya no danza en su camino. Ha caído.

Por lo comentado anteriormente con gran pesar, te escribo. Niña del cabello plateado y ojos de hoguera, presta atención a lo que voy a contarte.

Una de las leyendas que no aparece en ningún libro es la del "Portal de las guirnaldas". Cada noche del 17 de octubre, los elegidos que han sido invitados por una carta similar a la que tú estás leyendo ahora mismo, nos reunimos en el sendero más occidental, del llamado "Bosque del Oeste". Ese sendero, cuando el sol se va a dormir y da paso a la oscuridad anhelada, es iluminado de principio a fin por guirnaldas que surgen lentamente al vernos llegar. No te asustes de lo que sientas y veas, sobre todo al principio. Es un camino de transformación, de cambio y tú, al igual que nosotros, estás invitada a recorrerlo. Durante el paseo verás seres que seguramente han sido descritos en alguno de los libros que has consultado en nuestra biblioteca. No tengas miedo; déjate llevar y siente como tu mente se transforma en algo, que solo tú podrás describir. Cada uno tiene su propia metamorfosis.

Por cierto me llamo Fargus ¿Te suena? También conocido como "El encapuchado", y de vez en cuando, aparezco en alguno de esos libros que hablan de la mitología de este país, y que te veo devorar con emoción. Soy aquel que siempre está lejos de su hogar y que corre con el viento y el rayo que precede al trueno. Cuido de los que viajan en la noche, y me encargo de

que nuestros ancestrales ritos no caigan en el olvido. Acompáñanos "Chica de Plata", y recordaras quien eres de verdad. Noche del 17 de Octubre en el lugar indicado. Te esperamos.

Con esperanza, se despide tu amigo.
Fargus.

S/T

HELENA



S/T

GENESIS



Pieles

LAUTARO SORZONI

Al frente de una plaza gigantesca
con muchos tonos de verde
se eleva un edificio negro y sobrio.
Desde la plaza puede verse el edificio
y desde el edificio puede espiarse la plaza.
En el frondoso pulmón de ciudad
hay unos bancos anchos
con lugar para apoyar la espalda
o la mochila.

Llego a esta plaza
y como todos los días
en uno de esos bancos empiezo a mudar la piel.
Como todos los días se desprende la piel
que tiene manchas de curiosidad
y marcas de imaginación e ingenio.
Se cae al piso
se desliza
sin hacer ruido, nada de ruido.
Y la dejo morir por algunas horas.

Dejo en esta plaza la piel
que quiere escribir poesía,
y la reemplaza la que tiene que ingresar números
en una pantalla
hasta bien entrada la tarde.
Es solamente por algunas horas...

Entonces miro el reloj.

Cierro y guardo el libro,
y empiezo a deslizarme incómodo
en la piel nueva.
Ya es hora de entrar al edificio

que está enfrente de la plaza
y desde dónde puedo espiar
la piel que quedó
en uno de esos bancos anchos.

S/N

LARA VALENTINA OLGUIN

Estoy sentada en la mitad de la plaza con compañeros tomando unos mates. No digo amigos, porque a la mayoría los veo hoy por primera vez, pero son mis compañeros, que es igual de bueno.

Levanto la cabeza y, al lado nuestro, un grupo se prepara para tocar una especie de zamba. Algunas mujeres se empiezan a acercar; una de ellas baila mientras sus amigas aplauden, la filman y se ríen. Me contagian la risa y me quedo mirándolas y escuchando, sin pensar en nada más.

Otro grupo llega y también se suma al baile, abriendo la ronda. Una de ellas, con una remera que dice las Marikas no olvidan, se compenetra tanto que da vueltas, levanta los brazos y se mete entre los tambores, sin parar de moverse al ritmo. No puedo dejar de ver lo que está pasando, hasta que escucho a la primera mujer decirles a sus amigas:

—Y bueno, chicas, lo di todo. ¡Demasiado! Ella tiene 20... yo estoy llegando a los 80 años.

La conversación me devuelve al presente y me encuentra parada, girando sobre mí misma. Pasan tantas cosas alrededor que mis sentidos no alcanzan a incorporar todo: unos chicos se acuestan unos sobre otros en el pasto, tapándose los ojos para que el sol no les pegue tanto. Al lado, una señora se abre camino entre la multitud, con un bastón de tres patas como bandera, del que cuelga un cartel con una consigna que no llego a leer.

Una mujer me pide que le saque una foto y, cuando le muestro cómo salió, me devuelve un abrazo de esos que te dan los amigos que no ves hace mucho. Y un poco de eso hay.

Este día es un encuentro con todo lo que nos hace bien y que a veces olvidamos que necesitamos. Es música, murgas, baile. Son intervenciones, fotos, abrazos, remeras. Himnos, consignas, familias, amigos.

Somos nosotros volviendo al lugar que nos hace bien. Aunque ese lugar no siempre tiene dirección. Es más bien un implícito: una victoria sobre la soledad y la tristeza, una batalla ganada a la melancolía.

Porque, de repente, somos cientos de personas que no nos conocemos, pero sabemos que entre nosotros hay algo en común: la alegría de no sabernos solos, la complicidad que solo te da compartir una idea y un amor. Nosotros, hoy, tenemos eso. Y acá, de nuevo, todos sabemos que lo podemos lograr.

Por eso, aunque pasen los años, siempre volvemos a la plaza. A Nuestra Plaza.

Porque lo que encontramos ahí, nadie nos lo puede arrancar. Y mañana, cuando estemos solos de nuevo, vamos a tener este recuerdo, que es trinchera y también motor.

El Ritual

MIRIAM GÓMEZ

Hoy pienso en vos como quien piensa en un antiguo amigo. Qué extraño es saber que estás en cada rincón de mis días, tan silencioso que a veces paso de largo sin notarte, y otras, me aferro a vos como si fueras la última certeza.

Hay rituales que heredamos, otros que inventamos para sostenernos.

Poner la pava, doblar una carta, encender una vela, repetir un saludo, pronunciar un nombre. Pequeños gestos que ordenan el caos y dibujan un sentido, aunque sea frágil.

A veces me pregunto si los rituales nos salvan o nos atan. Quizás ambas cosas.

Nos devuelven la ilusión de que, mientras repitamos ciertos actos, nada se va romper del todo. Y cuando se rompe, ahí están ellos para recogernos en su rutina suave.

Me gusta pensar que un ritual no es algo grande y solemne, es más bien un hilo que nos cose con lo invisible. No importa cuántas veces cambien mis días, mientras tenga un ritual, sé que puedo volver a mí misma.

Y así, entre lo sagrado y lo cotidiano, me despido de esta carta recordándome que cada gesto repetido con intención, es una promesa de permanencia en un mundo que todo el tiempo se nos escapa.

Con cariño,
M.

La divinidad está en mí

MARÍA JOSÉ LACLÉ

Hoy estamos en un mundo donde cada cual busca su con qué, y cada quién desea encontrar algo más allá de sí mismo, y así tener en dónde sostenerse cuando, en algún momento de los contados días que tenemos, al fin nuestro orgullo se caiga y veamos que, en alguna noche, quizá nuestra fortaleza desmaye. Me encontraba corriendo en medio de verdes porteños, un domingo más, una mañana más... Paré y miré el cielo entre los árboles. Creo que allí caí en cuenta que no había límite alguno. Al parar, sentí aún más cansancio, y es así, en la vida: aunque irónico, pausar cansa más que andar, porque te detienes y observas las roturas, lo descosido, lo que no quieras que nadie vea. Mientras corres, nadie puede notar nada, de hecho, ni tú ni yo.

Al correr de las largas horas de trabajo en una oficina, a las interminables noches dentro de la facultad, a tomar el 92 y llegar a las 23:00 y acordarte que tienes que comer, todo pasa, pero a la vez nada cambia.

Así los días también corren, y llega una mañana en la que ya no hay mañana. Ir a trotar cada domingo se ha vuelto parte de mí y lo que me une a lo que hoy muchos buscan desesperadamente y no encuentran.

Hoy debía ir temprano, pero el sueño me venció por un par de horas más. Aun así, fui a mi cita. Allí volví a caer en cuenta de que estaba bien, que el valor estaba en la constancia y no en la perfección. Qué fácil es seguir algo cuando tienes mucho tiempo; difícil es seguirlo con poco.

Lo que está bien para unos, para otros no, y así podemos escribir mucho más. Pero todos coincidimos en que queremos estar bien, queremos disfrutar, queremos bailar, queremos reír, queremos vivir, y en el ir y venir, a veces se nos pasa el porvenir. Cuando me detengo y pienso que todo fue creado para mí, barreras se rompen, dejo de sobrevivir y empiezo a vivir.

Y es que sí, pausar también es continuar; pausar en medio de la cosmopolita también está bien. Al detenerte, ves al que está al lado, que quizá necesitaba únicamente eso: que alguien lo mirara.

Es así como, entre lo que haces, converge una línea muy delgada con lo que eres. ¿O era al revés? ¿Lo que eres lo compartes?

Pausar quita ruidos, excesos, filtra, despoja, y, si te dejas, te lleva a rendirte ante la belleza de lo simple y de quién la creó.

Me dejé, y allí encontré la divinidad que hoy está en mí.

Epílogo

Este libro es una producción coral. El 5 de diciembre de 2024, en el Día del arte correo, lanzamos desde Radio Futura la tercera convocatoria de Cartas y postales. Propusimos, esta vez, trabajar con una idea inspiradora: los rituales. Una palabra amplia que se presentaba como excusa para escribir, ilustrar, juntarnos y pensar juntos/as. La invitación comenzó a circular y llegaron más de 100 cartas y 20 postales de distintos países de habla hispana.

También convocamos a un encuentro presencial en la Radio donde compartimos una tarde de dibujo y collage donde se produjeron postales.

Cada autor/a trabajó a partir de distintos significados de lo ritual. Los vinculó a recuerdos, paisajes, vivencias con amigos/as, momentos de intimidad y relatos de fantasía. Ritualitos que inventa uno para vivir. Estos escenarios múltiples se ponen en diálogo con este libro expandiendo aún más ese universo.

Como medio popular, parte de nuestro ritual es compartir y difundir las palabras, ideas e imaginarios de nuestro pueblo. Por eso celebramos esta publicación que compila todas las producciones recibidas.

Los rituales son un portal, una puerta que nos permite atravesar de un lado a otro. Gracias por invitarnos a cruzar.



**Villa Elvira, La Plata.
Buenos Aires. Argentina**

2025